

UNA AVENTURA DE
PERRY MASON



el caso de la fotografía indiscreta

ERLE STANLEY GARDNER



Después de visitar al influyente político Wilfred Borden, George Andrews tiene un accidente de coche. Al día siguiente, anuncian en la radio el asesinato de Wilfred Borden y la policía considera a George Andrews como el principal sospechoso, ya que fue la última persona que se reunió con el difunto antes de su muerte.

Perry sospecha una confabulación y debe encontrar a la chica que conducía el coche que chocó con Andrews. Cuando descubre que se trata de una modelo de trajes de baño, Perry tiene una idea: hacerse pasar por un fotógrafo que busca modelos.



Erle Stanley Gardner

El caso de la fotografía indiscreta

Perry Mason - 57

ePub r1.0
Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Case of the Calendar Girl*
Erle Stanley Gardner, 1958
Traducción: Alfredo Crespo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Prólogo

Considero a mi amigo, el doctor Hubert Winston Smith, como una de las figuras más destacadas en el campo de la medicina legal, de la misma manera que concedo a la medicina legal mucha más importancia de lo que suele concederle la mayoría de la gente.

El doctor Hubert Winston Smith es no sólo doctor en medicina, sino también abogado. Y un abogado de habilidad desacostumbrada.

Unos años atrás fue nombrado asesor especial de un veterano de la Segunda Guerra Mundial, condenado por homicidio, gracias a pruebas circunstanciales, y sentenciado a la silla eléctrica. El doctor Smith consiguió reunir tantas pruebas nuevas y presentarlas tan convincentemente que el Tribunal Supremo de Louisiana revocó la sentencia.

No sólo es el doctor Smith profesor en leyes y catedrático en evidencias y en medicina legal en la Facultad de Derecho de la Universidad de Texas, sino que también es profesor de esta última materia en la Facultad de Medicina de dicha Universidad, así como director del Instituto de Ciencias Legales. De hecho, se requeriría más espacio del que aquí disponemos para enumerar la lista de los honores y distinciones académicas del doctor Smith.

Bajo su dirección tienen lugar en todo el país clases de medicina legal para doctores y abogados. En ellas, los miembros de ambas profesiones tienen oportunidad de estudiar el complejo campo de la evidencia médica en sus aplicaciones legales.

Pero lo que más me interesa respecto al doctor Smith es su filosofía de la vida. Este experto científico considera que ha llegado el momento en que el hombre debe concentrarse en lo que él llama «capital psíquico», antes que en el capital monetario.

En fecha reciente tuve ocasión de visitar a un joven recluido en

la cárcel, bajo una acusación de la que, casi con seguridad, se derivaría una sentencia de presidio. Ese joven realizaba un sincero esfuerzo para analizar los motivos que le habían hecho convertirse en un criminal. Como conclusión, manifestó:

—En este momento desearía que, durante mi educación, alguien me hubiese explicado con mayor claridad la diferencia básica que existe entre el bien y el mal.

Ésta es una sencilla afirmación, pero, sin embargo, cuando la analizamos, tiene repercusiones de largo alcance. Es una afirmación que procede de un joven cuya vida había quedado deshecha a causa de no haberse detenido a pensar en la diferencia básica existente entre el bien y el mal.

El doctor Hubert Winston Smith es un hombre que ocupa el otro extremo del aspecto humano. Tiene tantos conocimientos como el que más. Domina todas las ramas de la medicina, incluida la psiquiatría. Es un abogado astuto, ingenioso y eficiente. Es uno de los más destacados profesores en el campo de la medicina legal, y ha dedicado su vida a ampliar el campo de los conocimientos humanos.

Y el doctor Smith considera que ha llegado el momento de que la nación preste una atención preferente al «capital psíquico».

Por tal motivo, dedico este libro a mi amigo

HUBERT WINSTON SMITH, A.B., M.B.A., LL.B., M.D.

ERLE STANLEY GARDNER

Capítulo 1

George Ansley disminuyó la marcha de su automóvil mientras buscaba la entrada del camino que conducía a la casa de Meridith Borden.

Una llovizna fría y persistente enturbiaba la luz de los faros. Los limpiaparabrisas lanzaban su protesta mecánica contra la humedad que se aferraba al cristal con pegajosa tenacidad. El cálido interior del coche producía un empañamiento en el parabrisas, que Ansley limpiaba de vez en cuando con ayuda de su pañuelo.

La finca de Meridith Borden quedaba separada de la carretera por una alta pared de ladrillos rematada por pedazos de vidrio incrustados en el cemento.

Bruscamente, la pared torció hacia el interior en una curva cerrada, y el camino con grava apareció muy blanco a la luz de los faros del coche de Ansley. Las pesadas puertas de hierro estaban abiertas. Ansley giró el volante y siguió el sinuoso camino durante cerca de cuatrocientos metros hasta que, finalmente, llegó a la majestuosa y antigua mansión, reliquia de una época histórica y respetable.

Durante un momento, Ansley permaneció sentado en el automóvil, después de haber apagado el motor y los faros. Era difícil decidirse a hacer lo que debía, pero por mucho que lo pensara, no se le ocurría ninguna otra alternativa.

Apeóse del coche, ascendió los escalones de piedra hasta el porche y oprimió un botón, que desencadenó ecos musicales en las profundidades de la mansión.

Un momento más tarde, el porche quedó brillantemente iluminado y Ansley tuvo la sensación de ser sometido a un escrutinio cuidadoso y completo. Después, la puerta fue abierta por el propio Meridith Borden.

—¿Ansley? —preguntó Borden.

—En persona —respondió éste, y se estrecharon las manos—. Lamento molestarle a estas horas. No hubiese telefoneado de no haberse tratado de un asunto de mucha importancia, por lo menos para mí…

—Está bien, muy bien —repuso Borden—. Entre. Esta noche estoy solo. Todos los criados han salido… Pase. Cuénteme de qué se trata.

Ansley siguió a Borden hasta una habitación que había sido arreglada como despacho, y, a la vez, como salita. Borden le indicó un cómodo sillón, se dirigió a un bar portátil y preguntó:

—¿Quiere beber algo?

—No me vendría mal —admitió Ansley—. Whisky con soda, por favor.

Borden llenó los vasos. Alargó uno a Ansley, hizo sonar el hielo del suyo y permaneció junto al bar, mirando a su visitante desde una posición ventajosa.

Era alto, de anchos hombros, despierto, viril y arrogante. Tras la pantalla de ruda cordialidad que exhibía, se vislumbraba un fondo despectivo, que aparecía en sus ojos, en su rostro y, a veces, en sus modales.

—Estoy a punto de quebrar —dijo de pronto Ansley.

—¡Qué lástima! —comentó Borden, sin la menor muestra de conmiseración—. ¿Cómo es eso?

—Tengo el contrato para esa nueva escuela de la Calle 94 —dijo Ansley.

—¿Ha hecho una oferta demasiado baja?

—Mi oferta ha sido justa.

—¿Problemas laborales?

—No. Problemas de inspección.

—¿Cómo es eso?

—No me dejan en paz ni un momento. Me hacen deshacer la obra y remplazarla por otra a la misma velocidad que yo la construyo.

—¿Qué sucede? ¿Es que no se ajusta a lo estipulado en el plano?

—Claro que me ajusto, pero no se trata de eso. Es una cuestión de hostilidad oculta, de aprovecharse de cualquier insignificancia técnica para hacerme repetir el trabajo, para acosarme, para

retrasar la obra.

Borden emitió unos sonidos de comprensión. Sus ojos, duros y apreciativos, permanecieron fijos en su interlocutor.

—He protestado ante el inspector —dijo Ansley—, y me ha contestado así, textualmente: «¿Por qué no es usted listo y va a ver a Meridith Borden?».

—Creo que esto no me gusta —dijo Borden.

Ansley no prestó atención al comentario.

—Un amigo mío me ha dicho también: «Eres un estúpido. Ve a ver a Borden». Y… Bueno, aquí estoy.

—¿Qué desea que haga?

—Que aleje sus perros de mí.

—Ellos no son «mis» perros.

—No quería decir esto.

—Pero es lo que ha dicho.

Se produjo un silencio momentáneo.

—¿Cuánto ganará usted con esa obra? —preguntó Borden.

—Si me dejan tranquilo y puedo seguir las estipulaciones, según una interpretación razonable, me puede quedar un beneficio de cincuenta mil dólares.

—Es lástima que tenga esos problemas —dijo Borden—. Quisiera una copia de ese contrato y una declaración de usted en cuanto a la clase de problemas que está teniendo. Si decido que se le está tratando con injusticia, amenazaré con una investigación en gran escala. Y no creo que tenga más problemas. Desde luego, necesitaré dinero.

—Desde luego —repitió Ansley con sequedad.

—Y —prosiguió Borden— una vez hayamos empezado a trabajar juntos, usted ya no tendrá ningún problema con los inspectores. Tendrá que limitarse a hacer una buena construcción, sólo para que se mantenga en pie, y eso será lo único de que tenga que preocuparse. No mida con demasiada exactitud la colocación de la estructura de acero. Prepare la mezcla con el cemento suficiente para que el resultado sea bueno, y no se preocupe si los porcentajes no son muy exactos.

—Eso no es lo que yo quería —dijo Ansley—. Sólo deseaba que se mostrasen razonables.

—Lo serán —prometió Borden—. Envíeme mañana un anticipo

de dos mil dólares, págueme cinco mil de cada una de las dos facturas siguientes, y deme un cinco por ciento del pago final. Después volveremos a hablar del asunto en su próximo contrato. Tengo entendido que proyecta usted pujar para las obras del cruce elevado del Telephone Avenue.

—Había pensado en ello. Pero me gustaría haber terminado primero con esta obra, y haber recuperado el dinero.

—Muy bien. Antes de hacer su oferta sobre ese cruce, venga a verme. Hablaremos de ello. Podré ayudarle. Un experto en relaciones públicas que sepa de qué cuerdas hay que tirar, puede influir mucho en trabajos de este estilo.

—Me alegro de que sea así —dijo Ansley con amargura.

—Ojalá hubiese venido a verme antes de obtener esa obra de la escuela —prosiguió Borden—. Hubiese podido haber más dinero para los dos. ¿No se puso en contacto con ningún experto en relaciones públicas para que le representara en la puja?

—No. ¿Por qué había de necesitar a un experto sólo para presentar mi oferta?

Borden se encogió de hombros. El ademán fue elocuente.

Ansley terminó su bebida.

—Lamento haber tenido que molestarle a esta hora de la noche, pero el inspector encontró dos puntos de la pared en los que afirmó que el acero estaba espaciado de manera incorrecta. No representaba más que unos cuantos milímetros de diferencia, pero exigió que me ciñese a las estipulaciones. No puedo derribar toda la pared, y tratar de cortarla y recomponerla resultaría prohibitivo.

—Vea mañana al inspector y pídale que tome de nuevo las medidas —le aconsejó Borden—. Creo que el acero está bien situado. Las varillas pueden haberse doblado un poco por el centro. No se preocupe más por ello. Mañana será otro día.

Ansley dejó su vaso, se puso en pie, vaciló y dijo:

—Bueno, es hora de que me marche.

—Me alegro de que haya venido, Ansley —manifestó Borden—, y me ocuparé de usted con el máximo interés. Estoy casi seguro de que no tendrá más problemas con los inspectores. La publicidad adversa les gusta tan poco como a cualquiera, y, después de todo, yo soy experto en relaciones públicas.

Borden lanzó una carcajada y se dispuso a acompañar a Ansley

hasta la puerta.

—No se moleste; ya encontraré el camino —dijo Ansley.

—No, no, le acompaño hasta la puerta. Esta noche estoy completamente solo. Lo siento.

Escoltó a Ansley hasta la puerta, le deseó las buenas noches, y Ansley bajó los escalones y adentróse en la fría lluvia.

Sabía que sus problemas con los inspectores habían terminado, pero le constaba también que los que iba a tener con su propia estimación no habían hecho más que empezar.

Desde el principio le habían dicho que era temerario tratar de construir nada sin ponerse en contacto con Meridith Borden. Ansley había creído que podría salir adelante, mostrándose escrupulosamente fiel a las cláusulas del contrato. Pero descubrió rápidamente la poca importancia que sus escrúpulos y el contrato tenían en un trabajo como aquél.

Ansley inició el descenso del camino de grava. Su rabia contra sí mismo y contra las circunstancias que le habían obligado a recurrir a Meridith Borden le había encrespado los nervios. Sabía que conducía demasiado de prisa y que ningún bien había de causarle tratar de huir de la mansión de Meridith Borden, en los arrabales de la ciudad, así como que de nada le serviría intentar huir de sí mismo. En aquella entrevista había perdido algo importante: una parte de su persona que no podía permitirse perder. Pero había tenido que doblegarse ante la presión inexorable de las necesidades económicas.

Ansley giró el volante para coger la última curva del camino y aminoró la marcha cuando vio las puertas de hierro que daban a la carretera.

En aquel momento percibió unos faros que avanzaban en su dirección.

Aparentemente, el conductor del auto que llegaba se proponía entrar por la puerta, y doblaba ya la esquina antes de darse cuenta de que otro coche estaba saliendo. La lisa y negra superficie de la carretera estaba resbaladiza a causa de la lluvia que caía.

Por un momento, los rayos luminosos atravesaron el parabrisas de Ansley, y, de pronto, el otro coche traspuso la verja en un viraje brutal y desesperado. Uno de los guardabarros posteriores golpeó contra el parachoques del auto de Ansley.

Éste trató inútilmente de detener su vehículo. Sintió el impacto, vio que el otro se inclinaba hacia un costado y se desviaba en el camino. Oyó un crujido, vislumbró que el seto vacilaba bajo el golpe, oyó otro sonido desgarrador, y luego todo quedó en silencio.

Ansley consiguió detener su coche apenas cruzadas las puertas. Sin entretenerse en apagar el motor o las luces, apresuróse a salir de detrás del volante, dejando abierta la puerta izquierda delantera. Retrocedió corriendo por el camino de grava hasta el boquete abierto en el seto.

El otro auto se le apareció solamente como un bulto oscuro y confuso. El motor ya no funcionaba y las luces estaban apagadas. Tuvo la impresión de que el coche yacía de costado, pero no pudo cerciorarse de ello. El vehículo había atravesado el seto, pero quedaban las suficientes ramas rotas y troncos desgajados para hacer el paso extremadamente difícil y peligroso.

—¿Están todos bien? —preguntó Ansley, deteniéndose entre la maraña de vegetación.

No se oyó la menor respuesta.

Los ojos de Ansley se acostumbraban gradualmente a la oscuridad. Siguió adelante, apartando las empapadas ramas.

Un tronco sobresaliente se enganchó en el pantalón de Ansley, haciéndole tropezar. Oyó el ruido producido por el desgarrón de su ropa y experimentó un agudo dolor en la espinilla. Luego, al alargar las manos para protegerse en su caída, la derecha tropezó con una rama rota. El terreno descendía lentamente y Ansley se encontró con la cabeza a un nivel más bajo que los pies. Trabajosamente, consiguió ponerse de rodillas y luego otra vez en pie. El auto quedaba ahora frente a él, a sólo seis metros de distancia. Pero entonces vio con claridad que el vehículo yacía volcado sobre el costado derecho.

—¡Eh! —gritó Ansley—. ¿Están todos bien?

De nuevo no hubo respuesta.

—¿Hay algún herido? —preguntó Ansley.

El silencio nocturno sólo fue quebrado por el gorgoteo de los líquidos que surgían del coche. Se percibía el áspero olor de la gasolina.

Ansley comprendió que no podía encender una cerilla. Entonces recordó que en el compartimiento para guantes de su coche

guardaba una pequeña linterna eléctrica. Retrocedió corriendo, abrió la puerta del compartimiento de su auto y regresó con la linterna.

Había adquirido aquella lámpara, que llevaba para casos de apuro, hacía ya mucho tiempo, por lo que la pila estaba casi descargada. La lámpara producía un débil resplandor rojizo que Ansley comprendió no duraría mucho. Con el fin de aprovecharla hasta el máximo, apartó la luz y traspuso de nuevo en la oscuridad el destrozado seto. Se acercó al vehículo, vio que una de las puertas estaba parcialmente abierta y metió un brazo en el interior, encendiendo a continuación la linterna.

Dentro no había nadie.

Ansley rodeó la parte delantera del coche, sosteniendo la linterna frente a él. Lo que hubiese debido ser un rayo brillante de luz, sólo era un diminuto cono débilmente iluminado. Sin embargo, fue suficiente para descubrir los pies y tobillos de una muchacha, que guardaban una inmovilidad harto elocuente.

Ansley se adelantó apresuradamente para ver el rostro de la figura que yacía acurrucada en la húmeda hierba.

Evidentemente, la mujer había sido despedida del vehículo y había resbalado un trecho en el suelo. Las piernas eran esbeltas y bien formadas. La brusquedad del movimiento había hecho que la falda se arrugara y mostrase las piernas de la joven hasta los muslos. Ansley desplazó la luz de la linterna; vio que un brazo estaba doblado hacia arriba, cubriendo el rostro, y entonces la luz se apagó bruscamente.

Instintivamente, Ansley tiró la inútil linterna, inclinóse sobre el cuerpo de la joven y en la oscuridad palpó, buscando una de sus muñecas.

Sintió un latido, débil, pero regular.

Ansley se enderezó y avanzó vacilante hacia el camino, sólo para encontrar su paso bloqueado por el seto. Se movió a lo largo del mismo y empezó a pedir socorro, gritando con toda la fuerza de sus pulmones.

La húmeda oscuridad ahogó el grito, y Ansley, furioso con el espeso seto que le separaba del camino, adelantó un hombro y se dispuso a hacerse un paso a través de las ramas entrelazadas.

Entonces oyó el débil gemido que sonaba a sus espaldas.

Ansley se detuvo y escuchó. Esta vez oyó un trémulo grito que demandaba ayuda.

Una vez más, Ansley dio media vuelta y avanzó en la oscuridad hacia el volcado vehículo.

La joven estaba sentada y su figura se distinguía confusamente en la penumbra. Ansley vio la mancha ovalada de su rostro, sus dos manos y la silueta más clara de la carne por encima de las medias.

—¿Está herida? —preguntó Ansley.

Por toda respuesta, ella se bajó instintivamente la falda.

—¿Dónde estoy? —preguntó la joven.

—¿Está herida?

—No sé.

—Averigüémoslo —dijo Ansley, dejándose caer junto a ella—. ¿Algún hueso roto?

—¿Quién… quién es usted?

—Conducía el coche contra el que el suyo… tropezó.

—¡Oh!

—Dígame, ¿está bien? Trate de mover los brazos, las piernas.

—Ya he movido los brazos. Las… piernas… Sí, estoy bien. Ayúdeme a levantarme, por favor.

Ella alargó una mano y Ansley la cogió. Después de dos intentos, la muchacha consiguió sostenerse en pie. Permaneció erguida un momento y luego se tambaleó y tuvo que apoyarse contra él.

Ansley la sostuvo pasándole un brazo en torno a la cintura y el otro bajo la axila opuesta.

—Con calma —le recomendó.

—¿Dónde… dónde estoy?

—Estaba usted metiéndose en el camino de la finca de Meridith Borden cuando, al parecer, ha perdido el dominio de su coche —dijo Ansley, escogiendo cuidadosamente las palabras y no deseando acusar a la trastornada joven de haberle golpeado, y evitando reconocer que era el suyo el que había golpeado en el de ella.

—¡Oh, sí!, ahora recuerdo… En la carretera había algo, un gato muerto o algo así. No sé qué era. He desviado ligeramente el auto y luego, de repente, la cabeza ha empezado a darme vueltas. He visto luces y luego he oído un golpe. Me ha parecido que volaba y ya no recuerdo nada más, hasta que me he visto sentada aquí, en la hierba. Ahora estoy… estoy bien. Mi cabeza se aclara rápidamente.

—¿Iba sola?
—Sí.
—¿Tiene algo en el coche?
—Nada, excepto mi bolso. Lo recogeré. ¿Tiene una linterna?
—No. Tenía una, pero se le ha descargado la pila. He conseguido que iluminara durante un momento, antes de que quedara completamente inútil.
—¿Tiene cerillas?
—No encienda ninguna —le advirtió Ansley—. Del coche se escapa gasolina, y podría ser peligroso.
—Ya lo encontraré —dijo ella—. Por lo menos, eso espero.
—¿Quiere que lo busque yo?
—No. Lo haré yo misma.
La joven se inclinó, metióse por la puerta abierta y Ansley distinguió de nuevo la carne desnuda por encima de sus medias mientras ella se esforzaba en retroceder y salía del coche con los pies por delante.
—¿Lo encontró? —inquirió Ansley.
—Sí. ¡Cielos! Apuesto a que debía constituir todo un espectáculo.
—Está muy oscuro. Gracias a Dios, no ha sufrido ningún daño. Lo primero que hemos de hacer es ir adonde usted desee y luego enviaremos un auto-grúa y avisaremos a Borden.
—Yo me encargaré de ello —apresuróse a decir la joven—. Usted no se moleste. Y no se preocupe por el accidente. No ha sido culpa suya. Supongo que ha sido una de esas cosas inevitables que suceden. ¿Ha sufrido daños su coche?
—No me he fijado, aunque no lo creo. He tenido la impresión de que sólo ha rozado usted mi parachoques.
—Echémosle una ojeada —propuso ella.
—¿Tiene algo ahí dentro, aparte del bolso?
—Nada más. Hay un impermeable, pero ya lo recogeré cuando venga el auto-grúa.
—¿Quiere que se lo busque?
—No; recuerdo más o menos dónde lo había puesto.
—Está muy oscuro —dijo Ansley.
—Sí, pero creo que podré encontrarlo.
La joven volvió a deslizarse dentro del coche, salió al cabo de un

momento empujando ante sí un impermeable y dijo:

—Muy bien, vamos.

—Bueno, supongo que hemos de formalizar algunos trámites a este respecto —dijo Ansley mientras indicaba el camino a través del seto—. Creo que deberíamos hacer un informe o algo así.

—¡Oh, claro! Hemos de comprobar nuestros respectivos permisos de conducir, y quizás alguna cosa más. Ya tendremos tiempo para hablar de eso mientras me lleva a la ciudad. Se dirige usted a la ciudad, ¿no es cierto?

—Sí.

—Magnífico.

—La llevaré a donde usted desee —se ofreció amablemente Ansley.

—¿Conoce los «Apartamentos Ancordia»?

—No.

—Bueno, hay que torcer a la derecha… Pero ya se lo indicaré. Entre en la ciudad por la carretera principal.

—De acuerdo. Le echaré una mirada a mi coche, pero estoy casi seguro de que nada le ha ocurrido.

Ansley examinó su vehículo, encontró un guardabarros abollado y un rasguño en un parachoques.

—No le ha ocurrido nada —anunció.

—¿Puedo subir? —preguntó ella.

Ansley rió y mantuvo abierta la portezuela.

—Adelante —la invitó.

Ansley tuvo oportunidad de examinar a la joven cuando la luz interior del vehículo iluminó su cabellera rojiza, facciones regulares, ojos oscuros, su barbilla firme y su buena figura.

—Mejor será que nos presentemos —dijo ella, riendo—. Soy Beatrice Cornell y vivo en los «Apartamentos Ancordia». Mis amigos me llaman Bee.

—George Ansley —contestó él—. Soy un contratista de obras que trata de abrirse a codazos camino en la vida.

—Y supongo que, para cumplimentar todas las formalidades que requiere la situación, tengo que anotar el número de matrícula de su automóvil —observó ella al tiempo que sacaba una agenda.

—JYJ 113 —le dijo él.

—La mía es CVX 266. Estoy asegurada a todo riesgo y supongo

que usted también.

Él asintió con la cabeza.

—En tal caso, podemos olvidar los aspectos legales de la situación y discutir los personales. ¿Puede explicarme lo que ha ocurrido exactamente?

—No muy bien. Estaba a punto de salir del camino lateral. Usted avanzaba por la carretera, y de pronto he visto que se metía por el camino.

Ella movió la cabeza:

—Trataba de evitar eso que había en la carretera, un pegote de tierra, un gato muerto o algo así. El auto ha salvado el obstáculo por la derecha, y luego, cuando he empezado a enderezarlo, no he podido. He visto sus faros delante de mí. Luego se han desplazado a un lado, después me ha parecido que giraba, y eso es todo lo que recuerdo… ¿Puede usted seguir a partir de este punto?

—Me he apeado de mi coche y he atravesado corriendo el seto para ver qué había ocurrido. Usted estaba en el suelo, sin sentido. Evidentemente, ha caído en tierra, con los pies por delante, y ha resbalado sobre la hierba mojada.

—¿Tenía una linterna?

—Sí, pero estaba casi descargada. La pila no ha durado apenas nada.

Ella le miró con picardía.

—Lo que, desde mi punto de vista ha sido una gran suerte.

—Desdichadamente, no he podido ver mucho —le confesó él.

—De todos modos, unas piernas no tienen nada de extraordinario y, gracias a la hierba mojada, no me he despellejado en absoluto aunque en algunos sitios noto que tengo algo de barro.

Ansley se sacó la cartera y la entregó a la joven mientras decía:

—Mi permiso de conducir está en el compartimiento de celofán. Copie el número y la dirección.

—No es necesario —contestó ella—. Después de todo, ésta es una formalidad reservada para desconocidos que proponen denunciarse mutuamente. Espero que nosotros seremos amigos.

—Créame —dijo Ansley—, no soy capaz de describirle lo contento que estoy al ver que no le ha ocurrido nada.

—Estoy bien, aunque, sin duda, mañana comenzaré a notar los efectos del golpe.

—¿Está segura de que no tiene nada más?

—Segura.

—Tiene que haber sufrido una conmoción —dijo Ansley—. Estaba completamente sin sentido.

—Probablemente he golpeado con la nuca en el suelo, pero no habrá sido la primera vez. He practicado el esquí y la natación y he sufrido una buena cantidad de golpes.

—Ha llevado una vida bastante activa.

Ella se rió.

—En efecto. Me gusta la acción… ¿Ha dicho que la finca pertenece a Meridith Borden?

—Sí.

—Es un político, ¿verdad?

—Él se describe como experto en relaciones públicas.

—Es una manera de decir politicastro, ¿no? He leído comentarios sobre él. Hay gente que piensa que es un bicho de cuidado.

—Supongo que cualquier personaje político tiene sus enemigos —contestó Ansley, sin comprometerse.

—¿Le conoce?

—Acabo de conocerle.

—¿Venía de su casa?

—En efecto.

—¡Oh, está bien! —dijo ella, riendo—. No me proponía inmiscuirme en sus asuntos privados. Sólo trataba de conversar.

—No ha sido mi propósito mostrarme reservado.

—Tal vez no se lo haya propuesto, pero así ha sido. Creo que usted es reservado por naturaleza. ¿Sabe, George? Empiezo a tener un poco de jaqueca. Si no le importa, me recostaré en el asiento y cerraré los ojos.

—Oiga, lo que tiene que hacer usted es ver a un médico —dijo Ansley—. Ha sufrido una conmoción y…

—¡No sea tonto! —protestó ella—. No necesito ningún médico. Si así fuese, hay uno que vive en la misma casa que yo. Le pediré que me dé un sedante. Ahora, sea bueno, siga adelante y lléveme a los «Ancordia». Tuerza por Lincoln Avenue y siga hasta la Calle Ochenta y uno. Después gire a la derecha y…

—¡Oh, ahora sé dónde es! —dijo Ansley—. La llevaré allí.

Ella se recostó en el asiento y cerró los ojos.

Al cabo de unos cinco minutos, Ansley detuvo el coche ante los «Apartamentos Ancordia».

Su pasajera abrió los ojos, pareció intrigada por un momento, suspiró y se recostó en él. Adelantó la barbilla mientras apoyaba la cabeza en el brazo de su acompañante. Tenía los labios entreabiertos y los ojos somnolientos mientras abría y cerraba los párpados.

—Bueno, ya hemos llegado —dijo Ansley.

—¿Quién…?

—Oiga —insistió Ansley, inclinándose para ver bien el rostro de la joven—. ¿Está bien de verdad?

La joven abrió bien los ojos. Por un momento, su mirada estuvo fija en la de él, mientras sonreía provocadoramente. Sus labios permanecieron entreabiertos. Su barbilla se adelantó un poco más.

Ansley se inclinó y la besó.

Ella suspiró trémulamente; sus cálidos labios correspondieron al beso, y de repente, cual si despertara de un sueño, se puso rígida, le rechazó y, por un momento, pareció indignada.

—Estaba dormida —dijo—. Yo…

—Lo siento —se disculpó Ansley.

Bruscamente, ella se puso a reír.

—Pues no lo sienta. Supongo que ha sido culpa mía… Estaba medio dormida y pensaba en uno de mis amigos.

—No he podido resistir la tentación —dijo Ansley, contrito—. Yo…

—No se disculpe. No es propio de los hombres resistir las tentaciones. Esto corresponde a las mujeres. ¿Volveré a verle?

—La acompañaré hasta su apartamento —dijo Ansley.

—De ninguna manera. Estoy perfectamente bien.

—No, no. Quiero dejarla en su casa.

—Bueno, entonces, sólo hasta la puerta de la calle —accedió ella —. Después de todo, tendrá que dejar su auto en doble fila.

Ansley rodeó apresuradamente el coche para ayudarla a apearse, pero ella había abierto ya la puerta antes de que él llegara. Le dio una mano, se deslizó del asiento, se detuvo y dijo:

—Apostaría a que tengo barro en todo mi cuerpo.

Levantóse la falda con un ademán completamente ingenuo y

natural. Después se rió de repente, dejó caer la falda y dijo:

—Creo que será mejor que espere a estar sola en mi apartamento para efectuar esta inspección.

Ascendió ligeramente los escalones que conducían hasta la puerta principal, buscó en el bolso y dijo:

—¡Válgame Dios, he vuelto a dejarme la llave! Tendré que llamar a alguno de mis amigos para que venga a abrirme.

La joven apretó un botón y un momento más tarde un zumbido anunció que el pestillo de la puerta quedaba suelto.

Abrió la puerta unos pocos centímetros, la sostuvo con un pie, volvióse hacia Ansley y dijo:

—Voy a permitir que me bese otra vez, George. O mis sueños me han engañado o es usted un experto. Ahora estoy bien despierta.

Ansley la estrechó entre sus brazos.

Su beso fue prolongado y la respuesta de ella muy experta.

—Yo también estoy ahora completamente despierto —dijo Ansley, mirándola con expresión voraz.

Ella le sonrió.

—No hay que tratar de progresar tanto la primera noche, George. Espero que volveremos a vernos. Llámeme por teléfono. Adiós.

Y se deslizó por la abertura de la puerta.

Ansley permaneció inmóvil contemplando cómo la puerta se cerraba lentamente hasta que escuchó el clic que hizo el pestillo al cerrarse.

Dio media vuelta, retrocedió hasta su automóvil y permaneció sentado por un momento detrás del volante, meditando, con la frente cubierta de arrugas.

Capítulo 2

Perry Mason y Della Street, después de cenar tranquilamente, habían presenciado el espectáculo, habían bailado por dos veces y estaban terminando de beber un coñac y un benedictine cuando Della Street alzó la mirada y contempló con ligera preocupación al joven que se acercaba a su mesa, con una decisión que indicaba que le llevaba allí un motivo bien definido.

—Señor Mason —dijo el hombre—, me llamo George Ansley. Estaba terminando de tomarme un combinado cuando le he visto entrar a usted. Le conozco de vista. Lamento importunarle de esta manera, pero… Bueno, necesito un asesoramiento legal. Se trata de un asunto de poca monta, algo que podrá explicarme en el acto. Aquí tiene mi tarjeta. Si contesta a mi pregunta y luego me envía la nota de sus honorarios, yo… Bueno, le aseguro que apreciaré el favor.

—Lo siento —respondió Mason—, pero estoy… —De repente, al ver la expresión de los ojos de Ansley, cambió de opinión—. Siéntese, tome algo y díganos de qué se trata. Ésta es la señorita Street, mi secretaria confidencial. Para su información, Ansley, le diré que me dedico principalmente a causas criminales, y sólo acepto los casos que me interesan. Esto ha hecho que me dedique preferentemente a la defensa de personas acusadas de asesinato, y a menos que se proponga usted salir y cometer uno, me temo que no va usted a interesarme.

—Lo sé, lo sé —dijo Ansley—. Esto es sólo un asunto insignificante, pero puede ser de mucha importancia para mí.

—Bueno, ¿de qué se trata? —inquirió Mason.

—Conducía mi coche. Había salido de la ciudad para una visita de negocios. Las carreteras estaban mojadas y otro vehículo conducido por una joven ha resbalado, ha pegado contra el mío y

ha volcado.

—¿Muchos daños? —preguntó Mason.

—A mi coche, prácticamente no le ha ocurrido nada, pero el otro ha quedado bastante destrozado. Patinaba aparatosamente cuando tocó el mío y se ha salido de la carretera, ha atravesado un seto y ha dado la vuelta.

—¿Algún herido?

—No, y… eso es lo que me preocupa.

—Prosiga.

—El coche iba conducido por una joven. Ella parece ser una personita deliciosa y… bueno, supongo que le he gustado, y en cierto modo, yo… Para decirle la verdad, no sé lo que siento por ella, señor Mason. Mientras he estado en su compañía, me ha parecido que me gustaba, y ciertamente es atractiva.

—Prosiga —dijo Mason.

—Después de dejarla, he empezado a comprender que había algo terriblemente extraño en el episodio. Ella me ha manejado a su antojo, y… la he besado un par de veces. Apenas si he pensado en nada más. Yo… Bueno, esto es lo importante, señor Mason. Ella ha permanecido inconsciente durante un rato y luego se ha recuperado en seguida. Ha parecido encontrarse muy bien, pero yo he oído hablar mucho de esos casos de conmoción. Supongo que debería notificarlo a mi compañía de seguros. Desde luego, así lo haré, pero, ¿y la policía? Esto es lo que me preocupa. ¿Debo informar del accidente a la policía?

—¿Ha quedado inconsciente la joven? —preguntó Mason.

—Esto es.

—¿Y el auto ha sufrido daños?

—Efectivamente.

—¿De qué marca era?

—Un magnífico «Cadillac», de último modelo.

—¿Ha anotado la matrícula?

—Sí. Era la CVX 266.

—Dé parte a la policía —dijo Mason—. ¿Dónde ha ocurrido el accidente?

—De eso se trata, señor Mason. Yo… no deseo notificarlo a la policía, a menos que no haya otro remedio.

—¿Por qué?

—Bueno, ésta es toda una historia y… Mire, señor Mason, sé que es usted un hombre muy ocupado y que su trabajo requiere una tensión continua. Sé que esta noche está aquí tratando de descansar y aborrezco mostrarme tan poco oportuno, pero mi abogado está hoy fuera de la ciudad y no conozco a nadie más. Le he visto aquí y… Bueno, esto puede ser muy importante para mí. Necesito un asesoramiento lo más experto posible.

—¿Por qué es tan importante? —preguntó Mason—. ¿Y por qué no desea dar parte a la policía de carreteras?

—Porque soy contratista. Estoy efectuando varias obras públicas y me han puesto en la lista negra.

—¿Quién?

Ansley se encogió de hombros y dijo:

—¿Cómo puedo saberlo? Lo único que sé es que los inspectores me están haciendo la vida imposible. Se me ha pedido que derribe toda una pared porque un par de piezas del acero que forma la estructura están desplazadas menos de un centímetro del lugar que les corresponde. Tengo inspectores que no cesan de merodear por la obra y lo miran todo con microscopio. Bueno, conozco la respuesta. Me he resistido cuanto he podido a hacer lo que tenía que hacer, pero ahora se trata de escoger entre obtener un beneficio o arruinarme por completo. Éste es uno de mis primeros trabajos importantes. He estirado mi crédito hasta el máximo, y tengo todo mi capital invertido en la obra.

—Sigo sin entender lo que trata usted de decirme —manifestó Mason.

—Se me ha insinuado que el remedio de mis males consistía en ver a Meridith Borden. He salido de la ciudad y le he visitado. El accidente ha tenido lugar cuando abandonaba su propiedad. El otro coche ha volcado y está en sus terrenos. No quiero hacer una declaración a la policía que demuestre que salía de casa de Meridith Borden. Si esto apareciese escrito en un diario y… Bueno, puede imaginarse cuál sería mi situación.

—Olvídelo —dijo Mason—, pero notifíquelo a su compañía de seguros. Y desde luego, tendrá que arriesgarse a suponer que la muchacha no estaba herida. ¿Parecía encontrarse bien?

—Muy bien, y sin embargo había algo que no me convencía.

Mason lanzó una ojeada al rostro de Della Street, que mostraba

su desaprobación.

—Me ha interesado usted —dijo—. Déme más detalles. ¿Conoce el nombre de la chica?

—¡Oh, sí!, desde luego.

—¿Cómo se llama?

—Beatrice Cornell. Vive en los «Apartamentos Ancordia».

—¿Ha visto su permiso de conducción?

—No.

—¿Por qué no?

—Bueno, ésta es una de las cosas en que he empezado a pensar más tarde. Ella se ha portado de una manera tan extraña acerca del accidente… El… Bueno, resulta gracioso, pero sé que ha mentido respecto a una cosa. Se metía deliberadamente en el camino que conduce a la casa de Borden, cuando ha perdido el dominio del auto, y éste ha comenzado a resbalar. Pero en cambio me ha explicado que no conocía a Borden y que iba por la carretera cuando se ha desviado para evitar un gato o algo que había en la misma y…

—Cuénteme —dijo Mason—. Empiece por el principio, y cuéntemelo todo.

Della Street, suspiró, sacó de su bolso un cuaderno de taquigrafía, empujó a un lado las semivacías copas de licor y empezó a tomar notas.

Ansley relató todo el suceso.

La frente de Mason se frunció.

—¿Dice que la chica estaba inconsciente?

—Sí. El pulso era firme, pero débil.

—¿Y entonces ha empezado usted a andar hacia la casa cuando ella ha gritado, lo que ha hecho que usted retrocediera?

—Sí.

—¿Y en cuanto ha regresado usted, ella ha parecido gozar del pleno uso de sus facultades?

—Sí.

—¿Ha visto a la joven cuando estaba tendida inconsciente, con las piernas al aire? ¿Funcionaba entonces su linterna?

—Sí.

—¿Qué aspecto tenía ella?

—Bueno, desde luego, sólo he obtenido una impresión muy

general mientras ha permanecido extendida en el suelo. Más tarde, en mi auto, he tenido oportunidad de verla mejor. Era atractiva, joven, digamos de unos veinticuatro o veinticinco años, y tenía el cabello castaño rojizo. Creo que sus ojos eran oscuros. Tenía dientes regulares que resplandecían cuando sonreía, cosa que hacía con frecuencia.

—Ahora —dijo Mason—, concentrémonos en sus zapatos. ¿Recuerda algo acerca de ellos?

—¿Sus zapatos? ¿Por qué?

—Es una pregunta —dijo Mason.

—Pues sí, eran oscuros, con las puntas abiertas.

—Muy bien —dijo Mason—. Ella le ha dicho que no quería ningún médico. Voy a hacer que ella me lo diga. Voy a telefonearle y a decirle que soy su abogado y que quiero enviar un médico para que la examine y se cerciore de que está bien.

—Rehusará —dijo Ansley.

—Pero nosotros habremos hecho la oferta —le explicó Mason—. Hasta ahora, es su palabra contra la de ella. Si yo la llamo en calidad de abogado de usted y ella rehúsa que le vea un doctor, cualquier responsabilidad caerá sobre ella.

Mason hizo una seña a Della Street.

—Busca a Beatrice Cornell, Della. Mira si tiene teléfono particular. De lo contrario, tendremos que localizarla a través de los «Apartamentos Ancordia».

Della Street asintió con la cabeza, empujó hacia atrás su silla y se dirigió a la cabina telefónica.

Un momento más tarde llamó a Perry Mason y cuando el abogado estuvo en la cabina, Della dijo:

—¿Puedo hablar con la señorita Beatrice Cornell, por favor? Sí… Aquí la señorita Della Street. Soy la secretaria del señor Perry Mason, el abogado. Deseo hablar con usted… Sí, Perry Mason… No, no bromeo. No se retire, por favor… Sí… Me llamo Street. S-t-r-e-e-t, y le hablo en nombre del señor Mason. Él está aquí. No se retire, por favor.

Mason cogió el aparato.

—¿Señorita Cornell? —preguntó.

—Sí.

—Soy Perry Mason, el abogado.

—Oiga, ¿qué clase de broma es ésta? —inquirió una voz—. Me parecía saberlas todas, pero ésta es nueva.

—¿Y por qué ha de ser una broma? —preguntó Mason.

La voz que sonaba en el teléfono resultaba agradable, pero en ella se vislumbraba cierto escepticismo humorístico.

—Mis amigos están enterados de la admiración que siento por el señor Mason —dijo ella—. Nunca lo he ocultado y supongo que por esto se le ha ocurrido a alguien la idea. Pero prosiga. Le seguiré la corriente. Supongamos que es usted Perry Mason, el abogado, y que yo soy la reina de Saba. ¿Qué más?

—Resulta que la llamo en nombre de un cliente —dijo Mason.

La voz perdió de repente su risueño escepticismo y adquirió una nota de verdadera curiosidad.

—¿Cómo se llama el cliente?

—George Ansley —dijo Mason—. ¿Le suena este nombre?

—¿Ha de sonarme?

—Sí.

—Pues no me suena.

—Es el que la ha acompañado a su casa hace un rato.

—¿Me ha acompañado a casa?

—Desde el lugar en que ha ocurrido el accidente automovilístico.

—¿De qué accidente automovilístico está usted hablando, señor Mason?

—El accidente en el que su auto resultó magullado. ¿No tiene usted un «Cadillac», matrícula CVX 266?

Ella rió.

—Soy una muchacha trabajadora, señor Mason. Hace años que no tengo coche. Lo único que poseo es un interés, o una participación, o como quiera llamarle, en los autobuses públicos. He estado toda la noche aquí, en mi apartamento, leyendo una novela de misterio, y sin sospechar que iban a llamarme para un asunto así.

—¿Y vive en los «Apartamentos Ancordia»?

—En efecto.

—Señorita Cornell, éste puede ser un asunto bastante importante. ¿Le molestaría darme una descripción física de sí misma?

—¿Por qué he de hacerlo?

—Porque, como ya le he dicho, puede tratarse de un asunto bastante importante. Creo que, tal vez, alguien haya utilizado su nombre.

Ella vaciló por un momento y después dijo:

—Le daré la descripción que figura en mi permiso de conducción, siempre suponiendo que sea usted Perry Mason. Tengo treinta y tres años, soy morena, de ojos oscuros, mido un metro sesenta, peso cincuenta y cinco kilos y trato por todos los medios de perder dos de ellos. ¿Quiere que le explique alguna cosa más?

—Gracias —dijo Mason—, me ha sido usted de gran utilidad. Me temo que alguien haya estado utilizando su nombre. ¿Conoce a alguien que hubiese podido hacerlo?

—No.

—¿Tal vez alguien que viva en el mismo edificio?

—No se me ocurre nadie, señor Mason… Dígame, ¿no se trata de una broma? ¿Está hablando completamente en serio?

—Lo estoy —dijo Mason—. Una joven ha sufrido un accidente automovilístico a primeras horas de esta noche. El señor Ansley se ha ofrecido para acompañarla hasta su casa. Ella le ha dado el nombre de Beatrice Cornell y el domicilio de los «Apartamentos Ancordia». Mi cliente la ha acompañado hasta allí. Ella le ha dado las gracias y ha entrado.

—¿Puede describírmela?

Mason contestó cautelosamente:

—Mi cliente todavía no me ha dado su descripción física, pero, tal vez después, pueda telefonearle de nuevo y decírselo. O quizá mañana.

—Desearía que lo hiciese. Soy muy curiosa, y si usted es en realidad Perry Mason, le ruego que acepte mis disculpas por mi escepticismo inicial. Le aseguro que se ha debido a que todos mis amigos saben que le admiro mucho. He seguido todas sus intervenciones con gran interés y disfruto leyendo en los diarios noticias acerca de sus casos.

—Muchísimas gracias. Me siento muy honrado.

—El honor es todo mío —contestó ella.

—Probablemente volveré a llamarla —se despidió Mason—. Buenas noches.

Mason colgó el aparato, miró a Della Street con el ceño fruncido

y dijo:

—Telefonea a Paul Drake, Della. Pídele que se ponga a trabajar en el acto y que localice un automóvil matrícula CVX 266. Quiero resultados rápidos. Voy a reunirme con Ansley.

—¿Qué hay? —preguntó éste cuando Mason regresó a la mesa.

Mason sonrió.

—Dice que no ha sufrido ningún accidente automovilístico, que no ha salido de casa en toda la noche y que no sabe de qué se trata. Su descripción, de acuerdo con su permiso de conducir, es: treinta y tres años, morena, ojos oscuros, un metro sesenta de estatura y cincuenta y cinco kilos de peso.

Ansley frunció el ceño.

—No creo que la mujer a quien acompañé tuviese más de treinta años. Diría que tal vez veintiocho. El peso es algo excesivo y estoy convencido de que el cabello era rojizo oscuro. Yo… Bueno, no lo entiendo.

—¿Qué me dice de la estatura?

—¡Ah, sí! Creo que medía más de un metro sesenta. Desde luego, no recuerdo todos los detalles. Ha subido rápidamente al auto, y luego yo…

—Pero también ha estado en pie junto a usted —dijo Mason—. ¿Qué ha ocurrido cuando le ha dado las buenas noches?

—La he besado.

—Bueno, pues rememore este hecho. ¿Cómo estaba ella al besarla usted? ¿Ha tenido que alzar el rostro o quedaba más o menos al nivel del de usted? ¿Cuál es su estatura?

—Un metro setenta y siete.

—Muy bien. ¿Se ha inclinado para besarla?

—Ligeramente.

—¿Cree usted que un metro sesenta es la estatura correcta?

—Di… diría que era más alta. Le he visto las piernas, y me han parecido… Bueno, bastante largas.

—¿Esbeltas o musculadas?

—Bien formadas. Supongo que debería avergonzarme de mí mismo, pero cuando la linterna ha lanzado su último destello de luz, y la ha iluminado tendida allí, he pensado en cuán hermosas pueden ser unas piernas femeninas. Me ha dado la impresión de que todo eran piernas.

—No es extraño, dadas las circunstancias —dijo Mason—. Estaba usted junto a sus pies, y en tales circunstancias, las piernas tienen que parecer largas. El mejor sistema de que calcule su estatura es la postura que adoptó cuando estaba a su lado y usted la ha besado. ¿Llevaba zapatos de tacón muy alto?

—Déjeme pensar —dijo Ansley, frunciendo ligeramente el ceño.

—¡Oh! —exclamó Mason—. Ahí viene Della con noticias importantes.

Della Street se acercó apresuradamente a la mesa.

—¿Qué hay? —preguntó Mason así que vio la expresión del rostro de ella.

—Paul Drake ha cogido por un atajo para localizar al propietario de ese auto —dijo—. Le he dicho que te corría mucha prisa y eso le ha decidido a utilizar a un amigo que trabaja en la Jefatura de Policía.

—¿Y qué ha ocurrido?

—CVX 266 es la matrícula de un «Cadillac» que ha sido robado hace dos horas. La policía ha radiado una descripción con la esperanza de que localizarían el auto. Parece que pertenece a alguien bastante importante, y que ha sido robado del lugar en que estaba aparcado. Como es lógico, cuando Paul Drake ha telefoneado para pedir quién era propietario de un «Cadillac», matrícula CVX 266, y el hombre de Jefatura ha comprobado que se buscaba ese coche, ya puedes imaginarte lo que ha pasado.

—En otras palabras, que Drake está en un atolladero —dijo Mason.

—Exactamente.

—¿Qué ha hecho?

—Ha dicho a la policía que «creía» que el auto había sufrido un accidente, y que un cliente le había telefoneado para que comprobase quién era su propietario; que esperaba que el cliente volvería a llamarle al cabo de poco y que entonces Drake le pediría que se presentase inmediatamente a la policía.

—¿Y la policía ha quedado satisfecha con esto?

—Nada de eso. Lo aceptan por el momento, porque no tienen más remedio. Drake me ha dicho que ya ha tenido bastantes conflictos con la policía, siempre por culpa tuya, y que no quiere tener más.

—¡Válgame Dios! —exclamó Ansley—. No quiero que se sepa que había ido a visitar a Borden.

—Llama a Paul Drake —dijo Mason a Della—, y dile que puede contar a la policía que el cliente para quien trabaja es Perry Mason, y que Mason telefoneará dentro de un rato, y que pedirá a Mason que comunique a la policía cuanto sabe acerca del coche. Esto dejará a Paul Drake fuera del asunto.

—Pero, ¿dónde te deja a ti? —preguntó Della.

—Nada ha de ocurrirme —dijo Mason—. Diré a la policía dónde está el coche, pero no les comunicaré el nombre de mi cliente. Me limitaré a declarar que he sabido que el auto ha tratado de meterse por el camino, que iba demasiado de prisa y que ha volcado.

—Esto no es lo ocurrido —recordó Ansley a Mason—. Ella había esquivado algo que había en la carretera.

—Esto es lo que ella le ha contado —dijo Mason—. Ahora, pensemos un poco más en esa mujer que ha conducido el coche. Hablábamos de sus zapatos. ¿Cómo eran los tacones?

Ansley dijo pensativamente:

—Ha sugerido usted que ella debía llevar tacones altos. No es así. Los zapatos eran… Oiga, espere un momento. Ella debe haberse… ¡No puede haberse cambiado de zapatos!

Mason tenía los ojos entornados.

—Prosiga —dijo.

—Ahora lo recuerdo bien. He visto uno de los zapatos cuando ella yacía inconsciente. Y cuando ha salido del automóvil, los zapatos eran distintos.

—¿Qué quiere decir?

—Cuando ella estaba desmayada, he visto… A ver… Creo que era el zapato derecho. Tenía la punta abierta. Ya sabe, por la abertura asoma la punta del pulgar. Pero cuando ha salido del auto, sus zapatos eran completamente tapados. No podía llevar una clase de zapato en un pie y otra distinta en el otro. Y sin embargo, no puede haberse cambiado de zapatos. Ella…

Mason echó hacia atrás su silla.

—Venga —dijo—, vamos a echarle una ojeada a ese coche.

—¿Al coche?

—Desde luego, había dos mujeres.

—¿Qué?

—Una mujer yacía inconsciente —prosiguió Mason—. Usted la ha visto y luego ha empezado a correr hacia la casa, pidiendo ayuda. A la otra chica no le interesaba que acudiese nadie. Debe haber apartado a la que estaba inconsciente, ha ocupado su lugar, ha adoptado la misma posición que la otra, y luego ha pedido socorro. Cuando usted ha regresado, ella le ha dejado el tiempo suficiente para que usted vislumbrara fugazmente que estaba en la misma posición que la otra persona. Después se ha puesto en pie, ha dicho que se encontraba bien, que ella conducía el auto, y le ha pedido que la acompañase a su casa… Me ha contado que no había visto usted su permiso de conducción, ¿verdad?

—En efecto. Recuerdo que ella se ha reído y ha dicho que eso sólo se hacía cuando la gente se mostraba muy rigorista, pero que nosotros íbamos a ser buenos amigos.

—Y luego ha dejado que la besara para demostrarle que, en efecto, así era. ¿Qué tal ha resultado el beso?

—Bueno —admitió Ansley—, hasta el punto de distraer mi atención de cosas tales como su permiso de conducción.

—Vámonos. Quiero ver hasta dónde se ha metido en esto, antes de empezar a actuar. Della, telefonea a Paul Drake. Dile que puede contar a la policía que yo soy quien le ha pedido que investigara, pero recomiéndale que les diga que no sabe dónde se me puede localizar. Técnicamente, será la verdad. Mientras Paul telefonea, nos llegaremos a ver ese auto, y examinaremos la situación.

—Y luego, ¿qué? —preguntó Ansley con ansiedad.

—Si esa otra joven no está demasiado malherida, tal vez podremos evitar que dé usted parte del accidente. Si, como sospecho, encontramos a otra mujer que necesite ser hospitalizada, tendremos que explicarnos claramente y usted deberá responder a una serie de preguntas.

Capítulo 3

La llovizna que había caído intermitentemente durante la última parte de la tarde y la primera de la noche, se había convertido en una lluvia fría y espesa cuando los faros del coche de Mason iluminaron la entrada a los terrenos de Meridith Borden.

—Es aquí —dijo Ansley—. Ha ocurrido aquí mismo. Inmediatamente después de trasponer la puerta. Si se detiene ahí, podrá ver la brecha en el seto.

Mason detuvo su auto, abrió el compartimiento de los guantes y sacó una linterna.

—No conviene que nos sorprendan merodeando por aquí —dijo —. Ante todo, hemos de descubrir si mis sospechas son correctas. Si lo son, buscaremos con rapidez a esa otra joven que iba de pasajera en el auto. Si no la descubrimos en seguida, iremos a casa de Borden y luego tendrá usted que notificarlo a la policía. ¿Qué sabe de Meridith Borden?

—Sólo conozco su reputación, y lo que he podido averiguar de mi conversación con él.

—Se le atribuyen muchísimos enemigos —dijo Mason—. Esta pared rematada con pedazos de cristal y alambre de espino es bastante elocuente por sí misma. Tengo entendido que, a ciertas horas, se cierran las puertas, por medio de un dispositivo eléctrico. Además, fieros perros guardianes pueden ser soltados en la propiedad si se produce alguna alarma. Ahora, permanezcamos juntos, efectuemos una búsqueda organizada y marchémonos. Ante todo, examinemos el auto. Indíquenos dónde está.

—El auto está un poco más allá, señor Mason, al otro lado de la brecha del seto.

Mason dijo a Della Street:

—Tal vez sea mejor que te quedes en el coche, Della. Ahí fuera

hay mucha humedad y fango, y…

Della movió enfáticamente la cabeza.

—Si encuentras algo, necesitarás testigos, y si se trata de una mujer, puedo serte útil.

Y tras aquellas palabras la secretaria se apeó del vehículo.

Ansley les indicó el camino que, a través del seto, conducía hasta el volcado automóvil. Mason iluminó el suelo con su linterna y se detuvo para ayudar a Della Street, mientras ésta atravesaba las mojadas y rotas ramas del seto.

—Echaremos una rápida ojeada al lugar —dijo Mason—, y luego sabremos lo que hay que hacer. ¿Dónde estaba tendida esa joven, Ansley?

—Más allá, al otro lado del auto; por aquí…

Mason examinó el suelo con ayuda de su linterna.

Bruscamente, Della Street dijo:

—Alguien calzado con zapatos de tacón alto ha estado andando por aquí, jefe.

—Sí —dijo Mason—, aquí puede verse que alguien ha sido arrastrado. Fíjense en esas huellas de tacones. Aparecen profundamente hundidas en el suelo.

—En tal caso, había dos mujeres —dijo Ansley.

—Eso parece —comentó Mason mientras seguía examinando el suelo con ayuda de la linterna.

—No puede haber arrastrado hasta muy lejos a la otra mujer —dijo Della Street—. Sobre todo con el poco tiempo de que ha dispuesto.

Mason amplió el área que estaba examinando.

—Bueno —acabó por decir el abogado—, es casi seguro que esa otra mujer o bien ha recuperado el sentido y se ha marchado, o bien alguien ha venido a buscarla y se la ha llevado. En el breve tiempo transcurrido entre el momento en que se ha apartado del auto y ha empezado a andar hacia la casa, y después ha regresado para encontrar a la joven que trataba de sentarse, un cuerpo no hubiese podido ser arrastrado más allá de unos pocos metros. A menos, desde luego, que en el auto fuesen tres personas, y que una de ellas siguiese arrastrando el cuerpo sobre la hierba mojada, mientras la otra le retenía a usted.

—¿Cree que puede haber ocurrido eso?

—Es posible, aunque lo dudo. En primer lugar, hay muchas huellas de tacones en el terreno húmedo que rodea el auto, pero más allá no hay ninguna.

—La señorita Street no deja ninguna huella de tacones cuando anda —observó Ansley.

—Porque no arrastro nada. Si tratara de tirar de un cuerpo, dejaría huellas.

—Bueno, y ahora, ¿qué hacemos? —quiso saber Ansley.

—Echaremos una mirada al interior del coche y luego volveremos a examinar sus alrededores. Si no encontramos a alguien tendido en el suelo, inconsciente, o que ande por ahí medio atontado, regresaremos a nuestro auto y puede usted irse a casa y olvidar el asunto.

Mason enfocó su linterna hacia el interior del vehículo.

—No parece haber nada —dijo—, y no quiero dejar huellas, de modo que no lo registraremos detalladamente.

Recorrió el interior del auto con el haz de su linterna.

—¿Y cómo se explicará lo del robo del coche? —preguntó Ansley.

—Haré que Paul Drake cuente a la policía que un cliente mío ha visto que un auto se despistaba y daba la vuelta, que por casualidad se ha fijado en la matrícula del auto, y que éste era conducido por una joven que le ha dado el nombre de Beatrice Cornell; que ha manifestado que estaba ilesa, y que él la ha recogido y la ha acompañado hasta su casa, en los «Apartamentos Ancordia». Yo declararé que he sido consultado sólo porque mi cliente quería saber si era preciso informar del accidente a la policía. Ésta es la verdad, aunque tal vez no toda, pero cubre los hechos esenciales. Haré que el asunto parezca completamente rutinario, y tal vez la policía se conforme con ello.

—¿Y si no es así?

—Entonces, le protegeré cuanto tiempo pueda y por todos los medios.

—Me parece bien —dijo Ansley—. Vámonos. Este lugar me da escalofríos. Tengo la sensación de haber sido atrapado.

—Sí —convino Mason—. El hecho de andar por esta propiedad, de noche, con una linterna y sin autorización nos pone en una situación bastante delicada. Se…

Interrumpióse mientras un gong eléctrico lanzaba un estridente tañido.

—¿Qué es eso? —preguntó Ansley con aprensión.

—No sé —dijo Mason—. Tal vez hayamos puesto en funcionamiento algún timbre de alarma. Vamos, salgamos de aquí.

—¿En qué dirección está su auto? —preguntó Ansley.

—Por allí. Mantengámonos juntos. Della, cógete a mi abrigo. Ansley, manténgase aquí, junto a mi brazo derecho.

Un extraño zumbido les llegó de la oscuridad, procedente de la parte que quedaba frente a ellos. Mientras atravesaban el seto, oyeron un chasquido metálico. La luz de la linterna reveló que las pesadas puertas de hierro se habían cerrado. Se oyó el chasquido de un cerrojo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ansley, abatido—. Deberemos ir hasta la casa para que nos abran las puertas.

Ansley alargó una mano hacia la puerta.

—No la toque —le advirtió Mason—. Tal vez haya aún…

El aviso llegó demasiado tarde. Ansley tocó el metal. Casi instantáneamente, una sirena se puso a aullar en un sitio no demasiado lejano. Potentes reflectores se iluminaron y disolvieron las sombras.

De repente, oyeron el ladrido de un perro.

—Vengan —dijo Mason, echando a correr hacia la brecha del seto, que atravesó. Los otros le siguieron.

La pared de ladrillos se erguía ante ellos.

Por entonces eran ya dos los perros que ladraban y sus aullidos se oían indudablemente más cerca.

—Bueno —dijo Mason—, sólo hay un camino para salir de este apuro. Della, vamos a encaramarte hasta lo alto de la pared. Ayúdeme a subirla, Ansley, y luego yo le izaré hasta lo alto. Entonces, ustedes pueden tirar de mí hacia arriba. Quítese el abrigo.

Mason hizo lo mismo con el suyo y lo colocó sobre los pedazos de cristal que remataban el muro. Ansley, tras una vacilación momentánea, le imitó.

—Ven —dijo Mason, cogiendo a Della Street, en brazos. Luego, colocando ambas manos bajo uno de los pies de ella, dijo—: Apoya una mano en mi cabeza, y cógete a lo alto de la pared. Asegúrate de que lo haces por encima del abrigo. Mantén firmes las rodillas y las

piernas rígidas. ¡Arriba…!

Mason izó a Della Street a lo largo de la pared.

—Ojo con las manos —le advirtió—. Procura que los abrigos queden siempre entre ellas y el vidrio. Muy bien, Ansley, ahora inténtelo usted. Della, échale una mano. Ansley, apoye un pie sobre mi pierna. Ahora, la rodilla sobre mi hombro. Mantenga rígidas las piernas tan pronto como le haya cogido los pies y los tobillos. Luego, una vez le haya levantado, podrá…

Ansley subió y alargó una mano hacia Della Street.

—Con cuidado —recomendó Mason—. No desequilibre a Della. Espere a que le empuje un poco más.

El abogado empujó a Ansley. Luego le cogió por los pies y dijo:

—Ahora estire las piernas. ¡Eso es! Sosténgase… ¡Muy bien! ¡Aprisa! Ahora tendrán que cogerme a mí entre los dos.

Della Street, de bruces sobre la pared, alargó un brazo hacia abajo. Ansley hizo lo mismo. Mason se cogió a ambas manos y saltó hacia arriba. Los otros se enderezaron lentamente, izando al abogado hasta una posición en la que éste pudo apoyar los pies en un punto saliente de la pared. Apenas había alcanzado Mason lo alto del muro cuando un objeto negro surgió de entre las sombras y se arrojó contra la pared, saltando casi hasta lo alto de la misma.

—Un «doberman» —dijo Mason—, está bien entrenado. Veamos, bajemos por el otro lado. Primero bajaremos a Della, Ansley. Después saltaremos usted y yo.

El perro seguía ladrando junto a la pared y entrechocando sus dientes furiosamente. Sus mandíbulas quedaban a pocos centímetros de los pies del trío encaramado en la pared.

Della Street pasó su cuerpo a la parte exterior del muro. Mason y Ansley la bajaron.

—Vamos, salte —dijo Mason a Ansley—. No llega ni a dos metros de altura.

Ansley apoyó una mano en los abrigos doblados y se lanzó al suelo. Mason le siguió.

—¿Y los abrigos? —preguntó Della Street.

—Te subiré sobre mis hombros —dijo Mason—. Trata de recuperarlos. No podrás evitar que se desgarren cuando los desenganches de los vidrios, pero procura no dejar ningún pedazo que pueda servir de prueba. ¡Hemos de apresurarnos! Esas malditas

luces nos convierten en los objetos más visibles de toda la carretera.

Mason levantó a Della Street.

—Bueno —dijo—, enderézate, Della. No te asustes, y procura evitar los cristales.

—Puedo ayudarle a sostenerla —dijo Ansley—, si…

—No. Usted recoja los abrigos cuando ella los baje. Así está bien. Puedo sostenerla.

Della Street forcejeó con las prendas.

—Están muy enganchados —advirtió.

—Desgárralos —dijo Mason—. Se acerca un auto.

El perro seguía ladrando frenéticamente al otro lado de la pared. Della Street miró hacia la carretera por donde se acercaban los faros de un automóvil, tiró de los abrigos, consiguió soltarlos, los lanzó a Ansley y luego dijo:

—Ya está jefe; puedes bajarme.

Un momento después, estaba en el suelo.

Mason ordenó:

—Póngase rápidamente el abrigo, Ansley. Andemos por aquí de la manera más inocente posible.

Los faros gemelos se convirtieron en dos ojos inquisidores. El auto animó ligeramente su marcha y luego pasó junto al trío, al que cubrió de salpicaduras.

—Marchémonos antes de que llegue otro auto —dijo Mason.

El abogado se sacó la linterna de un bolsillo e iluminó la parte lateral de la carretera hasta descubrir un camino fangoso que discurría junto a la base de la pared de ladrillo.

Della Street abrió la marcha, corriendo con ligereza. Ansley la seguía, y Mason, sosteniendo la linterna, iba detrás de los dos.

El sendero seguía a la pared hasta desembocar en el camino.

—Examinemos esas puertas —dijo Mason.

—¿Es necesario que lo hagamos? ¿No podemos marcharnos en seguida? —preguntó Ansley.

—Suponga que la otra mujer que iba en el auto no ha salido de la propiedad y se encuentra aún en estos terrenos. Piense en lo que le harían los perros.

—¡Válgame Dios! —exclamó Della Street.

—Lo más probable es —añadió Mason— que se haya marchado de la propiedad, o bien esté en la casa. Sin embargo, siempre queda

esta posibilidad. Veamos… Aquí hay un botón.

La linterna de Mason iluminó un botón incrustado en los ladrillos. Sobre el botón había una placa de bronce en la que se leía: «Apriete el botón y luego abra la portezuela de la izquierda. Descuelgue el teléfono y comunique de qué asunto se trata».

Mason oprimió el botón con un pulgar, abrió la portezuela de una caja metálica empotrada en el cemento, descolgó el teléfono y se lo llevó a la oreja.

Transcurrieron unos segundos, durante los cuales apretó repetidas veces el botón y estuvo atento al auricular.

Ansley, muy nervioso dijo:

—Bueno, ya hemos hecho cuanto podíamos.

—Usted y Della métanse en el coche —ordenó Mason—. No estén aquí, mojándose. Volveré a probar.

Mason apretó de nuevo el botón repetidas veces y sostuvo el teléfono junto a su oreja.

Se oía en la línea un débil zumbido, pero nada más.

Ansley corrió hacia el coche. Della Street permaneció bajo la lluvia, junto al abogado:

—¿No hay otro sistema de comunicar con la casa? ¿No podríamos…?

Una voz femenina sonó en el teléfono.

—¿Diga? ¿De qué se trata? —preguntó.

Mason dijo:

—Ha habido un accidente. Hay un auto destrozado en su camino. Tal vez haya una joven sin sentido dentro de la propiedad.

—¿Quién es usted? —inquirió la voz.

—Simplemente pasábamos por aquí —repuso Perry Mason.

—Veré lo que puedo hacer. No creo que al señor Borden le guste ser molestado, pero…

Un brusco clic al otro extremo de la línea indicó que la mujer había colgado.

Mason oprimió repetidamente el botón.

Al cabo de un momento dijo a Della Street:

—Coge esto, Della. Sigue apretando el timbre. Algo ha hecho que la mujer colgara. Tal vez esté advirtiendo a Borden. Entretanto, yo ordenaré las cosas en el auto.

Della Street se llevó el auricular a la oreja y siguió oprimiendo el

botón.

De repente habló.

—Sí, dígame.

Hubo una pausa momentánea. Ella miró a Mason, asintió con la cabeza y prosiguió:

—Señor Borden, se trata de un caso grave. Somos los que hemos dado parte del accidente de auto. Existe la posibilidad de que una joven haya perdido el sentido al ser arrojada del vehículo y tal vez esté aún vagando por la propiedad.

Reinó un momentáneo silencio, sólo roto por los chasquidos que producía el aparato.

Luego, mientras el teléfono cesaba de producir ruidos, Della Street dijo con dignidad:

—No veo razón para darle mi nombre. Simplemente pasaba por aquí.

Y colgó.

Mason enarcó las cejas.

—Era Borden en persona —explicó ella—. Me ha dicho que alguien había puesto en funcionamiento la señal de alarma al tocar las puertas. Que la señal de alarma suelta automáticamente a los perros de guardia y enciende los reflectores. Va a hacer que los perros regresen a la perrera y apagará los reflectores. Insiste en que alguien ha tratado de abrir las puertas desde dentro. Creo que será mejor que nos vayamos. Supongo que enviará a alguien para que investigue.

Mason cogió a Della Street por el brazo y ambos corrieron hacia el auto.

—¿Qué hay? —preguntó Ansley.

—Hemos cumplido con nuestra obligación —dijo Mason—. Les hemos avisado de que puede haber alguien dentro de la finca. No queda nada por hacer. Marchémonos de aquí. En cualquier momento se acercará alguien a las puertas.

—Estoy en un apuro —dijo Ansley—. Mi abrigo tiene un desgarrón y me estoy empapando.

Della Street rió nerviosamente.

—¿Y quién no está en un apuro?

Mason puso el automóvil en marcha.

—Tengo que idear alguna excusa que libre a Paul Drake de todo

compromiso por lo que respecta al coche robado. —Volvióse hacia Ansley—. Voy a llevarle hasta donde ha dejado usted su auto. Cójalo y márchese a su casa. No envíe su ropa a la tintorería. Quítesela, cuélguela en un armario y olvídese de ella. No cuente a nadie lo ocurrido. Yo me encargaré de lo demás. A su debido tiempo, le enviaré la nota de mis honorarios a su domicilio.

Mason detuvo el coche frente al «night-club».

—Bueno, Ansley, recoja su coche. Márchese a casa. Y calle. Comuníqueme si ocurre algo. Creo que no corre usted ningún peligro.

Ansley se apeó.

—Estoy encantado de haber puesto el asunto en sus manos —dijo—. ¿No cree que tendría que hablar a la policía del accidente?

—Tiene usted que dar cuenta de un accidente en que alguien ha resultado herido —dijo Mason—. Y usted no sabe que haya habido ningún herido. Además, el accidente ha ocurrido en un camino privado, no en una vía pública.

—Así, pues, ¿no necesito dar parte?

—No he dicho esto. Sólo le he sugerido que lo deje todo en mis manos.

—Con mucho gusto. ¿Qué debo hacer ahora, exactamente?

—Coger su auto y marcharse a casa.

Ansley estrechó la mano de Mason y se dirigió al lugar donde había aparcado su automóvil.

—Muy bien, Della —dijo Mason—; voy a llevarte a casa para que puedas ponerte ropa seca y después me llegaré a charlar con Paul Drake.

—¿Y tú?

—Ya me cambiaré después.

—Oye, jefe, no puedes andar por ahí con la ropa mojada. Paul Drake no está en un apuro tan grande que no pueda esperar un poco, y yo voy a acompañarte.

—¡Oh, no, de ninguna manera!

—Oh, sí, ya lo sé. Cuidaré de que te pongas ropa seca antes de que vuelvas a subir por ahí. Llévame a mi apartamento; sólo necesitaré un minuto para cambiarme. Luego nos detendremos en el tuyo y después iremos a ver a Paul.

—Está bien —dijo Mason al cabo de un momento—. Recuerda lo

que he recomendado a Ansley. No envíes ropas desgarradas a la tintorería. ¿No has dejado ningún pedazo de ellas en aquellos vidrios?

—De mis ropas no —dijo ella—, pero me temo que sí un poco de mi piel.

—¿De dónde? —preguntó Mason—. ¿En dónde te has herido?

Ella rió.

—En un lugar que no se ve. No te preocupes.

—Mejor será que te pongas un antiséptico sobre las heridas —le aconsejó Mason.

—Estoy bien. Ya me lo curaré.

Mason condujo rápidamente hasta el apartamento de Della.

—Sube y tómate un trago mientras me cambio —le invitó ella—. Por lo menos servirá para reconfortarte un poco.

Se dirigieron al apartamento de Della Street. Ella abrió la puerta y dijo:

—Los licores están en el armarito que hay encima de la nevera. Mientras me cambio, coge un poco de agua, de azúcar y de nuez moscada, y prepara uno de esos ponches calientes que haces tan bien. Estoy helada hasta el tuétano.

—Tómate un baño caliente —le dijo Mason—. Iré a ver a Drake.

—No, no me separaré de ti hasta que me cerciore de que te has puesto ropa seca. De lo contrario, no te cambiarías hasta después de haber visto a Drake. Y para tu información, jefe, has de saber que en la espalda del abrigo tienes un enorme desgarrón.

—¡Aquella maldita pared! —rezongó Mason—. Ciertamente, estaba armada hasta los dientes.

—Sólo tardaré un momento —le dijo ella.

—Por lo menos, tómate una ducha caliente —le rogó Mason.

Ella rió:

—Tú prepara el agua bien caliente y utiliza mucho ron, jefe.

—En tu ponche, no en el mío. Cuando conduzco me gusta estar despejado.

Della se dirigió apresuradamente a su dormitorio. Mason entró en la cocinita, preparó un ponche de ron para su secretaria, y una taza de café bien cargado para él. Diez minutos más tarde, estaban en camino hacia el apartamento de Mason, donde el abogado se puso rápidamente ropa seca. Luego, él y Della Street fueron al

despacho de Paul Drake, que estaba en la misma planta del edificio en que Mason tenía su bufete.

Paul Drake les recibió con expresión de enojo.

—Habéis necesitado mucho tiempo para venir —dijo—. La policía me ha hecho pasar un mal rato. No les gusta ni pizca el asunto.

—Adelante, haz la llamada —le dijo Mason.

Drake suspiró con alivio, marcó el número del departamento de automóviles robados, y anunció:

—Aquí Paul Drake. Acaba de llegar mi cliente que deseaba informes acerca del auto matrícula CVX 266. Ahora se pone al aparato.

Mason cogió el teléfono y dijo:

—¿Oiga? Al habla Perry Mason… Eso es, Perry Mason, el abogado.

—Bueno, ¿qué se propone usted? —quejóse la voz al otro extremo de la línea—. Tratamos de localizar un coche robado y lo único que conseguimos es que se nos entretenga con vaguedades.

—Nada de vaguedades —repuso Mason—. Tengo un cliente que me ha llamado en relación con el automóvil matrícula CVX 266. Dicho auto se ha despistado, se ha metido en un camino particular y ha volcado. Él ha recogido a la joven que lo conducía, y quería saber si debía dar parte del accidente a la policía.

—¿Algún herido?

—Aparentemente, no.

—Se trata de un auto robado.

—Eso acaban de decirme.

—Bueno, ¿dónde está?

—En la finca de Meridith Borden, un experto en relaciones públicas, situada a unos veinte kilómetros de la ciudad.

—Conozco el sitio. ¿Se refiere a esa que está rodeada por un muro?

—La misma.

—¿Y el auto está allí?

—En efecto.

—Bueno, desde luego, nos ha costado mucho obtener la información —dijo el policía con acento irritado—. ¿Por qué no nos lo ha comunicado antes para que pudiéramos ir a retirar el coche?

—Ignoraba que fuese tan importante. Simplemente se me ha ocurrido que sería una buena idea saber quién era su propietario.

—Está bien. ¿Quién es ese cliente de usted?

—Esto es un asunto confidencial. No puedo divulgar el nombre de un cliente sin su autorización. Sin embargo, puedo decirle dónde está el auto.

—Oiga —dijo el policía—, tratamos de averiguar todo lo posible acerca de un coche robado, y…

—Y ya le he dicho dónde está. No puedo darle ninguna información más. A usted le interesa un coche. A mí me interesa un cliente.

Y Mason colgó el aparato.

Sonrió a Della Street y dijo:

—Vete a casa, Paul. Si alguien trata de mostrarse rudo contigo, échame la culpa a mí. Voy a dejar mi coche aparcado abajo, y Della y yo nos meteremos en el «Purple Swan», nos tomaremos tres o cuatro ponches bien calientes y regresaremos en taxi a nuestros domicilios. No quiero conducir después de haber bebido y necesito beber. Tú lárgate en seguida. Si te quedas por aquí, puedes verte…

Paul Drake se precipitó sobre su sombrero.

—No hace falta que sigas —dijo—. Ya estoy a medio camino del ascensor.

Capítulo 4

Perry Mason abrió la puerta de su despacho particular, metió su sombrero en un armario, sonrió a Della Street y dijo:

—Hola, Della. ¿Qué tal te has recobrado de lo de anoche? ¿Bien?

—Bien.

—¿Ningún estornudo?

—Ni estornudos, ni escalofríos, ni toses.

—Buena chica.

—Paul Drake ha telefoneado hace unos minutos y ha dicho que le llamaras tan pronto como llegases.

—Llámale tú. Probablemente la policía le habrá estado dando la lata otra vez.

Della Street descolgó el teléfono y dijo a la telefonista:

—Comunica a Paul Drake que el señor Mason ha llegado ya.

Mason encendió un cigarrillo, contempló el montón de correspondencia que había sobre su mesa, lo empujó a un lado con expresión cansada y dijo:

—¿No hay ninguna noticia de Ansley?

—Ni una palabra.

La llamada característica de Drake sonó en la puerta del despacho.

—Bueno, supongo que Paul ha decidido venir en persona —dijo Della.

—Esto significa que quiere algo —comentó Mason, sonriendo—: Abre la puerta, Della, y veamos de qué se trata.

Della obedeció, y Paul Drake, con el rostro grave y preocupado, entró en el despacho y dijo:

—Buenos días a todos. ¿Qué diablos estuvisteis haciendo anoche?

—Bueno, creo que esta pregunta tiene ciertos ribetes de impertinencia —dijo Mason.

—Espero que no hayáis ido a casa de Meridith Borden.

—Informamos de que un coche se había metido en el camino particular de Borden y había volcado —dijo Mason—. ¿No es esto suficiente para la policía?

—¿Quieres decir que no estás enterado? —preguntó Drake.

—¿De qué?

—Lo han dado por la radio, en el noticiario de las ocho y media.

—¿Qué?

—Meridith Borden, famoso experto en relaciones públicas, ha sido hallado muerto en su residencia campestre, a las siete de esta mañana, por su ama de llaves. Yacía en el suelo de su laboratorio fotográfico y había sido alcanzado por una bala que le ha atravesado el corazón. Se supone que la bala procedía de un revólver.

—¿Ha encontrado la policía algún arma?

—Ni arma ni indicio alguno de que se trate de un suicidio. Por otra parte, tampoco había señales de lucha. Sin embargo, poco después de las once de la noche pasada se puso en funcionamiento la señal de alarma que hay en la finca. La policía ha encontrado huellas demostrativas de que varias personas habían penetrado fraudulentamente en la propiedad, y probablemente habían conseguido escapar saltando por encima del muro.

—¿Está conectada la señal de alarma con algún cuartelillo de policía?

—No. Un automovilista que pasaba oyó la sirena de alarma y vio encendidos los reflectores. Todo estaba normal a medianoche, cuando un coche patrulla hizo su ronda habitual por el lugar, de modo que alguien debió apagar los reflectores y desconectar la sirena. La finca está protegida por una pared de ladrillo rematada con pedazos de cristal. Hay unas enormes puertas de hierro que cierran el camino particular, y existe un mecanismo eléctrico, automático, que cierra las puertas cada noche a las once. Una campana lanza un tañido de advertencia un minuto antes de que se cierren las puertas. Entonces éstas quedan cerradas, y después, la única manera de entrar es telefoneando desde el exterior.

Mason meditó largamente las declaraciones de Drake.

—¿Y qué opina la policía de todo eso? —preguntó por fin.

—De momento no ha dicho ni pío. Ha encontrado ciertas huellas en el suelo empapado, alrededor de ese automóvil del que tú diste parte, las cuales indican que había habido gente por allí, evidentemente buscando algo.

—Desde luego —dijo Mason.

—Alguien trepó por la pared —prosiguió Drake—. Al parecer, algunas prendas fueron colocadas en lo alto del muro, cubriendo los pedazos de vidrio, y luego unas personas treparon por encima. La policía se siente inclinada a creer que eran tres y que una de ellas era una mujer.

—¿Cómo es eso? —preguntó Mason.

—Hay huellas de tacones femeninos a ambos lados de la pared, y según la teoría de la policía, se requeriría un mínimo de tres personas para conseguir escalar el muro. A dos les hubiese sido muy difícil. Un hombre hubiese podido empujar a una mujer hasta lo alto del muro, pero ella, por sí sola, no hubiera podido tirar de él. Sin embargo, sí hubiese podido ayudar a otro hombre que también fuese ayudado desde tierra.

—Muy interesante —dijo Mason.

—He pensado que, en efecto, lo encontrarás muy interesante —observó Drake—. Dadas las circunstancias, es lógico que la policía muestre una gran curiosidad por el coche robado que ha aparecido volcado en la finca.

—Por cierto, ¿cuándo lo han encontrado? —preguntó Mason.

—Esta mañana. La policía telefoneó anoche a Borden para enterarse de si efectivamente había un auto en su finca, pero no contestó nadie. Enviaron un auto patrulla, pero, como las puertas estaban cerradas y el lugar aparecía oscuro, decidieron esperar hasta esta mañana.

—¿Hay algún indicio acerca de la identidad de las personas que estuvieron anoche en la finca de Borden, Paul?

—Aún no, Perry. Por lo menos, si la policía tiene alguna prueba, no la ha hecho pública. Indudablemente, recibirás esta mañana la visita de algún miembro de la Brigada de Homicidios. Quieren hacerte más preguntas acerca del cliente que informó sobre el accidente sufrido por el coche robado.

—Bueno —dijo Mason—, esto hace que el día empiece bien,

Paul. Temía pasar una mañana muy aburrida contestando correspondencia. Gracias por tus noticias.

—¿Quieres que haga algo? —inquirió Paul Drake.

—Permanecer tranquilo —dijo Mason.

—Me refiero a alguna investigación.

Mason se recostó en su sillón y bostezó.

—Había visto un par de veces a Meridith Borden y, desde luego, lamento su trágico final. Pero el simple hecho de que un cliente ha informado que había visto a un auto volcar a la entrada de la finca de Borden no me hace sentir ningún interés por el asesinato de éste.

El rostro de Drake mostró un alivio inconfundible.

—Bueno, gracias a Dios. Temía que estuvieses mezclado en algo que pudiera resultar embarazoso. ¿Seguro que tú, Della, y tu misterioso cliente no estuvisteis trepando por la cerca de Borden esta noche pasada?

Mason echó hacia atrás la cabeza y lanzó una carcajada.

—Te preocupas demasiado, Paul. ¿Cómo se te ha ocurrido esa idea?

—La curva del camino —dijo Drake secamente— está situada de tal manera que una persona que siguiese a un auto por la carretera, lo hubiese visto desviarse hacia el camino de Borden, pero también le hubiese sido imposible ver que el auto atravesaba el seto y luego volcaba, a menos que detuviese el suyo, retrocediera y después se metiera por el camino para investigar. Hay pruebas de que bastantes personas han dejado sus huellas en el camino de Borden. O, digámoslo de otra manera, hay pruebas de que algunas personas dejaron muchas huellas. Tuvo que haber mucha actividad nocturna, probablemente antes de las once de la noche, cuando las puertas fueron cerradas automáticamente por el mecanismo eléctrico.

—Entiendo —dijo Mason con expresión pensativa.

—Y —prosiguió Drake— en vista del hecho de que la policía investiga ahora un asesinato que pudo ocurrir entre las nueve y las once de la noche, sería muy peligroso que tú retuvieses información o declarases algo que más tarde tuvieses que modificar.

—Gracias por el consejo, Paul.

—De nada. ¿Seguro que no quieres que haga nada, ningún trabajo de investigación?

—Por ahora, no.

—Muy bien. Mantente al margen del asunto —le aconsejó Drake y, enderezando su largo cuerpo del mullido sillón en que estaba sentado, encaminóse hacia la puerta, se detuvo, miró pensativamente a Mason y dijo:

—La policía es muy lista, Perry. A veces uno creería que hace cosas absurdas, pero una vez empieza a seguir una pista, no la abandona.

—¿Y qué?

—Della y tú salisteis a cenar —dijo Drake—. Os vi cuando abandonabais el edificio. Tú llevabas un traje oscuro cruzado. Della Street llevaba un traje sastre azul oscuro con adornos blancos. Cuando vinisteis a mi despacho para informar de que un automóvil había sufrido un accidente en el camino de Borden, ibais vestidos de manera distinta.

—¿Siempre te fijas en cosas así? —preguntó Della Street.

—Forma parte de mi trabajo. Lo importante es, Perry, que la policía no es tonta. El hecho de que no te hayan visitado aún esta mañana, puede deberse a que están recogiendo más datos sobre los que empezarán a trabajar. Tal vez hayan encontrado fragmentos de tela enganchados en los vidrios de la cerca de Borden. Sería muy propio de la policía comprobar dónde cenasteis anoche, preguntar a los camareros que os conocen, la ropa que llevabais, y luego visitarte esta mañana y pedirte si tendrías inconveniente en enseñarles las ropas que llevabais anoche.

—¿Por qué habría de tener inconveniente? —preguntó Mason.

—Pudiera haber en ellas algún desgarrón significativo.

—¿Y si fuera así?

—Tal vez encajara con las hebras que la policía haya encontrado enganchadas a los vidrios de la cerca de Borden.

—¿Y si fuese así?

—Tendrías que dar ciertas explicaciones.

—¿Y si lo explicara?

Drake se encogió de hombros.

—Éste es asunto tuyo, Perry. No trato de explicarte cómo debes actuar. Sólo te cuento cómo está la situación.

—Gracias. Si necesito algo, ya te lo diré.

—De acuerdo. Hasta la vista.

Tan pronto como Drake hubo cerrado la puerta, Mason hizo un

gesto a Della Street.

—Telefonea a Ansley.

Della Street cogió el listín, buscó el número y dijo:

—¿Hago que Gertie le llame desde la centralita o…?

Mason movió la cabeza.

—Hazlo por nuestra línea privada, Della. Tal vez será mejor que Gertie no sepa nada del asunto.

Los ágiles dedos de Della Street marcaron el número. Al cabo de un momento dijo:

—Con el señor Ansley, por favor.

Tapó el micrófono con una mano y dijo a Perry Mason:

—Su secretaria quiere saber quién le llama.

—Díselo.

Della Street apartó la mano y habló por el teléfono:

—De parte del señor Perry Mason, el abogado, y es muy importante.

Se produjo un momento de silencio y, después, ella dijo:

—Comprendo. ¿Tendrá la bondad de decirle que en cuanto regrese se ponga en contacto con el señor Mason? Y le ruego que le explique que se trata de un asunto importante.

Della colgó el teléfono y volvióse hacia Mason.

—Ansley no está. Ha telefoneado a su despacho que no iría por allí esta mañana, y, tal vez, tampoco por la tarde.

—¿No ha dejado ningún número al que se le pudiera telefonear?

Della Street movió la cabeza.

—Su secretaria ha dicho que indudablemente debe estar visitando alguna obra. En esos lugares no hay teléfonos y además Ansley se mueve mucho y visita las empresas suministradoras. Ha dicho que le pediría que nos llamase tan pronto como llegara.

—Muy bien —dijo Mason—. Creo que esto determina lo que hemos de hacer hoy, Della.

—¿Qué quieres decir?

—No hemos venido a la oficina, y tal vez no vengamos en todo el día. He de hablar con Ansley antes de hacerlo con la policía.

—¿De cuánto tiempo disponemos antes de que la policía encuentre una pista que la conduzca hasta aquí? —preguntó Della Street.

—Es difícil de decir. Recuerda que anoche tuve mi coche

aparcado durante un buen rato junto a la pared de Borden. Alguien pudo anotar su matrícula. Recuerda que dijimos a la policía que el coche robado estaba en la finca de Borden y que un cliente le había visto salirse del camino y volcar, relato que es completamente absurdo, porque un automovilista no hubiese podido ver lo que le ocurría al auto después de abandonar la carretera. Reúne todas estas cosas y relaciónalas con un caso de asesinato, y puedes apostar a que nuestros amigos de la Brigada Criminal disponen de otras pistas que apuntan hacia mí, o de lo contrario ya hubiesen venido.

—¿Y qué otras pistas pueden tener?

—Probablemente, hebras desgarradas de nuestra ropa. ¿Te fijaste en el abrigo de Ansley?

—Sé que le faltaba un pedazo de forro. Yo… caramba, jefe, hubiese podido llevar más cuidado. Lo hice con tanta prisa que… Bueno, aquellos vidrios parecían engancharse en todas partes y…

—Claro; sólo tratabas de desenredar los abrigos para que pudiéramos marcharnos lo antes posible. No tenías motivos para sospechar la importancia de no dejar ningún rastro… Supongo que esta mañana te gustaría ir de compras y tal vez por la tarde quieras ir a un salón de belleza, o ver una película, ¿no?

—Y en caso de que me interroguen, ¿qué digo acerca de dónde he pasado el día, y lo que he hecho?

—Te corresponde un día de vacaciones —dijo Mason—. Has estado haciendo horas extraordinarias.

—¿Cuándo?

—Una pregunta muy oportuna, diles que anoche trabajaste mucho.

—¿Y qué más?

—Si te preguntan algo más, diles que no puedes explicar cosas relacionadas con tu trabajo, a menos que yo te lo autorice.

—Jefe, ¿no sería mejor que permaneciera junto a ti?

Mason movió la cabeza.

—¿Por qué no?

—No quiero dar la impresión de que eludo a la policía. Si estuviésemos juntos, tendría que ser por cuestiones de trabajo. Si trabajásemos, debería ser en algún caso. Y si trabajásemos en algún caso, podrían localizarnos e interrogarnos antes de que estuviésemos dispuestos para ello. Sin embargo, si te tomas un día

de vacaciones, puedes mantenerte fuera de la circulación, de manera que la policía no pueda localizarte.

—¿Y tú?

—Bueno, tendré que cuidar de mí mismo —dijo Mason sonriendo—. Creo que lo conseguiré.

—Si corre la voz de que quieren interrogarte, les será posible localizarte. Eres demasiado popular para que puedas circular por ahí sin dejar una pista.

—Lo sé —dijo Mason—, pero no creo que anuncien que desean interrogarme. Es decir, no lo comunicarán a la radio o a la prensa, por lo menos por ahora.

—¿Y si Ansley llama mientras no estamos?

—No creo que lo haga, a menos que la policía le localice. Dile a Gertie que te tomas un día de fiesta y que yo voy a estar saliendo y entrando y que si Ansley telefonea, que ella le explique que necesito verle y que deje un número de teléfono al que se le pueda llamar.

Mason se dirigió a coger su sombrero.

—Hasta la vista, Della.

Los ojos de la secretaria mostraron ansiedad mientras contemplaba cómo el abogado salía del despacho.

Mason cogió su auto, alejóse unas veinte manzanas de su despacho, y buscó otro aparcamiento en el que lo dejó. Después, entró en una tienda y consultó el listín telefónico. Encontró el número de Beatrice Cornell, en los «Apartamentos Ancordia», y lo marcó.

Una voz de mujer tranquila e impersonal, dijo:

—¿Minerva? —preguntó Mason con ansiedad.

—¿A qué número llama, por favor?

—Quiero hablar con Minerva.

—Aquí no hay ninguna Minerva.

—Dispense —dijo Mason, colgando el aparato.

Regresó a su auto y se dirigió a los «Apartamentos Ancordia».

Encontró el nombre de Beatrice Cornell junto al apartamento número 108.

Mason apretó un botón y casi instantáneamente la puerta fue abierta desde arriba.

El abogado traspuso el umbral, cruzó un vestíbulo algo sombrío, después un corredor, encontró el apartamento 108 y llamó

suavemente a la puerta.

La abrió una mujer que dijo con eficiencia seca y comercial.

—Soy la señorita Cornell… ¡Caramba, pero si es Perry Mason!

El aludido se inclinó.

—Anoche la telefoneé a usted, pero no nos hemos visto nunca, ¿verdad?

—¡Cielos, no! Usted nunca me ha visto. Soy una de sus admiradoras. He seguido sus casos con el mayor interés. Su retrato me es muy familiar… Supongo que querrá verme para hablar acerca de lo que me dijo anoche por teléfono. Pase y siéntese —le invitó.

Mason entró en la sala de estar, fijóse en una mesa despacho grande y seria, sobre la que había tres teléfonos. Había otra más pequeña, propia para una secretaria, con una máquina de escribir y un montón considerable de papel mecanografiado.

Ella observó la sorpresa en el rostro del abogado y se puso a reír.

—Tengo un servicio de recogida de llamadas, señor Mason. Contesto las que reciben una extensa y selecta lista de clientes confidenciales, que quieren disponer de un número de noche donde puedan tomar sus recados, pero con un carácter más personal que los servicios corrientes. Por ejemplo, tengo varios doctores que me telefonean cuando salen a visitar de noche. Yo les sigo la pista con cuidado y en caso de que se presente alguna urgencia, sé cómo se les puede localizar en el menor tiempo posible. Tengo también un servicio de correspondencia para clientes, actúo como secretaria, dirijo un servicio de modelos, y en conjunto consigo ganar lo bastante para vivir. En realidad, estoy creando un negocio bastante bonito.

—¿Pero no es muy esclavo? —preguntó Mason, ocupando la silla que ella le indicaba.

—Desde luego, pero se vive bien.

—¿Cuánto tiempo lleva haciendo esto?

—Siete años, y actualmente creo que es un buen negocio. Antes fui modelo de fotógrafo. Al cabo de un tiempo empecé a comprender que cada minuto que transcurría deterioraba un poco la mercancía que podía ofrecer. Primero empecé a ganar algo de peso y entonces tuve que ponerme a dieta y… Bueno, al cabo de un tiempo, lo vi todo claro y abandoné la profesión. Ahora tengo una lista de modelos que contrato a los fotógrafos que desean

profesionales.

»Pero no ha venido usted aquí para que habláramos de mí, señor Mason. Supongo que querrá que tratemos de lo de anoche y lo que intenta averiguar es si tuve participación en un accidente de automóvil.

—Y me gustaría saber algo acerca de sus modelos —dijo Mason.

—Eso es fácil. Utilicé mis antiguas relaciones y amistades para crear un servicio de contratación de modelos. Tengo media docena de modelos fotográficos que han puesto en mis manos su trabajo.

—Gracias por su cordialidad y colaboración —dijo Mason—. Detesto mostrarme descortés, receloso o escéptico, pero está usted hablando con un abogado sobre un asunto que puede ser de bastante importancia. Una joven estuvo envuelta anoche en un accidente automovilístico. Permaneció inconsciente por un rato. Después dio el nombre de usted y esta dirección. Mi cliente la trajo hasta aquí y la dejó a la puerta.

—Comprendo —dijo ella—. ¿Y quiere usted estar seguro de que yo no soy esa mujer?

Él asintió con la cabeza.

—¿Fue serio el accidente?

—Uno de los coches volcó.

—¿Y dice que esa mujer sufrió heridas?

—Fue lanzada del vehículo y aparentemente resbaló por el suelo un buen trecho. Quedó inconsciente y, al cabo de un rato, recuperó el sentido.

—¿Sufrió magulladuras?

—Probablemente. En las piernas y las caderas.

—Bueno, señor Mason, anoche no me moví de aquí. Contesté cincuenta veces al teléfono. Permanezco aquí todas las noches. Estoy segura de que no sé nada que pueda servirle de ayuda.

—¿Conoce a Meridith Borden? —preguntó Mason.

Los ojos de ella se contrajeron.

—Sí. ¿Por qué?

—Ha muerto.

—¿Qué?

—Ha muerto. La policía cree que fue asesinado durante la noche pasada.

—¡Válgame Dios!

—Y el accidente automovilístico a que me refiero tuvo lugar dentro de la propiedad de Meridith Borden. Recordará que anoche llovía. Un auto se desvió de la carretera, entró en el camino privado de la finca, se estrelló contra el seto y después volcó.

—¿Han averiguado algo por la matrícula del auto?

—Era un coche robado.

Ella permaneció pensativa por unos momentos y después dijo:

—Bueno, tal vez será mejor que se lo diga, señor Mason. Meridith Borden es… Quiero decir, era cliente mío.

—¿En qué aspecto?

—Era aficionado a la fotografía. Le gustaba retratar chicas atractivas. A veces había conseguido modelos por mi mediación.

—¿Recientemente?

—No, recientemente no. Creo que últimamente había llegado a un acuerdo privado con una modelo aficionada que no tenía inconveniente en exhibirse, bien por gusto, bien por dinero.

—Estoy tratando de averiguar —dijo Mason— quién utilizó su nombre. Probablemente se trata de alguien que conocía a Borden y que tiene que conocerla a usted. Era más alta que usted y más joven. Tenía cabello oscuro, rojizo, con ojos oscuros también. Es alguien que la conoce a usted personalmente. Vino a este apartamento hacia…

—¿Hacia las diez? —interrumpió Beatrice Cornell.

—Probablemente —dijo Mason.

—Recuerdo que sonó el timbre y yo apreté el botón que abre la puerta de la calle. Pero nadie subió a mi apartamento. De momento, no le di mucha importancia al caso. Hay gente que se equivoca frecuentemente al llamar y…

—¿Siempre aprieta el botón que abre la puerta, sin preocuparse de quién llama? —preguntó Mason.

—Desde luego. Supongo que debería enterarme, pero, después de todo, tengo un negocio, señor Mason. Toco muchas teclas y vienen muchos clientes a verme para recoger mensajes personales o darme instrucciones, y algunas de esas modelos…

—Ocupémonos sólo de las modelos —la interrumpió Mason—. ¿Tiene alguna que se ajuste a mi descripción?

—Tengo varias —dijo ella—. No… no me gustaría traicionar los intereses de mis clientes.

—Lo intentaré de otra manera —explicó Mason—. Soy aficionado a la fotografía. Busque una modelo. No quiero una de esas delgaduchas y de piernas muy largas, sino una de esas que tienen curvas. Con buena figura, pero con curvas. ¿Podría ponerme en contacto con alguna de sus modelos?

—Dispongo de varias fotografías —dijo ella—. Podría enseñárselas.

—Por favor.

Ella sonrió y dijo:

—Se trata de un asunto puramente comercial. Esas chicas querrán cobrar veinte dólares por hora. Y querrán que el tiempo cuente desde que salen de su apartamento hasta que regresen a él. Usted deberá encargarse del desplazamiento. Tendrá que facilitar cualquier vestido especial que desee. Tendrá que cuidar de su comida. Ellas tienen vestidos normales y trajes de baño. Algunas de ellas quieren damas de compañía. Otras se arriesgarán, si le conocen, y otras, en cambio, aunque no le conozcan.

—¿Obtendré las fotografías y las direcciones? —preguntó Mason.

—Nada de eso. Obtendrá fotografías con un número. Las direcciones son asunto privado mío. Yo obtengo una comisión por cada contrato. La mayoría de fotos de que dispongo están tomadas en traje de baño.

—¡Magnífico! —dijo Mason—. Echémosles una ojeada.

—Un momento —contestó ella y se dirigió a una habitación contigua.

Mason oyó el ruido de un archivador que se abría y luego se cerraba.

Un instante después, estaba de regreso con una docena de fotografías tamaño 18 por 24 que mostraban a atractivas muchachas en posturas sugestivas. Cada fotografía iba numerada.

Mason examinó pensativamente las fotografías, eliminó varias y dijo:

—Desearía contratar a las números 6, 8 y 9.

—Le costarán a usted veinte dólares por hora.

Mason asintió con la cabeza.

Ella abrió una libreta de direcciones.

Bruscamente, Mason dijo:

—Espere un momento, señorita Cornell. Tengo una idea mejor. Telefonee a todas las modelos que tiene en la lista, y pregúnteles si hoy están libres y si pueden posar para una serie de fotografías en traje de baño. Y, desde luego, no olvide que estoy dispuesto a pagarle lo que haga falta, sin regatear.

—Muy bien —dijo ella—. Siéntese y póngase cómodo. Voy a empezar las llamadas.

Beatrice Cornell hizo diana a la tercera llamada. Dijo:

—Un momento, querida. Ya… Bueno, volveré a llamarte.

Colgó el teléfono y volvióse hacia Mason.

—Era Dawn Manning —dijo—, una atractiva muchacha con un hermoso busto, y terriblemente lista. Dice que no puede trabajar durante cuatro o cinco días a causa de unas magulladuras. Dice que se las hizo anoche en un ligero accidente de automóvil.

—Ésa es mi chica —dijo Mason.

—¿Qué desea que haga?

—¿No podría conseguir que viniera aquí?

—Ha dicho que no puede posar.

—Explíquele que he visto su fotografía, que me gusta su aspecto y que probablemente podríamos ocultar las magulladuras para que no aparezcan en las fotos. Pídale si puede venir aquí a encontrarse conmigo. Dígale que cobrará desde el momento en que salga de su apartamento. Que coja el primer taxi que encuentre y que venga.

Beatrice Cornell frunció el ceño:

—Va a pensar que la he traicionado.

—Usted no la ha traicionado en absoluto. Contrata modelos para fotógrafos. Yo he oído hablar de sus servicios. No hace falta que mencione que soy abogado. Soy simplemente el señor Mason, un fotógrafo. Pídale que venga para entrevistarse conmigo. Dígale que ya ha cobrado el dinero.

Beatrice Cornell vaciló y, luego dijo:

—Bueno, supongo que no habrá inconveniente.

Mason sacó su cartera de un bolsillo, extrajo un billete de veinte dólares y otro de diez.

—Aquí hay treinta dólares —dijo—. Veinte por una hora de trabajo y el resto para gastos de taxi, o cualquier otro que se produzca.

—¿Qué se propone hacer? ¿Va a explicarle a esta chica quién es

usted y lo que desea?

—Eso, depende…

—¿Va a fingir que es fotógrafo?

Mason asintió.

—Entonces será mejor que se consiga una cámara.

—¿Hay alguna tienda de material fotográfico por aquí cerca?

—Hay una a cuatro manzanas de aquí. Estoy en buenas relaciones con ellos. ¿Quiere que telefonee?

—No —dijo Mason—. Prefiero que no lo haga. Me llegaré hasta allí y compraré un aparato. ¿Es posible que haya regresado ya cuando su modelo llegue?

—Probablemente. Pero sería algo mejor para usted si me dejara hablar antes con ella y…

—Me parece muy bien. Volveré dentro de media hora.

Capítulo 5

Treinta minutos más tarde, Mason regresó al apartamento de Beatrice Cornell. Iba provisto de una cámara de dos objetivos, con estuche de cuero, y una docena de rollos de película, tanto en color como en blanco y negro.

Dawn Manning le estaba esperando ya.

Beatrice Cornell hizo las presentaciones.

Los ojos grises de Dawn Manning se fijaron en la evidente novedad del aparato fotográfico de Mason.

—¿Es usted aficionado, señor Mason?

Él asintió.

—Supongo que un aficionado muy reciente.

Mason asintió de nuevo.

—¿Y qué desea usted, señor Mason?

—Quiero tomar unas cuantas «fotos» de una modelo. Me gustaría unas… Bueno, unas… unas…

—¿Fotos atrevidas?

Mason asintió.

Ella se ajustó aún más al cuerpo su ceñido jersey.

—Tengo un bonito busto y mis piernas no están mal. ¿Conoce ya mis tarifas?

—Las conoce —dijo Beatrice Cornell.

Dawn miró a Mason con franqueza.

—Si está buscando una aventura, diríjase a otra. Si lo que le interesan son fotografías, la cosa cambia. Nosotras no tenemos problemas con los profesionales o con los fotógrafos experimentados que tienen costumbre de alquilar modelos, pero sufrimos muchas molestias de los aficionados y yo no quiero molestias.

—El señor Mason es de confianza —intervino rápidamente

Beatrice Cornell—. Ya te lo había dicho, Dawn.

—Lo sé, pero… Bueno, es que yo no quiero que haya ninguna mala interpretación; eso es todo.

—Estoy dispuesto —dijo Mason— a pagarle sus tarifas y le aseguro que no debe temer nada de mí.

—Está bien —dijo secamente Dawn Manning, después de un momento de vacilación—, pero transcurrirán unos cuantos días antes de que pueda usted tomarme fotos en que aparezcan las piernas.

—¿Ha sufrido un accidente de automóvil? —preguntó Mason.

Ella asintió y dijo:

—Pero tuve mucha suerte.

Mason se sacó la pitillera del bolsillo.

—¿Hay inconveniente en que fume? —preguntó.

—Ninguno —dijo Beatrice Cornell.

Dawn Manning aceptó un cigarrillo de Mason.

El abogado le alargó una cerilla encendida. Dawn Manning inspiró profundamente, retuvo el humo en sus pulmones, y luego lo exhaló.

Recostóse en el sillón, empezó a cruzar las piernas y, de repente, hizo una mueca.

—¿Tan mal está? —preguntó Mason.

—Con franqueza, esta mañana no me he mirado en el espejo. He dormido hasta tarde. Cuando Beatrice ha llamado, me he levantado corriendo, me he puesto cualquier cosa y he venido.

—¿Sin desayunar?

Ella rió.

—Tengo que vigilar mi peso. El desayuno y yo no nos conocemos. Vamos a ver qué tal está esto.

La joven se levantó del sillón y, con la misma naturalidad que si estuviese haciendo un examen impersonal de una estatua, se levantó la falda, casi hasta la cintura, y examinó su cadera izquierda.

—Aquí es donde más me duele.

—Caramba, Dawn —exclamó Beatrice Cornell—, esto requeriría muchísimo retoque. Ahora está feo, pero mañana estará peor.

Dawn Manning siguió retorciéndose en un intento de examinar sus cardenales.

—Me siento —dijo— como un cachorro que quisiera morderse la cola. Deja que me mire en ese espejo grande tuyo, Beatrice.

Situóse frente a una puerta recubierta enteramente por un espejo, y movió tristemente la cabeza mientras se examinaba.

—Está peor que anoche cuando me acosté. Me parece que no podré posar durante unos cuantos días, señor Mason. ¿Puede usted esperar, o desea otra modelo? Lo siento. Dadas las circunstancias, sólo le cobraré el taxi.

—Creo —insinuó Mason— que podríamos arreglarnos con una iluminación adecuada… ¿Puedo ir a su apartamento? Me gustaría contratarla por dos horas.

El rostro de Dawn Manning enrojeció.

—Desde luego que no —respondió—, y voy a ser franca con usted, señor Mason. No trabajo con aficionados sin que haya alguien presente. Si es usted casado, que venga su esposa. Si no lo está, yo buscaré a alguien. Esto le costará tres dólares más por hora.

—Está bien —dijo Mason—. Aquí tenemos ya a otra persona. Hablemos aquí.

—¿Sobre qué? ¿Sobre fotografías?

Mason movió la cabeza.

—Mejor será que se lo confiese. Me interesan esos cardenales.

—¿Esos cardenales?

—Quiero comprobar su naturaleza y extensión.

—Oiga, ¿qué es esto? ¿Qué clase de individuo es usted?

—Soy abogado.

—¡Oh! —exclamó Beatrice Cornell.

—Muy bien, es usted abogado —dijo con indignación Dawn Manning—. Me ha sacado de la cama y me ha hecho venir aquí con mentiras. Usted…

—No exactamente con mentiras —la interrumpió Mason—. Le he dicho que quería contratarla por un período determinado. La señorita Cornell tiene el dinero.

El rostro de Dawn Manning se suavizó algo.

—¿Qué desea usted, señor Mason? Pongamos las cartas boca arriba y veamos cuál es nuestro juego.

—Me interesan sus cardenales —dijo Mason— porque me interesa el accidente de automóvil que tuvo lugar anoche.

—¿Se propone demandar a alguien?

—Necesariamente, no. Me gustaría que me hablara de ello. Y como estamos empleando también el tiempo de la señorita Cornell, sin pagarle nada, le sugiero que vayamos a algún sitio donde podamos hablar sin molestarla a ella, o bien tendré que hacer algo para compensarla por el tiempo que pierde.

—¿Y no quiere usted tomar fotografías? —preguntó Dawn Manning.

—Sí, sí; quiero fotografías.

—No tengo ningún inconveniente en que hablen aquí —dijo Beatrice Cornell—. Obtengo una comisión de esto, como saben, y yo…

—Obtendrá algo mejor que eso —dijo Mason—. Cobrará veinte dólares por hora, aparte la comisión.

Mason se levantó, abrió de nuevo su cartera, sacó sesenta dólares y dijo:

—Probablemente la necesitaré unas dos horas, de modo que aquí hay también otros veinte dólares para la señorita Manning.

—Bueno, señor Mason, esto no es necesario. Yo…

—Usted tiene que ganarse la vida, lo mismo que todo el mundo.

—¿Y qué desea de mí? —preguntó, interesada, Dawn Manning.

—Ante todo, quisiera saber todo lo relacionado con el accidente automovilístico.

—Bueno, no hay mucho que contar. Anoche fui a una reunión. Un fotógrafo amigo mío exhibía varias de sus obras e invitó a un grupo a que fuéramos a tomar unos combinados y después una cena fría. Normalmente, no hubiese ido, pero él tenía varias fotografías de las que se sentía muy orgulloso. Yo había sido la modelo y no había visto las pruebas. Me sentí interesada.

»Con mucha frecuencia, en ocasiones como ésta una modelo obtiene nuevos contratos y más relaciones, y es agradable alternar con los de la misma profesión. La mayoría de la gente que descubre que una es modelo de fotógrafos y que está dispuesta a posar en traje de baño o incluso sin él, en circunstancias apropiadas, tiene la idea de que una es cualquier cosa y cree que todo lo que una tiene está en venta.

»Por el contrario, cuando se está con un grupo que conoce las interioridades de la profesión, se pasa un buen rato y… Bueno, se disfruta de una atmósfera tranquila y profesional. Todo el mundo

respeta el trabajo que hacen los demás. Nos gustan las buenas fotografías y los buenos fotógrafos. Ellos necesitan modelos para su trabajo y nosotras necesitamos fotógrafos que nos mantengan en el candelero.

—Está bien —dijo Mason—, de modo que fue usted a esa reunión.

—Y como deseaba regresar pronto a casa, fui sola, en taxi. Tomé unos combinados, cené y vi las «fotos», que eran extraordinariamente buenas. Él había utilizado un filtro verde, que suaviza la piel humana más que cualquier otra cosa que pueda emplearse en fotografías en blanco y negro. Como decía, me interesaba regresar temprano a casa, de modo que me despedí antes de que las bebidas empezasen a causar efecto. Estaba buscando un taxi cuando una mujer se detuvo junto al bordillo con un magnífico «Cadillac» y dijo: «Usted estaba en la reunión del estudio. La he visto allí. La noche está lluviosa y le costará encontrar un taxi. ¿Quiere que la lleve?

»No la recordé, pero era posible que hubiese estado en la reunión. Por lo menos, asistieron unas cincuenta personas a la hora de los combinados, aunque creo que sólo diez o doce fueron invitadas a quedarse para la cena.

—¿De modo que subió al auto de aquella mujer?

—En efecto, y ella emprendió la marcha hacia la ciudad.

—¿Averiguó su nombre?

—No. A eso voy. Charló conmigo, como si fuésemos viejas amigas. Ella sabía mi nombre, mi domicilio y todo cuanto se refería a mí. Me explicó que con aquella noche lluviosa me habría sido difícil encontrar un taxi y que por eso se había ofrecido para llevarme. Dijo que tendría que detenerse brevemente a mitad de camino.

—Esa fiesta a la que usted asistió, ¿se celebró aquí, en la ciudad?

Dawn Manning movió la cabeza.

—No; en «Mesa Vista». Toda esta historia es un poco extraña, señor Mason. Para comprenderla tendría que conocer un poco mejor el ambiente en que vivo. Tendré que contarle mi historia personal.

—Adelante —le dijo Mason, entornando ligeramente los ojos—, lo está haciendo muy bien.

—He estado casada —prosiguió ella—. Dawn Manning es mi nombre de soltera. Volví a adoptarlo cuando nos separamos. Mi ex marido se llama Frank Ferney. Está asociado con Meridith Borden. Es un estafador. Cuando nos separamos, yo no pude desplazarme a Reno para obtener el divorcio. Frank accedió a ir. Me escribió que había cursado la documentación, y yo comparecí brevemente para que el acto resultara legal. Creí que todo estaba solucionado.

»Ignoro lo que sabe usted de Meridith Borden. Se gana la vida vendiendo influencias políticas. Había posado para él. Conocí a un político local, que se enamoró de mí, y Borden quiso utilizarme como si yo fuera una cualquiera, para llevar a ese político hasta el punto en que… bueno, en que Borden tuviera algo contra él.

»Detesto esas peleas entre marido y mujer, en las que personas que han intimado durante años, de repente empiezan a odiarse entre sí. Mi ex esposo no era lo que yo pensaba, pero traté de mantener relaciones amistosas con él.

»Pero lo que hizo Borden fue demasiado. Les dije a los dos que se largaran. Aconsejé al enamorado político que se dedicara a su hogar y me separé de todos ellos.

»Bueno, anoche íbamos por la carretera y aquella mujer dijo que quería detenerse para visitar brevemente a un amigo. Luego mencionó al desgaire que alguien le había contado que mi marido y yo habíamos proyectado divorciarnos, pero que él no lo había llevado a efecto. Al mismo tiempo, empezó a meter el coche por el camino de la propiedad de Meridith Borden. Intuí una trampa y sujeté el volante para impedir que ella pudiera lograr su propósito. Nos encontramos con otro auto que salía por el camino. Supongo que no debería haber cogido el volante, pero no quería que me metiesen en ningún lío. El caso es que nuestro coche patinó.

—Prosiga —dijo Mason—. ¿Qué ocurrió?

—Resbalamos de lado, sé que el otro auto golpeó el nuestro porque sentí el impacto, o, tal vez, debería decir que nosotras golpeamos el otro auto. Luego, me parece recordar que atravesamos un seto y después ya sólo sé que me encontré tendida en la empapada hierba, sobre mi cadera izquierda, con la falda subida hacia arriba como si hubiese resbalado o sido arrastrada un corto trecho. Caía una llovizna helada y estaba empapada.

»Me moví un poco, tratando de descubrir dónde estaba e

intentando recordar lo que había ocurrido, y finalmente la memoria me volvió de súbito. Me palpé para ver si tenía algún hueso roto. Aparentemente, lo único que tenía era la cadera magullada y despellejada. Estaba junto a la pared de ladrillo que rodea la finca de Borden. El coche estaba volcado. Busqué a la otra mujer, pero no la vi. Tenía frío y estaba empapada y confusa. Conseguí salir al camino, traspuse las puertas y me encontré en la carretera. Al cabo de un rato, se detuvo un automovilista, y le pedí que me llevara a la ciudad.

—¿Conocía a ese automovilista?

—No. No me dijo su nombre y a mí tampoco me interesó saberlo. Parecía muy deseoso de proporcionarme alojamiento durante la noche y se mostró bastante insistente. Yo no le expliqué nada de lo que había ocurrido. Le hice creer que regresaba de un paseo en coche durante el cual me había peleado con mi amigo.

»Como podrá explicarle Beatrice, en esta profesión aprendemos a manejar a la mayoría de los hombres, a rechazarles, y, sin embargo, a hacer que se sientan satisfechos. Pero aquel tipo fue algo difícil de convencer. Sin embargo, di largas al asunto hasta que llegamos a un sitio por donde pasaba una línea de autobuses. Entonces le pegué un bofetón, me apeé y cogí el billete de un dólar que siempre llevo sujeto en la parte superior de una media. Tomé el autobús hasta una esquina próxima a mi apartamento y tuve que llamar al portero para obtener un duplicado de mi llave. En el accidente perdí el bolso y todo lo que había dentro: cigarrillos, lápiz de labios, llaves, permiso de conducir… En fin, una lata.

—¿Buscó su bolso?

—Palpé dentro del auto y por el suelo, pero no pude hallarlo. Evidentemente, aquella mujer se lo llevó.

—¿A qué hora ocurrió el accidente? —preguntó Mason—. ¿Puede determinarlo con exactitud?

—Ya lo creo.

—¿A qué hora fue?

—A las nueve y tres minutos.

—¿Cómo lo sabe?

—Mi reloj se detuvo cuando golpeé contra el suelo, o al dar la vuelta el auto. El caso es que el reloj se detuvo, y desde entonces no ha marchado más.

—¿Sabe qué hora era cuando salió de la finca?

—Puedo deducirlo.

—Hágalo.

—Diría que las diez menos veinticinco minutos. Llegué a casa a las diez y quince, según creo. ¿Por qué? ¿Representa una gran diferencia?

—Puede representarla.

—¿Le importaría decirme por qué, señor Mason?

—Por desdicha, las informaciones sólo funcionan aquí en un sentido. Puedo recibirlas, pero no darlas. Quiero aún una cosa: una descripción, lo más acertada posible, de aquella mujer que la recogió a usted en su coche.

—Señor Mason, me está usted sometiendo a un verdadero interrogatorio.

—Pero le pago el tiempo que emplea —le recordó Mason.

—En efecto —dijo ella, riendo—. Bueno, aquella mujer tendría cerca de treinta años o, tal vez, treinta cumplidos. Tendría aproximadamente mi estatura, es decir, un metro sesenta y tres, y pesaba… Bueno, de cincuenta y dos a cincuenta y cinco kilos, aproximadamente. Tenía cabello rojizo, de ese color caoba que…

—¿Que sale de una botella? —preguntó Mason.

—Que sale de algún lavado de cabello. Tengo la impresión de que, tal vez, fuese una morena teñida.

—¿Recuerda sus ojos?

—Los recuerdo muy bien porque me miraba de una manera especial que me producía una sensación incómoda. Tenía los ojos oscuros y… es difícil de describir, pero hay una clase de ojos, oscuros, rojizos, que parecen no tener pupila. Supongo que si se los mira con la atención suficiente, se verá la pupila, pero el color de los ojos es muy oscuro y, de momento, no se la distingue.

—¿La recuerda bien?

Ella asintió.

—¿Algo más?

—Llevaba anillos en ambas manos, lo recuerdo bien. Diamantes. Unas piedras de buen tamaño.

—¿Cómo iba vestida?

—Según creo recordar, no llevaba sombrero y su abrigo era de color beige, de buen aspecto. Llevaba un traje de lana ligero, de

color verde suave, que le sentaba bien.

—¿Y no había visto nunca a esa mujer?

—¿Quiere decir si la conocía?

—Sí.

—No. Estoy segura de que no.

Mason miró a Beatrice Cornell.

Ésta negó lentamente con la cabeza.

—Encuentro algo vagamente familiar en la descripción, señor Mason, pero no logro situarlo, al menos de momento.

—Está bien —dijo Mason—. Creo que esto me sirve por ahora. Me gustaría tomar algunas fotografías.

—¿Con cardenales y todo? —preguntó Dawn Manning, riendo.

—Especialmente de los cardenales.

—Muy bien. Así se hará —dijo Dawn Manning—. Beatrice le enseñará cómo se maneja este aparato. Corre las cortinas, Beatrice, y empecemos a trabajar.

Capítulo 6

La cafetería era un lugar pequeño y confortable que preparaba comidas de estilo casero.

Perry Mason, al tiempo que desplazaba su bandeja sobre la pulida guía de metal, escogió pimientos rellenos, zanahoria rallada, berenjenas fritas, ensalada con queso y una taza de café. Se acercó a una mesa para dos que quedaba junto a la ventana y se instaló para almorzar tranquilamente.

Una sombra se proyectó sobre la mesa por encima del hombro de Mason, y una voz masculina dijo:

—¿Está ocupado este sitio?

Mason contestó con cierta irritación:

—No, no está ocupado, pero allí hay media docena de mesas vacías.

—¿Le importa que me siente?

Mason alzó la mirada con enojo y se encontró con los ojos del teniente Tragg, del Departamento de Homicidios.

—Bien, bien, Tragg —dijo Mason, poniéndose en pie y estrechando la mano del detective, mientras éste depositaba su bandeja en la mesa—. No sabía que viniera a comer aquí.

—Es la primera vez que lo hago —dijo Tragg—. Me han dicho que la comida es buena.

—Es excelente y casera. ¿Cómo ha descubierto este sitio?

—«Modus operandi».

—No lo entiendo.

—A mucha gente le sucede —dijo Tragg, al tiempo que colocaba sobre la mesa una taza de consomé, ensalada con queso y un vaso de leche.

Mason rió:

—Con esta combinación no hace mucho honor al cocinero,

Tragg. Los pimientos rellenos son estupendos.

—Lo sé, lo sé —dijo Tragg—. Como para mantener a raya mi cintura. El único placer que saco de ir a los sitios donde se come bien es olfatear los manjares.

—Bueno —dijo Mason, mientras Tragg se sentaba—. Hábleme del «modus operandi», teniente.

—No sé si recordará la última vez que desapareció usted —dijo Tragg—. Fue con motivo de un caso en que no deseaba que le interrogaran. Y cuando por fin compareció otra vez, tal vez recuerde que le pregunté dónde había estado y qué motivos había tenido para salir huyendo.

—Lo recuerdo perfectamente —dijo Mason—. Y yo le contesté que no había huido.

—Eso es. Me dijo que había estado entrevistándose con varios testigos y que cuando hacía tal cosa y no podía regresar a su despacho, solía comer en una deliciosa y pequeña cafetería donde preparaban una comida casera excelente.

—¿Le dije eso?

—Me lo dijo, y yo le pregunté qué cafetería era. De modo que cuando regresé a mi despacho, cogí una tarjeta con el nombre de Perry Mason y su título de abogado, y en su dorso, en la sección titulada «modus operandi», escribí una nota: «Cuando Perry Mason se oculta, suele ir a comer a la cafetería de cocina familia».

»Para su información, señor Mason, esto es lo que llamamos «modus operandi». La utilizamos mucho para atrapar a los granujas. Desdichadamente, la policía no puede soportar el desgaste que representa mostrarse intuitivo e inteligente, de modo que trata de sustituir estas cualidades con la eficiencia.

»Le sorprendería saber lo que conseguimos con ese sistema nuestro del «modus operandi» y de recoger una serie de anotaciones triviales. Tal vez el hombre tiene ciertas costumbres peculiares de comer. Quizá pide siempre una marca determinada de vino. O exige siempre un postre preparado de cierta manera. Estas cosillas de que los genios pueden prescindir, los humildes policías han de anotarlas y recordarlas.

»Tomemos, por ejemplo, su caso. Es usted inteligente hasta el punto de ser genial, pero el viejo «modus operandi» me ha conducido hasta usted en el momento en que nos interesaba, y

cuando usted no deseaba ser hallado.

—¿Qué le hace pensar que no deseaba ser hallado?

Tragg sonrió y dijo:

—¡Oh!, supongo que había salido a entrevistarse con testigos.

—Eso es, exactamente, lo que he estado haciendo.

—¿Ha terminado?

—¿Con los testigos?

—Sí.

—No.

—Bueno —dijo Tragg—, ¡magnífico! Tal vez pueda serle de alguna ayuda.

—Y, tal vez, no —dijo Mason.

—Está bien, lo miraremos desde otro punto de vista. Tal vez usted pueda serme de alguna ayuda.

—¿Se propone contratar mis servicios?

Tragg bebió un sorbo de leche, removió la ensalada de queso con el tenedor y dijo:

—¡Caramba, qué bien huelen esos pimientos rellenos!

—Adelante —dijo Mason—, vaya a buscarse un plato. Le hará ver el mundo de un color más alegre.

Tragg empujó hacia atrás su silla y dijo:

—Me ha convencido usted, Perry.

Tragg regresó llevando otra bandeja en la que había dos pimientos rellenos, un pedazo de pastel de manzana y una jarrita con nata.

Se sentó a la mesa y dijo:

—Ahora, no me hable hasta que haya terminado con esto y vuelva a sentirme de buen humor.

Mason le sonrió y los dos comieron en silencio.

Cuando hubo terminado, Tragg apartó a un lado su bandeja, sacó un cigarro de uno de sus bolsillos, le cortó la punta con un cuchillito y dijo:

—Me siento humano de nuevo. Ahora, volvamos otra vez a las tachuelas.

—¿Qué tachuelas son ésas?

—Colóquelas como le parezca —dijo Tragg—. Si pone las cabezas hacia abajo las puntas estarán hacia arriba y pueden resultar peligrosas… para usted.

—¿Qué desea saber?

Tragg dijo:

—Meridith Borden ha sido asesinado. Usted estuvo allí. Trepó por la pared y puso en movimiento una señal de alarma. Luego, como un condenado estúpido, no dio parte a la policía. En cambio, se vuelve usted «invisible», y Hamilton Burger, nuestro ilustre fiscal, quiere extender una orden de detención y arrastrarle ante el tribunal, acompañando su acción con toque de trompetas y redoble de tambores.

—Déjele que me arrastre —dijo Mason.

Tragg movió la cabeza.

—En su caso, no, Perry.

—¿Por qué?

—Porque interviene en demasiados casos de asesinato cuando está en la línea de fuego. No se contenta con permanecer sentado en su despacho, como hacen los demás, y esperar a que las pruebas lleguen a usted. Usted corre tras ellas.

—Me gusta encontrarlas en su forma original y sin adulteraciones.

—Conozco sus opiniones, pero el caso es que tiene usted que mirar estos hechos desde el punto de vista de las demás personas. ¿Por qué no acudió a nosotros a contarnos lo del asesinato?

—No estaba enterado de ello.

—Eso lo dice usted.

—Y es cierto.

—¿Qué hacía por allí?

—Si se lo dijese, creería que miento.

Tragg aspiró, satisfecho, el humo de su cigarro.

—Yo no. Tal vez crea que juega poco limpio con el fiscal, que si se le presenta una oportunidad oculta un arma, o que altera las pruebas. Tiene usted una idea muy quijotesca de lo que representa proteger a un cliente, pero no miente.

—Estaba cenando pacíficamente —dijo Mason—, sin meterme con nadie. Se me acercó un hombre y me dijo que se había visto envuelto en un accidente de automóvil. Tenía motivos para creer que alguien podía estar herido. Fuimos a la escena del accidente y mientras estaba dentro de la propiedad, las puertas de hierro se cerraron automáticamente. En apariencia fueron accionadas por

algún mecanismo que funciona a una hora determinada. Eran las once en punto.

—En efecto —dijo Tragg—. Hay un mecanismo automático que cierra las puertas a las once.

—De modo que nos vimos atrapados. Además, un simpático sabueso «doberman» se dirigió hacia nosotros con el sano propósito de hacernos trizas.

—¿Cuándo?

—Mientras estábamos atrapados dentro. Anduvimos a lo largo de la pared hasta las puertas; éstas estaban bien cerradas. En lo alto de ellas había puntas de hierro y no pudimos trepar por allí. Sin querer, pusimos en contacto una señal de alarma. Los perros empezaron a ladrar y a dirigirse hacia nosotros. Saltamos por la pared.

—¿Quiénes saltaron?

—Conmigo iban un par de personas.

—Una de ellas era Della Street —dijo Tragg.

Mason no contestó.

—El otro individuo era probablemente un contratista llamado George Ansley —prosiguió Tragg.

Mason siguió guardando silencio.

—¿Y no sabía que Borden había sido asesinado?

—Me he enterado esta mañana.

—Muy bien —dijo Tragg—. Ha estado usted buscando testigos. ¿Qué testigos?

—Con franqueza, trataba de encontrar al conductor del automóvil que volcó en la finca de Borden.

—Anoche encargó usted a Paul Drake este trabajo. El auto había sido robado.

—Eso me han dicho.

—No me facilita usted mucha información.

—Contesto a sus preguntas.

—¿Por qué no habla, y después me deja hacer las preguntas?

—Lo prefiero de esta manera.

Tragg dijo con impaciencia:

—Se está usted mostrando muy difícil, Mason. Casi tengo que arrancarle las palabras. Lo que usted intenta es no decirme lo que sabe, pero, en cambio, trata de averiguar lo mucho o poco que yo

sé, a fin de poder actuar en consecuencia.

—Si estuviese usted en mi lugar, ¿qué haría?

—En este caso, empezaría a hablar.

—¿Por qué?

—Porque, tanto si se da cuenta como si no, le estoy dando una oportunidad. Cuando haya terminado de hablar con usted, iré a aquel teléfono, llamaré al Departamento de Homicidios y les diré que no es necesario que obtengan una orden de detención contra Perry Mason, pues he sostenido con él una agradable y amistosa charla y me ha dado su versión del asunto.

El rostro de Mason mostró una ligera sorpresa.

—¿Haría esto por mí? —preguntó.

—Haría esto por usted.

—¿No es una broma?

—No lo es. ¿Por qué diablos cree que estoy aquí?

—Claro —dijo Mason—, usted está aquí, pero ahí fuera tiene a un par de hombres vestidos de paisano, y cuando el fiscal comunique la noticia a los periodistas, dirán que Perry Mason fue localizado gracias a una hábil labor detectivesca por parte del teniente Tragg, de la Brigada de Homicidios.

—Le he dicho la pura verdad. He consultado su tarjeta de «modus operandi», he encontrado el nombre de esta cafetería, he creído que había una posibilidad de que estuviese aquí y he venido por iniciativa propia. Nadie sabe dónde estoy. Sólo he dicho que salía a almorzar. Por lo que yo sé, no hay un policía de paisano en tres kilómetros a la redonda.

Mason estudió por un momento el rostro de Tragg, y después dijo:

—Si tiene usted alguna información que le permita hacer cábalas sobre la identidad de mi cliente, tendrá que limitarse a ella. En este momento no quiero confiarle dicha identidad. Todo lo demás se lo contaré.

»Della Street y yo estábamos cenando. Era poco después de las diez. Ese hombre se nos acercó y nos dijo que una hora antes un auto había rozado con el de él y había volcado en la finca de Meridith Borden, que su matrícula era CVX 266, y que, al parecer era conducido por una joven que resultó herida.

»Él disponía de una linterna. Pero resultó que la pila estaba casi

descargada. Se apeó de su coche y acercóse al auto volcado. Junto al mismo encontró a una mujer que evidentemente había sido arrojada del vehículo y que había resbalado sobre la hierba mojada. Tenía las piernas al descubierto. Estaba viva, pero inconsciente. Él no se atrevió a moverla porque sabía que podía resultar contraproducente. Empezó a andar hacia la casa y entonces oyó a sus espaldas una llamada de socorro. Dio media vuelta y regresó en medio de la oscuridad. Aparentemente, la mujer había recuperado el sentido. Él la ayudó a levantarse y ella dijo que no tenía ningún hueso roto, que sólo estaba magullada y le sugirió que la acompañase a su casa. Él lo hizo, es decir, la condujo a la dirección que ella le dio.

»Después de haberle interrogado yo y de pensar con más detenimiento en el asunto, surgieron algunos detalles que me hicieron sospechar que tal vez fuesen en el coche dos jóvenes y que cuando mi cliente empezó a dirigirse hacia la casa, la otra pasajera, que podía o no ser la conductora del coche, había arrastrado a la mujer inconsciente hasta un lugar más disimulado, junto a la pared, y luego había ocupado su lugar sobre la hierba y había empezado a pedir socorro.

—¿Por qué? —preguntó Tragg.

—En apariencia, para que mi cliente no fuese a la casa.

Tragg se quitó el cigarro de la boca, inspeccionó un extremo con expresión pensativa, se lo volvió a llevar a la boca, le dio varias chupadas, asintió lentamente con la cabeza y dijo:

—Podría ser. ¿Qué ha hecho usted esta mañana?

—He tratado de averiguar quién era la joven —respondió Mason.

—¿Que ha descubierto?

—He ido a la dirección en donde mi cliente la había dejado.

—¿Qué dirección es esa?

Mason meditó por un momento y después dijo:

—Los «Apartamentos Ancordia». La mujer le había dado el nombre de Beatrice Cornell. Allí vive, en efecto, una mujer con este nombre. Es una especie de agente de modelos y tiene también un servicio telefónico. Mucha gente la conoce, y tiene muchos clientes. Dice que anoche no salió de su apartamento, y me siento inclinado a creerla.

—Prosiga.

—He llegado a la conclusión de que esa joven dio el nombre de Beatrice Cornell, así como su domicilio, porque sabía que allí vivía efectivamente Beatrice Cornell. Una vez en la puerta, llamó al timbre de ésta a fin de que le abrieran la puerta desde arriba, después besó a mi cliente y…

—¿Tanta cordialidad, ya? —interrumpió Tragg.

—Sea sensato, teniente.

Tragg sonrió.

—Ella entró en la casa, sentóse en el vestíbulo, esperó a que mi cliente se marchara y después llamó a un taxi y abandonó el lugar.

—¿Y qué ha hecho usted?

—He conseguido que Beatrice Cornell me enseñe su lista de modelos; chicas que se alquilan a los fotógrafos de arte por veinte dólares la hora.

—¿Para posar desnudas? —preguntó Tragg.

—Esto he deducido —dijo Mason—. No por los modelos, sino por varios de los calendarios que he visto. Sin embargo, es una cosa legal y artística. Posan desnudas, pero no desvestidas, si entiende lo que quiero decir.

—Por lo que a mí respecta, siempre ha resultado una diferencia demasiado insignificante. Pero sé que la ley lo establece así. Prosiga, ¿qué ha ocurrido?

—He encontrado a una joven que parecía encajar en la descripción.

—¿Cómo?

—Por un proceso eliminatorio.

—¿Qué quiere decir?

Mason sonrió antes de contestar:

—Buscando a una chica con una cadera magullada.

—Claro, es lógico —dijo Tragg—. Es usted un detective extraordinariamente bueno para ser abogado. ¿Qué ha ocurrido?

—He conseguido que esta joven fuese al apartamento de Beatrice Cornell. La he contratado por dos horas, además del desplazamiento en taxi. Le he hecho preguntas y ella me ha contado su historia.

—¿Cuál ha sido?

—Que había asistido a una fiesta a la que había ido sola y que

pensaba regresar en taxi; que cuando salió a la calle a buscar uno, la persona que conducía ese «Cadillac», matrícula CVX 266, se detuvo junto al bordillo, la llamó por su nombre y actuó como si se conocieran. Esa mujer se ofreció para acompañar a la muchacha, Dawn Manning, hasta su casa. Ella aceptó.

»La mujer que conducía el auto dijo que deseaba detenerse un momento para hablar con un hombre al que conocía, y empezó a meterse en el camino particular de la finca de Borden, cuando salía otro auto…

—¿El de su cliente? —preguntó Tragg, secamente.

Mason prosiguió impertérrito:

—Le estoy repitiendo el relato de Dawn Manning. Dijo que un auto salía en aquel momento; que había conocido a Meridith Borden y que no le gustaba ni pizca; que su ex marido era socio de Borden; que aparentemente habían querido utilizarla como cebo para atrapar a un político, y que por este motivo, su marido había retrasado la tramitación del divorcio. Dawn Manning no estaba de acuerdo, y por lo tanto, no quería ser llevada a casa de Borden; se cogió al volante; el «Cadillac» resbaló, rozó el parachoques del otro coche, atravesó el seto y esto es todo lo que recuerda.

»Recobró el sentido tal vez treinta minutos más tarde, trató de orientarse, encontró el auto volcado, salió a la carretera y…

—¿Estaban abiertas las puertas entonces? —preguntó Tragg.

—En efecto. Llegó hasta su casa haciendo auto-stop. Éste es su relato.

—¿Lo cree verídico?

—Encaja en mi teoría.

—Muy bien. ¿Qué me dice de la mujer que conducía el auto, la que su cliente acompañó hasta los «Apartamentos Ancordia»?

—Creo que esa mujer debe conocer a Beatrice Cornell más o menos íntimamente.

—¿Por qué?

—Sabe su nombre, su dirección y, en cierto modo, algunas de las modelos que Beatrice Cornell tiene en su lista. Tiene que ser ésta la causa de que reconociera a Dawn Manning.

Tragg inspiró pensativamente el humo de su cigarro.

—¿Qué ha hecho para localizar a esa otra mujer, suponiendo que Dawn Manning haya dicho la verdad?

—Dawn Manning tiene que haber dicho la verdad. No encaja en la descripción que dio mi cliente de la joven que acompañó a su casa; por lo menos, no creo que encaje.

—¿Y qué ha hecho para localizar a la otra mujer?

—Nada, por ahora. Estoy reflexionando.

—Muy bien, dejémonos de reflexiones y actuemos.

—¿Por qué habla en plural?

—Porque me refiero a nosotros dos —dijo Tragg.

Mason meditó estas palabras por un momento.

—Se porta como si pudiera escoger a este respecto —dijo Tragg, estudiando a Mason por encima de la punta de su cigarro.

—Tal vez sea así.

—Tal vez no. Desde ahora, nosotros nos ocuparemos del asunto. Lo que por lo visto usted no comprende es el hecho de que le estoy dando la oportunidad de acompañarme como pasajero y examinar el escenario.

—Muy bien —dijo Mason—, vámonos.

Tragg empujó hacia atrás su silla, se dirigió a la cabina telefónica, marcó un número, habló durante tres o cuatro minutos y regresó junto a Perry Mason.

—Bueno —dijo—, ya he aclarado su posición.

—Gracias.

—Y, además, no trataremos de localizar a Della Street. Vamos a hablar con George Ansley.

—¿Cómo ha llegado a salir a escena el nombre de Ansley? —preguntó Mason.

Tragg sonrió.

—Cuando colocó su abrigo sobre los cristales de la pared, parte del forro se desgarró. Era el pedazo en el que estaba cosida la etiqueta del sastre. No podía pedirse nada mejor. Lo único que tuvimos que hacer fue buscar el nombre y la dirección del individuo, y luego comprobar si el forro era de la misma calidad que el sastre había empleado en el abrigo.

—Sencillo —dijo Mason.

—Todo el trabajo policíaco es sencillo cuando se le conoce.

—¿Quiere ir a ver a Beatrice Cornell? —preguntó Mason.

—¿Por qué?

—Porque debe de tener una pista entre su lista de clientes. Esa

mujer, quienquiera que sea, debe conocer bastante bien a Beatrice Cornell, y probablemente sea una de sus clientes.

—Podría ser —dijo Tragg—. Primero probaremos con los métodos más sencillos.

—¿Como cuáles?

—Preguntar en todas las compañías de taxis —dijo Tragg—. Después de todo, hemos conseguido descubrir el lugar, los «Apartamentos Ancordia», y la hora, probablemente un poco antes de las diez. El individuo en cuestión se puso en contacto con usted pocos minutos después de las diez, y ustedes fueron a la finca y exploraron un rato antes de que las puertas se cerraran. ¿A qué hora calcula que llegaron allí?

—Diría que llegamos alrededor de las once menos diez. Llevábamos allí unos diez minutos cuando se cerraron las puertas, y, según creo recordar, el gong sonó y las puertas se cerraron a las once en punto.

—Muy bien —dijo Tragg—. Esto determina la hora. Hay una cabina telefónica en el vestíbulo de los «Apartamentos Ancordia». Es casi seguro que la chica entró, esperó hasta ver que Ansley se marchaba y luego llamó un taxi por teléfono. ¿Tiene inconveniente en que vayamos en mi auto? Está provisto de radio y así me mantendré en contacto con la Jefatura. Me darán ya la información cuando estemos preparados para marchar.

Mason dijo pensativamente:

—El ser policía reporta muchas ventajas.

—Y unas desventajas endiabladas —repuso el teniente—. Bueno, vámonos.

Capítulo 7

El altavoz del coche del teniente Tragg empezó a hablar:

—«Llamada al coche XX Especial. Llamada al coche XX Especial».

Tragg cogió el micrófono y dijo:

—Al habla coche «XX Especial». Teniente Tragg.

La voz contestó:

—«Acuda a un teléfono y llame a Comunicaciones. Repito: Acuda a un teléfono y llame a Comunicaciones. Información deseada disponible».

—Llamaré —dijo Tragg, y volvió a colgar el micrófono. Sonrió a Mason y prosiguió—: Esto significa que han descubierto algo. No quieren transmitirlo por el sistema general de comunicaciones. Ellos…

Tragg volvió rápidamente la cabeza y desvió el auto hacia una estación de servicio en cuya parte posterior había una cabina telefónica.

—Quédese aquí sentado y monte la guardia, Perry —dijo—. Si llaman para el «XX Especial», limítese a descolgar el micrófono y decir que el teniente Tragg está hablando con Comunicaciones por teléfono, y que cualquier mensaje puede enviársele a dicho departamento.

Tragg se apresuró a ir a la cabina telefónica y Mason observó cómo hablaba y luego tomaba nota.

Tragg colgó el teléfono, regresó al coche y sonrió a Mason.

—Bueno, ya tenemos a nuestra mujer.

—¿Está seguro de que es la que buscamos?

—¡Diablos, no! Tal como trabajamos, no podemos estar seguros de nada. Sólo seguimos pistas, eso es todo. Seguimos un centenar de pistas y, por último, encontramos lo que buscamos. A veces, lo que

buscamos está al término de la segunda pista que seguimos, y otras está al final de la centésima. Otras veces seguimos cien pistas y no encontramos nada. Ésta parece bastante atractiva. Una mujer de unos treinta años, un metro sesenta de estatura, cincuenta y dos o cincuenta y cinco kilos de peso, pidió anoche un taxi desde los «Apartamentos Ancordia». Dio el nombre de señorita Harper. Hemos localizado el número del auto y descubierto que la llevó a los «Apartamentos Dormain», en Mesa Vista, y ahí es donde vamos ahora.

—¿Qué tenemos: un uno por ciento de probabilidades? —preguntó Mason.

—Digamos un diez por ciento. Pero tengo la impresión de que es la buena. Recuerde que el sistema de la policía consiste en seguir pistas. Llamamos a las puertas. Seguimos un centenar de pistas distintas para encontrar lo que nos interesa, pero, si es preciso, podemos emplear en el asunto a un centenar de personas. Y no menosprecie nunca la eficacia de este sistema, Mason. Da resultado. Tal vez parezcamos unos estúpidos cuando seguimos una pista que conduce a un callejón sin salida, pero tarde o temprano, encontramos la buena.

Tragg guió su coche entre el tránsito ciudadano, con la seguridad que caracteriza a un conductor profesional.

—Siempre están ustedes recorriendo la ciudad —dijo Mason—. ¿Sufren accidentes?

—¡Diablos, no! A los contribuyentes no les gusta que les aplastemos sus coches.

—¿Cómo los evitan?

—Pues evitándolos.

—¿Cómo?

—Hay que mantenerse alerta. Observar al otro individuo. Los accidentes son causados por gente que se porta de un modo descortés y presta poca atención a lo que hace, además de no vigilar a los demás.

»Cuando voy en auto, sé de sobra que no debo chocar contra nadie. Es el otro quien va a chocar contra mí; por lo tanto, el otro es a quien hay que vigilar. Esto es lo bueno. Pero recuerde que obtenemos informes que hemos de comprobar durante noches malas, durante fiestas, durante la hora de mayor aglomeración… Y

las horas verdaderamente malas están entre la una y las cuatro de la madrugada. El hombre que ha bebido un poco y lo sabe, suele conducir con cautela. De hecho la policía de tráfico localiza a esos individuos porque conducen con demasiada lentitud y cautela.

»El individuo verdaderamente peligroso es el que ha estado juergueándose hasta las dos o las tres de la madrugada, y entonces cuando se dirige a su casa, está tan borracho que ni lo nota. Por entonces, tiene una sensación de gran superioridad y considera que si puede llegar a un cruce lo bastante de prisa, nadie se interpondrá en su camino antes de que él lo haya traspuesto. Cuando se está borracho, este razonamiento parece muy sensato; por lo menos, eso es lo que me han dicho.

Tragg rióse en voz baja, condujo hasta Mesa Vista y luego recorrió una de las calles principales, giró a la izquierda, después a la derecha y detuvo el vehículo.

—¿Recuerda la localización de todas las casas de apartamentos del distrito? —preguntó Mason.

—Casi —contestó Tragg—. Llevo mucho tiempo haciendo este trabajo. Mejor será que suba conmigo.

Tragg descolgó el micrófono y dijo:

—Habla «XX Especial». Fuera de contacto por un breve tiempo y aparcado en la dirección que se me acaba de dar por teléfono. Informaré cuando vuelva a entrar en circulación.

El altavoz contestó:

—«Coche XX Especial, fuera de contacto hasta nuevo aviso».

—Vamos —dijo Tragg a Mason.

Los «Apartamentos Dormain» tenían una fachada bastante pretenciosa y una puerta de vaivén que comunicaba con el vestíbulo. Un portero alzó la cabeza cuando Mason y el teniente Tragg entraron en el vestíbulo, volvió a inclinarla y luego la alzó de nuevo bruscamente.

Tragg se acercó al mostrador.

—¿Vive aquí algún Harper? —preguntó.

—Dos. ¿A cuál desea ver?

—A una mujer. Unos treinta años, un metro sesenta de estatura, peso, unos cincuenta kilos.

—Debe tratarse de Loretta Nann Harper. La llamaré por teléfono.

Tragg dejó sobre el mostrador una cartera de cuero y la abrió para mostrar una placa dorada.

—Policía —dijo—. No llame; subiremos nosotros. ¿En qué número está?

—En el 409. Confío en que no haya nada…

—Sólo queremos interrogar a un testigo —dijo el teniente Tragg —. Olvídese de ello.

Hizo una señal a Mason y se dirigieron al ascensor.

—Insisto —dijo Mason—; el ser policía reporta muchas ventajas.

—Sí. Debería seguirme durante varios días y cambiaría de opinión. Piense en cuando tiene que subir al estrado de los testigos y algún abogado listo empieza a darle la lata, preguntando cómo iba vestido el individuo, de qué color eran sus calcetines, si llevaba alfiler de corbata, cuántos botones en el chaleco, y cada vez que contesta que no lo sabe, el tipo se mofa de él y dice: «Es usted policía, ¿verdad? Cobra usted del Estado. Como policía, debe tener una habilidad especial para fijarse en los detalles, ¿no es así?».

—Bueno, tal vez no vaya desencaminado en lo que dice —dijo Mason sonriendo.

—Ya lo creo que no. El tipo te lanza una pregunta tras de otra, se burla de ti y te insulta, y el jurado permanece muy quieto, sonriendo, y gozando de lo lindo al ver que un abogado está haciendo pasar un mal rato a un estúpido polizonte.

El ascensor, que descendía de uno de los pisos altos, se detuvo ante ellos. Tragg y Mason entraron en la cabina. Tragg apretó el botón correspondiente a la cuarta planta, y ambos permanecieron silenciosos hasta que el ascensor se detuvo con suavidad.

Tragg se orientó, recorrió un pasillo y llamó a la puerta número 409.

No hubo respuesta.

Tragg volvió a llamar.

Se oyó un rumor suave al otro lado de la puerta, ésta se abrió unos pocos centímetros y fue retenida por una cadena.

La joven que la había entreabierto se inclinó de tal manera que no pudiera vérsele el cuerpo y sí sólo los ojos, la nariz y la frente.

—¿Qué desean?

Tragg mostró de nuevo su placa.

—Teniente Tragg, de Homicidios. Sólo desearíamos poder hablar

un momento con usted.

—Me… me estoy vistiendo.

—¿Está visible?

—Bueno… sí.

—De acuerdo, déjenos pasar.

Ella vaciló por un momento y después soltó la cadena de seguridad y abrió la puerta.

—Quiero decir… que… me disponía a vestirme para salir. Acabo de comer y…

—¿No había salido usted aún?

—Aún no.

Mason siguió a Tragg al interior del apartamento. Éste consistía en una sala lujosamente amueblada. Por la puerta abierta del dormitorio se distinguía una cama sin hacer sobre la que el sol dibujaba la silueta de una escalera de incendios. Otra puerta semiabierta permitía vislumbrar un cuarto de baño, y al otro lado de la sala había otra habitación.

Una puerta de vaivén daba a la cocina, y un aroma de café llegó a los dos hombres.

—Tiene una bonita vivienda —dijo Tragg.

—Me gusta.

—¿Vive sola?

—Si tanto le interesa, sí.

—Dispone de mucho espacio.

—Detesto las estrecheces.

—Tratamos de encontrar a una joven —dijo el teniente Tragg— que anoche estuvo en los «Apartamentos Ancordia» entre las nueve y cuarenta y cinco y las diez. Hemos pensado que tal vez podría ayudarnos.

—¿Qué les hace creer eso?

—¿Puede?

—No lo sé.

—¿Estuvo usted allí?

—Yo…

—Respóndame —dijo Tragg cuando ella vaciló.

—¿Tiene alguna importancia?

—¡Ajá!

—¿Puedo preguntar por qué?

—Preferiría —dijo Tragg— que contestara a mis preguntas, señora. ¿Por qué dio el nombre de Beatrice Cornell cuando George Ansley la dejó frente a aquella casa?

—¿Les ha dicho que yo hice eso?

—¿Lo hizo? —insistió Tragg.

—Bueno, señor… teniente. Me gustaría saber por qué me hace esas preguntas.

—Para informarme. Estamos investigando un crimen. Ahora le ruego que conteste claramente a estas preguntas y luego estaré en situación de interrogarla sobre el accidente automovilístico.

—¿Qué accidente?

—El accidente en que salió usted despedida del auto en la finca de Meridith Borden; el accidente en que cogió usted a la otra joven por los tobillos y la arrastró lejos del auto, y después se tendió en el suelo y empezó a pedir ayuda.

Loretta Harper se mordió los labios, frunció el ceño y dijo:

—Siéntese, teniente Tragg. ¿Y este señor es…?

—El señor Mason —contestó el abogado, inclinándose.

—Es… espero que le será posible mantener mi nombre apartado de todo esto, teniente.

—Bueno, mejor será que nos hable de ello. ¿Cómo es que conducía un coche robado?

—¿Que «yo» conducía un coche robado? —exclamó ella, acentuando con tanto énfasis el «yo», que Tragg enarcó intrigado las cejas.

—¿No fue así?

—¡Cielos, no! Conducía Dawn Manning y, además, lo hacía como una loca.

—¿Cómo es que iba usted con ella?

—Me obligó a subir al auto.

—¿Cómo?

—Con un revólver.

—Esto es un rapto.

—Claro que lo es. Estaba tan furiosa con ella, que hubiese sido capaz de matarla.

—Bueno, prosiga —dijo Tragg—. ¿Qué sucedió?

—Ella me acusó de exhibirme por ahí con su ex marido.

—¿Y era cierto?

—Ella no tenía ningún derecho para decir las cosas que dijo. Ella y Frank están divorciados y, por lo tanto, él es libre de hacer lo que quiera. Ciertamente, puedo asegurarle que ella es la primera en predicar con el ejemplo. Hace lo que le da la gana y…

—¿Quién es Frank? —preguntó el teniente Tragg.

—Frank Ferney, su ex marido.

—¿Cómo se llama ella?

—Dawn Manning es su nombre profesional.

—¿Qué profesión?

—¡Y me lo pregunta! Usted es policía.

—¿Y cómo fue que se encontraba usted en aquel coche robado?

—¿Está seguro de que era robado?

—Desde luego. Era un «Cadillac», con la matrícula CVX 266. Fue robado anoche.

—Apostaría a que lo hizo para que nadie pudiera seguirle la pista.

—Bueno, ¿y si nos diera más detalles?

—Anoche asistí a una cena de muy pocas personas; unos amigos íntimos, un matrimonio.

»Nos quedamos sin cigarrillos ni cubitos de hielo. Salí a comprarlos, así como alguna cosa más. Mis amigos se quedaron viendo la televisión.

»Era después de las ocho; tal vez las ocho y cuarenta y cinco. Me detuve ante una señal de tráfico cerrada. Cuando la señal cambió empecé a cruzar la calle y ese coche se detuvo frente a mí cerrándome el paso. Se abrió la portezuela de la derecha y Dawn Manning me dijo: «Sube».

—¿La conocía usted? —preguntó Tragg.

—Nunca le había hablado, pero la conocía de vista.

—¿Y ella sí la conoce?

—Al parecer sí.

—¿Qué le dijo?

—Me dijo: «Sube, Loretta. Quiero hablar contigo».

—¿Y usted qué hizo?

—Vacilé y ella insistió de nuevo: «No puedo quedarme aquí toda la noche; estoy interrumpiendo el tráfico. Sube».

—¿Qué ocurrió entonces?

—En su voz había algo que me asustó. Empecé a retroceder y

entonces vi el revólver con el que me apuntaba. Lo mantenía al nivel del asiento. Dijo con tono amenazador: «Te he dicho que subas, y no bromeo. Tú y yo tenemos que hablar».

—¿Y qué hizo usted?

—Subí. Pensé que tal vez sería lo más prudente. Estaba segura de que me dispararía si rehusaba subir en el automóvil.

—¿Y qué?

—Empezó a conducir como una loca. Estaba medio histérica y no cesaba de decir disparates.

—¿Como cuáles?

—Que Frank… es decir, Frank Ferney, su ex marido, le había dicho más de un año antes que había ido a Reno y tramitado el divorcio. Dawn dijo que había vivido en la creencia de que estaba libre para volverse a casar. Después había decidido comprobarlo y un abogado le explicó que tal divorcio no se había realizado, que Frank lo había reconocido así, y que no lo haría a menos que recibiese dinero. Él decía que un adinerado, fotógrafo de afición se entendía con Dawn. Estaba tan furiosa que temí que matara a Frank y a mí también. Dijo que yo había estado exhibiéndome con Frank y que quería que los dos le firmásemos un documento.

—¿Dijo qué ocurriría en caso contrario?

—No lo dijo, pero seguía enseñándome aquel revólver.

—Prosiga.

—Estaba como loca. Creo que tenía un ataque de histerismo, de celos y de miedo. Conducía como una loca y cuando llegamos a la finca de Borden, empezó a meterse por el camino y en aquel momento se fijó por primera vez en el auto que salía. Apretó el freno y los neumáticos resbalaron sobre el asfalto mojado. Rozamos el parachoques del otro vehículo y nos estrellamos contra el seto. Supongo que debimos dar la vuelta. Por lo menos, me dio esta sensación.

»Al chocar el auto contra el seto, las puertas delanteras se abrieron, o tal vez ella abriese la de su lado. Yo sé que abrí la del mío y fui lanzada fuera. Resbalé por la hierba un buen trecho y me encontré sentada, sintiéndome bastante magullada y aturdida. Entonces vi el resplandor de una luz y vi a ese hombre que se inclinaba sobre una figura que había junto al coche.

»A la débil luz de la linterna distinguí a Dawn Manning que

estaba tendida, inconsciente, en tierra.

—Prosiga —dijo Tragg—. ¿Qué ocurrió después?

—Bueno, entonces aquel hombre pareció tener dificultades con su linterna. Ésta se apagó y él la tiró al suelo. Yo lo oí desde donde estaba, todavía aturdida y preguntándome qué había ocurrido, y si ella tendría aún el revólver.

—Prosiga.

—Bueno, yo… yo no me siento muy orgullosa de esto, teniente. Pero por el momento me pareció lo mejor y… Bueno, en un momento así una sólo piensa en sí misma.

—Adelante, adelante. ¿Qué hizo? No se preocupe por justificarse.

—Bien, vi a ese joven que corría hacia el camino que llevaba a la casa y comprendí que iba a pedir ayuda. Pero a mí no me interesaba verme mezclada en un enredo como aquél. De hecho, no puedo permitir que mi nombre se pronuncie ante un tribunal, ni que se le haga publicidad en los diarios.

»Cogí a Dawn Manning por los tobillos y empecé a tirar de ella. La hierba estaba mojada y su cuerpo resbaló con la misma facilidad que si hubiese estado tirando de un trineo. La dejé a un lado y me coloqué en la misma posición que ella había ocupado. Me subí las faldas y luego llamé pidiendo ayuda, y… Bueno, ese joven retrocedió y yo le dejé que me viera las piernas y luego me ayudara a levantarme. Recuperé mi bolso y me pregunté si en la oscuridad no habría cometido un error y tendría el bolso de Dawn en lugar del mío. De modo que volví a meterme en el coche, con el pretexto de buscar mi impermeable, encontré otro bolso, lo oculté bajo el abrigo y salí.

»Expliqué a aquel joven que yo era quien conducía el auto. No quería tener ninguna complicación al respecto. Le pedí que me llevara hasta la ciudad. Le expliqué que el coche era mío y le distraje de manera que se le olvidó de pedirme mi permiso de conducción. Traté desesperadamente de recordar algún nombre que pudiera darle, y entonces se me ocurrió que alguien me había hablado de un servicio telefónico dirigido por Beatrice Cornell en los «Apartamentos Ancordia», de modo que le di ese nombre. Sabía que estaría apuntado abajo, por si él quería comprobarlo y… Bueno, dejé que me condujera hasta allí y le hice creer que aquélla era mi

casa.

»Él me dijo que se llamaba Ansley y se mostró muy amable. Dejé que me diera un beso de despedida y después toqué el timbre del apartamento de Beatrice Cornell. Ella abrió la puerta desde arriba, entré y me senté en el vestíbulo hasta que el señor Ansley se hubo marchado. Después telefoneé pidiendo un taxi y regresé a este apartamento.

—¿Y qué más?

—Eso es todo.

—¿Por qué quería ir ella a la finca de Meridith Borden?

—Allí trabaja su marido. Frank está asociado con Meridith Borden. Ella creía que él estaba allí. Pero no era así. En realidad, él era el cuarto asistente a la cena donde yo estuve. Es amigo mío.

—¿Y usted abandonó a la joven en la finca? —preguntó Tragg.

—Sí.

—¿Inconsciente?

—Sí… No se me ocurrió otra cosa. Tenía que cuidar de mí misma.

El teniente Tragg frunció el ceño pensativamente, se sacó un cigarro de un bolsillo.

—¿Le importa que fume? —preguntó.

—En absoluto.

El policía la contempló con expresión intrigada.

—Una de las dos está mintiendo. Supongo que no le extrañará que lo diga.

—En absoluto. Cualquier mujer que se arriesga a amenazar a otra con un revólver y a raptarla, tal como hizo conmigo, no puede hacer otra cosa más que mentir, ¿no cree?

—¿Y se llevó usted su bolso?

—Sí. Cogí los dos sólo porque quería estar completamente segura de que no olvidaba el mío. No podía permitir que me mezclaran en un asunto feo, y, seré franca con usted, teniente Tragg. Frank y yo somos… Bueno, él es mi amigo.

—Quiero el bolso de ella. ¿Examinó su interior?

—Sólo lo justo para asegurarme de que era el de ella.

Tragg encendió una cerilla, que aproximó al cigarro hasta que su extremo se hubo convertido en una roja ascua.

—Muy bien —dijo—, veámoslo.

Ella abrió un cajón, sacó un bolso y se lo entregó al teniente Tragg, quien empezó a abrirlo para mirar el interior, pero luego cambió de idea.

—Quisiera precisar el elemento tiempo, señorita Harper. ¿Puede decirme a qué hora exactamente la recogió Dawn Manning? —intervino Mason.

—El minuto exacto, no. Yo diría que fue entre las ocho cuarenta y… Bueno, digamos unos minutos antes de las nueve.

—¿Y a qué hora tuvieron el accidente?

—Aproximadamente a las nueve; quizás unos pocos minutos después.

—¿Entonces Ansley se apeó de su auto y corrió hacia donde yacía Dawn Manning?

—Eso es.

—¿Y desde entonces estuvo usted en su compañía hasta…? Bueno, mejor será que lo diga usted. ¿Hasta qué hora?

—Calculo que estuve con él en la finca hasta las nueve y veinte y que a esta hora salimos hacia los «Apartamentos Ancordia».

—¿Cree usted que puede estar equivocada acerca de alguna de las horas que nos ha dado?

—No. Pero se trata sólo de horas aproximadas.

—Pero, ¿las ha fijado tan exactamente como ha podido?

—Sí.

Tragg contrajo los ojos.

—Me parece, Mason, que está tratando de contrainterrogar a este testigo. Está usted cortándole toda posibilidad de rectificación.

—Estoy presuponiendo que ha dicho la verdad.

—En tal caso, alguien ha mentido.

—También de eso he de asegurarme, teniente.

Tragg dijo a Loretta Harper:

—Supongo que sabrá que violó el Código de Circulación al no dar parte de un accidente en el que resultó herida una persona.

—Yo no lo creo así —contestó ella—. No era yo quien conducía el auto.

—Y —prosiguió Tragg—, desde el momento en que fue usted amenazada con un arma y no lo denunció, se hizo partícipe de un delito.

—No me interesa querellarme, por motivos particulares. Y no

creo que la ley me obligue a presentar una denuncia que no me propongo sostener.

Tragg dio vueltas a su cigarro.

—Bueno —dijo—, tendrá usted que acompañarme al despacho del fiscal, para prestar declaración. Mason, aquí es donde usted entra.

El abogado sonrió.

—Querrá decir que aquí es donde me retiro.

—Viene a ser lo mismo —contestó Tragg.

Mason estrechó la mano del policía.

—Muchas gracias, teniente.

—No se hable de ello —dijo Tragg, y añadió con una sonrisa—: Yo, por lo menos, no voy a hacerlo.

Capítulo 8

Mason telefoneó a Beatrice Cornell.

—Perry Mason al habla —dijo cuando oyó la voz de ella en el aparato—. ¿Conoce bien a Dawn Manning?

—No mucho.

—¿Sería capaz de mentir?

—¿Sobre qué?

—Sobre un asesinato.

—¿Quiere decir si se viese complicada en él?

—Esto es.

—Claro está que mentiría —replicó Beatrice Cornell—. ¿Quién no?

—¿Cómo es ella?

—Buena chica.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que es buena chica.

—¿Tiene amigos?

—¡Qué diablos, es una muchacha normal!

—¿Anota las llamadas que se le hacen?

—Sí.

—¿Qué hora era cuando alguien llamó a su puerta y luego no compareció nadie?

—Eso no puedo decírselo. No tomo nota de cosas así, pero creo que serían las diez.

—¿Recuerda cuando la llamé yo y le pregunté acerca de un accidente de automóvil, y usted me contestó que no sabía de qué le hablaba?

—Desde luego.

—¿Tiene nota de la hora de esa llamada?

—Claro. Anoto todas las conversaciones telefónicas.

—¿Y la hora?

—Y la hora. Tengo un magnetofón, y siempre que suena el teléfono, antes de responder, anoto la hora exacta y luego escribo el número que aparece en el indicador de metraje del magnetofón, pongo éste en marcha y entonces contesto al teléfono.

—¿Y qué me dice de esa llamada concreta que le hice?

—Me limité a indicar que era personal.

—¿Pero conserva la conversación?

—Sí.

—¿En cinta magnetofónica?

—Esto es.

—¿Y la hora?

Ella dijo:

—Mientras hablo con usted, señor Mason, he estado removiendo mis papeles en busca de la hoja en que apunto las horas. Espere un momento más y creo que la encontraré.

Mason sonrió.

—Y esta conversación, ¿también está siendo registrada?

—También. Yo… Aquí está, Eran las diez y veintitrés cuando llamó usted, señor Mason.

—Muchas gracias. Procure mantener al día este registro, para poder saber siempre la hora.

—Lo llevo al minuto, y esta conversación está registrada. Siempre podré referirme a ella y repetirle la hora que le he dado.

—¡Magnífico! Muchas gracias.

Después de colgar, Mason telefoneó inmediatamente a su despacho.

—Hola, Gertie —dijo Mason cuando la recepcionista hubo contestado—. Della no está, ¿verdad?

—No. Usted le ha dicho que podía hacer vacaciones hoy porque anoche trabajó hasta muy tarde.

—Así ha sido, en efecto. ¿Y no ha vuelto?

—No.

—¿Ha ido alguien a verme? —preguntó Mason.

—Muchísima gente.

—¿Hay alguien en el despacho ahora?

—Sí.

—¿Esperando?

—Esto es.

—¿Alguien con carácter oficial?

—No lo creo.

—¿Puede decirme quién es?

—Dice que se llama Ansley, George Ansley. Usted ha dejado un mensaje para él.

La voz de Mason mostró excitación.

—Métale en mi despacho particular, Gertie. Cierre la puerta y no deje que entre nadie. Dígale que me espere. Voy en seguida.

Después de aparcar su coche en las cercanías de la cafetería de cocina familiar, Mason cogió un taxi que le condujo directamente a su despacho, subió en el ascensor, corrió por el pasillo, abrió la puerta de su despacho privado y encontró a George Ansley leyendo un diario e instalado en un mullido sillón.

—¡Hola, señor Mason! —dijo Ansley—. Caramba, me alegro de que haya llegado. ¿Qué hay de nuevo?

—¿Y me lo pregunta? —exclamó Mason.

Ansley enarcó las cejas.

—¿Qué ocurre?

—¿Ha estado todo el día fuera de la circulación?

—Todo el día, no. A las dos de la tarde he ido a mi despacho y… he visto el diario.

—¿Ha sido su primera noticia sobre el asunto?

Ansley asintió.

—Bueno, escuche —dijo Mason—. Quiero saber exactamente lo que ocurrió durante su entrevista con Borden, todo lo que dijeron cada uno de ustedes, y quiero saber por qué regresó a casa de Borden después de que nos separamos.

Ansley se levantó a medias.

—¿Que yo regresé a casa de Borden?

Mason asintió.

—¡Válgame Dios! ¿No querrá decir que alguien puede pensar que yo regresé y…?

—¿Por qué no? —preguntó Mason—. Los inspectores de obras empiezan a hacerle la vida imposible. A usted le sugiere alguien que vaya a ver a Meridith Borden. Borden es un político venal. Es lo bastante listo para mantenerse en segundo término y fingir que es un intermediario.

»Para Borden representaba una ventaja financiera conseguir que usted fuese a verle. Sin duda no será usted tan cándido como para que no se le haya ocurrido la posibilidad de que Borden era el responsable de todos sus problemas y de colocarle en una posición en que no le quedase más remedio que ir a verle.

—¡Claro que era responsable! —dijo Ansley—. Él trabajaba siempre así.

—Usted no llevaba ningún arma, ¿verdad? —preguntó Mason.

—No.

—¿Dónde está su auto?

—En el aparcamiento de abajo.

—Muy bien, vamos a echarle una ojeada. Miraremos en el compartimiento para guantes.

—¿Buscando qué?

—Pruebas.

—¿De qué?

—De cualquier cosa. Sólo se trata de una comprobación.

El abogado abrió la puerta e indicó el camino, corredor abajo, hacia el ascensor. Llegaron al aparcamiento y Ansley sacó un llavero. Introdujo una llave en la cerradura del compartimiento para guantes, le dio vuelta y luego frunció el ceño y dijo:

—Un momento, en este sentido, no.

—Ahora lo ha cerrado usted —dijo Mason.

—Es que en el otro sentido no quiere girar.

—Entonces probablemente será porque ya estaba abierto.

Ansley dio vuelta a la llave y dijo como avergonzado:

—Supongo que es esto. —Abrió la puerta del compartimiento—. Suelo tenerlo cerrado. La otra noche debí abrirlo y dejarlo así.

—Veamos qué hay —dijo Mason.

—¡Dios mío! —exclamó Ansley—. Hay un revólver.

Ansley alargó el brazo para coger el arma. Mason se lo retuvo.

—Cierre el compartimiento —dijo Mason.

—¡Pero si hay… si hay… un revólver dentro!

—Cierre la puerta —repitió Mason.

Una voz a su espalda preguntó:

—¿Les importará que mire yo?

Mason miró hacia atrás y se encontró con el teniente Tragg parado a su espalda.

Tragg hizo que Mason se apartara a un lado y mostró a Ansley un estuche de cuero que contenía una placa dorada.

—Teniente Tragg, de la Brigada de Homicidios —dijo.

El teniente Tragg metió la mano en el compartimiento para guantes y sacó el revólver.

—¿Es suyo? —preguntó a Ansley.

—Desde luego que no. Nunca lo había visto.

—Creo que será mejor que me lleve este revólver para hacerlo examinar. Ha de saber que Borden fue asesinado con un «Colt», calibre 38 —dijo Tragg.

—No querrá decir que fue asesinado con este revólver —repuso Ansley.

—¡Oh, claro, claro que no fue con «su» revólver! Pero, de todos modos, será mejor que me lo lleve. El Departamento de Balística querrá examinarlo y luego ya le facilitará un documento en el que quede completamente exculpado. No tiene por qué preocuparse. Haga el favor de acompañarme.

—Le he dicho que este revólver no es mío.

—¡Oh, claro, ya lo sé! Se ha metido él solo en su coche porque no tenía ningún otro sitio adonde ir. Démonos un paseo y veamos lo que tiene que decir al respecto el Departamento de Balística.

—¿Viene también Mason?

—No —contestó Tragg, sonriente—. Mason ha tenido un día muy ajetreado, lejos de su oficina. Ahora tiene que ocuparse de una serie de cosas. No necesitamos molestar al señor Mason. No tiene nada sobre su conciencia, ningún motivo por el que le interesaría que un abogado estuviese presente, ¿verdad?

—No, desde luego que no.

—Es lo que me figuraba —dijo Tragg—. Ahora, si no le importa, nos llevaremos este revólver a la Jefatura. Tal vez sea mejor que vaya usted en su coche. Es posible que los muchachos quieran examinarlo también, averiguar cuándo vio usted por última vez a Meridith Borden, y detalles por el estilo. Ya sabe lo que ocurre… Bueno, Perry, hasta la vista. Lamento tener que molestar a su cliente, pero ya se sabe lo que ocurre.

—Desde luego que sí —repuso Mason secamente, mientras Tragg cogía a Ansley por un brazo y prácticamente lo empujaba al interior del automóvil.

Capítulo 9

El funcionario del Tribunal del juez Erwood indicó a los espectadores que podían sentarse. El juez anunció el caso:

—El Pueblo contra Ansley.

—La defensa está dispuesta —dijo Mason.

—La acusación está dispuesta —manifestó Sam Drew, uno de los principales ayudantes de Hamilton Burger.

—Que empiece la vista —dijo el juez Erwood.

Sam Drew se puso en pie.

—Con la venia del Tribunal, considero que será mejor que la situación quede bien clara desde el principio. Ésta es una audiencia preliminar. La acusación admite con franqueza que no se propone presentar en este momento pruebas suficientes para que el encausado quede convicto de asesinato en primer grado. Pero, desde luego, probará que se ha cometido un asesinato en primer grado y que existen motivos suficientes para creer que el encausado cometió dicho crimen. Según nuestra opinión, ésta es la única función de una audiencia preliminar.

—Efectivamente —dijo el juez Erwood—. Se trata de una audiencia preliminar. Este Tribunal ha observado que ciertos abogados parecen tener un concepto erróneo sobre las consecuencias de una audiencia preliminar. Ahora no estamos juzgando al encausado y, sobre todo, no tratamos de comprobar si las pruebas presentadas por la acusación le demuestran culpable, más allá de toda duda razonable.

»Lo único que la acusación trata de demostrar aquí, y lo único que la acusación necesita hacer, es demostrar que se ha cometido un crimen y que hay motivos razonables para creer que el encausado es culpable del mismo.

»Este Tribunal se propone limitar la vista a lo que acaba de

exponer, y no permitirá ningún exceso dramático. ¿Queda esto bien claro, caballeros?

—Por entero, Señoría —dijo Mason, con semblante risueño.

—De acuerdo —contestó Sam Drew.

—¿Cuál es su primer testigo?

Drew llamó a un vigilante, que presentó un esbozo de la finca de Borden e indicó su localización. También presentó un mapa de la ciudad y de sus suburbios, con la localización del cabaret «La lechuza dorada».

—El Tribunal se encargará de comprobar la localización de las diversas ciudades del distrito —dijo el juez Erwood—. No haga perder tiempo al Tribunal con algo que no sean los hechos esenciales. ¿Desea usted contrainterrogar a este testigo, señor Mason?

—No, Señoría.

—Muy bien. El testigo puede retirarse. Llame al próximo —dijo el juez Erwood.

El siguiente testigo de Drew fue Marianna Fremont, quien declaró que había sido ama de llaves de Meridith Borden durante varios años. El lunes era su día libre, porque Meridith Borden recibía muy frecuentemente los domingos. El martes por la mañana, cuando llegó en su coche, había encontrado cerradas las puertas, lo que indicaba que Meridith Borden no se había levantado aún. Aquello no resultaba excesivamente extraño. La señora Fremont tenía una llave, que introdujo en la cerradura del contacto eléctrico, apretó el botón y los motores abrieron las puertas. El ama de llaves había entrado en su coche, que aparcó en el lugar acostumbrado, en el patio posterior.

—¿Qué hizo después? —preguntó Drew.

—Me dirigí a la casa, abrí la puerta y entré.

—¿Observó algo extraño?

—Por el momento, no, señor.

—¿Qué hizo entonces?

—Preparé el desayuno del señor Borden y después fui a su habitación a llamarle. A veces bajaba a desayunar en batín, y otras hacía que le subiese el desayuno a su habitación.

—Y entonces, ¿observó alguna cosa rara?

—Sí.

—¿Qué?

—Que no estaba en su dormitorio.

—¿Y qué hizo usted entonces?

—Miré por si me había dejado alguna nota. A veces, cuando tenía que salir por la noche, dejaba unas líneas para decirme cuándo pensaba volver.

—¿Dejaba esas notas siempre en el mismo sitio?

—Sí.

—Y aquella mañana, ¿encontró alguna?

—No señor.

—Muy bien. Cuéntenos lo que ocurrió después.

—Bueno, empecé a examinarlo todo y descubrí que el señor Borden no había dormido en su cama.

—Bien, un momento. Esto es una conclusión —dijo Drew—. Y aunque esta vista no es un juicio ante un jurado, será mejor que nos atengamos a las reglas. Cuando ha dicho que él no había dormido en su cama, ¿a qué se refería?

—Bueno, a que su cama no estaba deshecha.

—Adelante.

—De modo que seguí buscando y fui al estudio.

—¿De qué estudio se trata?

—De la habitación en que realizaba sus fotografías.

—¿Puede describírnosla?

—En realidad, no es más que una habitación, situada al final de un corto tramo de escalera, y está equipada con amplios ventanales movibles con los que puede obtenerse la iluminación deseada. Los cristales de las ventanas son esmerilados. Y además, hay una serie de aparatos eléctricos para poder utilizar focos y pantallas.

—¿Y el señor Borden utilizaba este estudio?

—¡Oh, sí, mucho! Era fotógrafo y le gustaba retratar cosas, y, sobre todo, gente.

—Y cuando entró en dicho estudio, ¿qué encontró?

—Encontré al señor Borden tendido en el suelo, con un agujero de bala…

—Espere, espere. Usted no podía saber que se trataba de un agujero de bala —la interrumpió Drew—. ¿Vio usted algo en su pecho que le llamó la atención?

—Sí. Había manado mucha sangre de un agujero que tenía en él.

—¿Estaba muerto el señor Borden?

—¡Oh, sí! Rígido como una tabla.

—¿Y qué hizo usted?

—Avisé a la policía.

—Eso es todo —dijo Drew.

—¿Desea usted interrogar a la testigo? —preguntó el juez Erwood a Perry Mason.

—Ese estudio fotográfico —dijo Mason—, ¿no puede describírnoslo un poco mejor? ¿Había en él algo que no haya mencionado aún?

—¡Oh, sí! Junto a él había un cuarto oscuro. Hay una tarima y una cámara provista de ruedas para poder acercarla o alejarla. Y también hay muchas cortinas. Ya sabe. Enormes cortinajes enrollados en los que hay pintados diversos temas que sirven de fondo.

—¿Puede describirnos la posición en que estaba el señor Borden?

—Estaba boca arriba, con… Es difícil de describir. Estaba rígido y de espaldas al suelo.

—Tenemos una fotografía tomada por el especialista de la policía —dijo Drew.

—La defensa aceptará que se presente como prueba —dijo Mason—, y esto eliminará la necesidad de hacer más preguntas a la testigo.

Drew sacó una fotografía tamaño 18 por 24, y entregó una copia a Mason, otra al juez Erwood y una tercera al secretario del Tribunal.

—Se acepta esta fotografía como prueba —determinó el juez Erwood—. Llame al testigo siguiente.

—Gordon C. Gibbs —dijo Drew.

Gibbs se adelantó y prestó juramento.

—¿Es usted oficial de policía y pertenece a las fuerzas metropolitanas?

—Sí, señor.

—¿Todo lo que usted sabe es que encontró un traje?

—Sí, señor.

—¿Tenía usted una orden de registro?

—Sí, señor.

—¿Qué buscaba?

—Ropas con sangre, un arma homicida, cualquier cosa que indicara que el encausado había intervenido en un crimen violento.

—¿Encontró algo de lo que buscaba?

—Sí, señor.

—¿Qué encontró?

—Encontré un traje con manchas oscuras. Llevé ese traje al laboratorio de la policía, y allí encontraron que las manchas eran…

—¡Un segundo! —exclamó Drew, mientras Mason se estaba poniendo ya en pie—. El experto del laboratorio nos comunicará lo que descubrió. ¿Hizo usted algo para identificar aquel traje?

—Sí, señor.

—¿Qué?

—Lo llevé a la tintorería cuya marca aparecía en el traje, y allí pregunté si lo conocían, si lo habían visto con frecuencia y quién solía enviarlo a limpiar. Supongo que no puedo testificar cuáles fueron las respuestas.

—En efecto, no puede —dijo Drew.

Ansley se inclinó hacia Mason y le susurró.

—Utilicé ese traje un día que tuve una hemorragia de sangre por la nariz. De vez en cuando las tengo. Aquel día hacía viento y tuve que ir andando desde una obra hasta el sitio donde había aparcado mi coche.

Mason concentró toda su atención en el policía testigo.

—Contrainterrogatorio —dijo Drew.

—Por sus propios medios, usted ignora que aquellas manchas fuesen de sangre, ¿verdad? —prosiguió Mason.

—Sí, señor.

—¿Tampoco sabe si aquel traje pertenecía al encausado?

—No, señor.

—¿E ignora si aquellas manchas tuvieron su origen en una hemorragia que mi defendido tuvo por la nariz?

—Sí, señor.

—¿Todo lo que usted sabe es que encontró un traje?

—Sí, señor.

—¿Trató usted de comprobar las huellas de tintorería que llevaba dicho traje y después lo entregó en el laboratorio de la policía?

—Sí, señor.
—¿Y eso es, en realidad, todo lo que sabe sobre ese traje?
—Sé el aspecto que ofrecían sus manchas.
—Ciertamente —dijo Mason—. Usted pensó que eran manchas significativas, o de lo contrario, no se hubiese preocupado por ellas.
—Esto es.
—Pero no sabe el tiempo que las manchas llevaban en el traje, ¿verdad?
—Sé lo que el tintorero me dijo respecto a cuando limpió el traje y…
—Es usted policía —dijo Mason—. Sabe que sólo debe testificar acerca de lo que conoce personalmente, y no de lo que alguien pudo decirle. Repito la pregunta: ¿No sabe el tiempo que esas manchas llevaban en el traje?
—No, señor.
—Gracias. Eso es todo.
—Ahora llamaré a declarar al teniente Tragg —dijo Drew.
El teniente Tragg se adelantó y manifestó su nombre y profesión.
—¿Conoce al encausado aquí presente?
—Sí, señor.
—¿Cuándo le vio por primera vez?
—El martes, día nueve.
—¿Dónde le vio?
—En un lugar de aparcamiento.
—¿Quién estaba con usted en aquel momento?
—Nadie.
—¿Quién estaba con el encausado en aquel momento?
—El señor Perry Mason, que actúa como defensor.
—¿Habló usted con el encausado?
—Sí, señor.
—¿Puede manifestarnos cuál fue el tema de esa conversación? No hace falta que repita las palabras exactas que se pronunciaron.
—La defensa no desea que el testigo exponga las conclusiones que sacó de dicha conversación —dijo Mason.
—No le pido tal cosa. Sólo le pregunto si puede recordar cuál fue el tema de la conversación.
—Sí, señor.
—¿Cuál fue?

—Le hice preguntas acerca de un revólver que había en el compartimiento para guantes de su automóvil.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Me incauté del arma.

—¿Dónde estaba?

—En el compartimiento para guantes.

—¿Puede describirnos ese revólver?

—Sí, señor. Era un revólver «Colt», del calibre 38, del tipo conocido como modelo policía.

—¿Tuvo oportunidad de fijarse en su número?

—La tuve.

—¿Cuál era?

—613096.

—¿Qué hizo con el revólver?

—Lo entregué al Departamento de Balística.

—Vamos, teniente —dijo Drew—, usted no entregó el revólver a un departamento, sino a una persona de dicho departamento.

—Exactamente, a Alexander Redfield.

—¿Es el experto en balística de la policía?

—Sí, señor.

—¿Qué ocurrió después?

—Dije al acusado que deseaba que me acompañara a la Jefatura.

—¿Opuso algún reparo?

—No, señor.

—¿Fue a la Jefatura?

—Sí, señor.

—Y mientras estuvo allí, ¿le hizo alguna declaración?

—Me la hizo.

—¿Qué dijo?

—Declaró acerca de lo que había hecho la noche precedente y acerca de la hora en que había visto a Meridith Borden. Le pregunté si tenía inconveniente en manifestar por escrito lo que había dicho, y en firmarnos una declaración relatando lo ocurrido. Contestó que no, de modo que le di papel y pluma y él redactó un documento.

—¿Tiene en su poder ese documento?

—Lo tengo, sí, señor.

—¿Que fue escrito, fechado y firmado por el encausado, de su puño y letra?

—Sí, señor.

—¿Le dijo alguien lo que debía escribir?

—No, señor. Sólo que escribiera lo que había ocurrido.

—¿Le hizo alguien promesas, amenazas o insinuaciones?

—No, señor.

—¿Se vio sometido a alguna presión física o mental para conseguir que hiciera dicha declaración?

—No, señor.

—¿La hizo por propia voluntad?

—Sí, señor.

—¿Trae consigo dicha declaración?

—Sí, señor.

—Con la venia del Tribunal —dijo Drew—, presentaré como prueba este revólver, y también esta declaración.

—Muy bien —dijo el juez Erwood.

—Éstas son todas las preguntas que por el momento he de hacer al testigo. Tal vez más tarde desee volverlo a llamar —dijo Drew.

—De acuerdo —manifestó Mason—. Me consta que el testigo estará siempre disponible. Renuncio al contrainterrogatorio.

—¿Renuncia? —preguntó Drew, con incredulidad.

—Ciertamente —dijo Mason—. No tengo ninguna pregunta que hacerle.

—Llame al próximo testigo —ordenó el juez Erwood.

Sam Drew dijo:

—Que se presente Harvey Dennison, por favor.

Harvey Dennison subió al estrado y prestó juramento.

Declaró que era propietario de un establecimiento de armas de fuego, que llevaba más de tres años establecido, que había examinado el revólver «Colt», número 613096, que su fichero indicaba que ese revólver había sido comprado al mayorista, pero que no había sido vendido. Que tres años atrás se le había hecho observar que dicho revólver faltaba del escaparate y que este robo se había descubierto con motivo de la realización de un inventario, y que la única conclusión posible era que el revólver había sido robado, que por aquella época, en dos ocasiones, alguien había entrado en la tienda forzando la cerradura de la puerta posterior, y que habían faltado varios objetos, aunque la falta del revólver sólo se descubrió algún tiempo después de tener lugar dichos robos.

—¿Quiere contrainterrogar al testigo? —preguntó Sam Drew a Mason.

—Renuncio a ello.

—Llamen a Alexander Redfield —dijo Drew.

Redfield se adelantó, prestó juramento y se declaró experto en balística, en armas de fuego y en identificación de las mismas.

—Voy a mostrarle un «Colt», calibre 38, que ha sido ya presentado como prueba y está señalado con el número 13. El arma lleva el número de fábrica 613096. ¿Había visto ya este revólver?

—Sí, señor.

—¿Ha disparado con él una bala de prueba?

—Sí, señor.

—Describa brevemente lo que entiende por bala de prueba.

—Cada cañón de arma de fuego tiene ciertos defectos, irregularidades o particulares; pequeños rasguños, partes salientes, etc., que dejan una huella en todo proyectil disparado por dicha arma.

—¿Se refiere usted a las estrías?

—¡Oh, no! Esto es algo completamente distinto. Las estrías dejan lo que se llama características de clase. Me refiero a las irregularidades que se conocen como características individuales de una bala.

—¿Y al disparar una bala de prueba con un arma, recoge pruebas de esas características, defectos e irregularidades?

—Así es. Producen en la bala numerosos rasguños microscópicos, espaciados a distancias irregulares, y que, sin embargo, son siempre uniformes en cualquier bala disparada con una misma arma.

—¿Quiere decir que es posible identificar una bala que ha sido disparada por un arma concreta?

—Esto es, si se tiene el arma, la bala fatal y otra de prueba.

—¿Y cómo se consiguen esas llamadas balas de prueba?

—Disparamos el arma contra una caja alargada en la que hay materiales como desperdicios de algodón, trozos de papel y cosas por el estilo, para frenar la bala sin deformarla.

—¿Disparó usted una bala de prueba con el revólver que ahora sostiene?

—Sí, señor.

—¿Y posteriormente tuvo ocasión de comparar esa bala con otra?

—Sí, señor.

—¿De dónde obtuvo esa bala?

—Del «coroner».

—¿Cuándo?

—El martes, día 9, por la tarde.

—¿Y qué puede decirnos con referencia a las dos balas?

—La bala que me entregó el «coroner» presenta tantos puntos concordantes con las balas de prueba disparadas con este revólver, que no tengo la menor duda en declarar que la bala fatal fue disparada con esta arma.

—¿Tiene la bala que le entregó el «coroner»?

—La tengo.

—¿Y una de las balas de prueba?

—También.

—¿Quiere mostrarlas, por favor?

El testigo sacó de un bolsillo dos pequeños recipientes de plástico y dijo:

—Ésta es la que me entregó el «coroner», y a la que en mis fotografías denomino bala fatal, mientras que la bala que hay en este recipiente es la que llamo bala de prueba.

—¿Ha hecho fotografías comparativas de ambas balas?

—Las he hecho. He hecho fotografías en las que la bala de prueba estuviese parcialmente superpuesta a la bala fatal, a fin de que sea posible examinar las estrías de las balas y compararlas entre sí.

—¿Y las estrías coinciden?

—Sí, señor.

—¿Tiene aquí esas fotografías?

—Sí, señor, las tengo.

—Solicito que se acepten como prueba —dijo Drew.

—No hay inconveniente —anunció Mason tranquilamente.

—¿Quiere contrainterrogar? —preguntó Drew a Mason.

—No, Señoría. Tengo plena confianza en la integridad y habilidad del señor Redfield.

—Eso es todo —dijo Drew.

El «coroner» fue convocado a continuación para declarar que,

bajo su supervisión y dirección, se había efectuado la autopsia del cadáver de Meridith Borden; que se había hallado una bala en el tórax de Borden y que dicha bala había sido cuidadosamente extraída por el cirujano que realizaba la autopsia, colocada en un pequeño recipiente de plástico con tapadera enroscable, sellado dicho recipiente, y entregado a Alexander Redfield, el experto en balística.

—La defensa no tiene preguntas que hacer —anunció Mason.

El juez Erwood se recostó en su sillón con una expresión semejante al alivio. Sam Drew, por otra parte, actuaba como un hombre que anda por un terreno minado y espera que a cada momento surja la explosión que ha de destrozarle. El caso discurría con demasiada normalidad y rapidez. Todos los que conocían la estrategia legal de Perry Mason sabían que nunca permitía que los casos discurriesen de aquella manera, o al menos, no por mucho tiempo.

Drew llamó a declarar al cirujano que había realizado la autopsia y le hizo preguntas relativas a lo que había hallado durante la misma. El cirujano consultó sus notas y afirmó que había recuperado una bala, calibre 38, que la había colocado en un recipiente de plástico que entregó al «coroner», quien, en su presencia, lo había puesto en manos de Alexander Redfield; que la bala que el «coroner» entregó a Redfield era la misma que él había extraído del cadáver de Meridith Borden; que había penetrado por el costado izquierdo y que había seguido una trayectoria rozando la epidermis de la espalda; que la bala había seccionado un pedazo de corazón, y que en su opinión, la muerte era debida a aquella bala, y había sido instantánea.

—Además de sus otras especialidades —inquirió Drew—, ¿es usted experto en clasificaciones de sangre y en serología?

—Sí, señor.

—Voy a enseñarle un traje en el que hay ciertas manchas, y a preguntarle si las ha examinado.

—Sí, señor; las he examinado.

—¿De qué clase son?

—De sangre.

—¿Puede decirnos de qué clase de sangre?

—Sí, señor.

—¿De qué clase?
—De sangre humana.
—¿Puede decirnos a qué tipo pertenece esa sangre humana?
—No puedo referirme a todas las manchas del traje. Algunas son demasiado pequeñas para permitir su clasificación. Pero me ha sido posible clasificar las mayores.
—¿En qué clase?
—En el grupo llamado AB.
—¿Es este grupo el más corriente?
—No, señor. Es un grupo muy raro.
—¿Puede calcular qué porcentaje de personas pertenecen a este grupo?
—Diría que no excede del doce por ciento.
—¿De qué tipo era la sangre del fallecido, Meridith Borden?
—Del mismo que la sangre que aparece en este traje, del tipo AB.
—Contrainterrogatorio —dijo Drew.
—¿Podría orientarnos respecto a la antigüedad de esas manchas? —preguntó Mason.
—Exactamente, no.
—¿Estaban secas y habían cambiado de color?
—Esto es.
—¿De qué grupo es la sangre del encausado? —preguntó Mason.
—No lo sé.
—¿No lo sabe?
—No. Probablemente es del tipo O. Éste es el grupo más abundante. Alrededor del cincuenta por ciento de las personas pertenecen a este tipo.
—Pero, por lo que usted sabe, ¿la sangre del encausado podría ser del tipo AB?
—En efecto. Una vez nosotros hemos demostrado que su traje está manchado de sangre humana, a él corresponde demostrar que dicha sangre es la suya. Por lo menos, así es como yo lo veo.
—Esto es todo —dijo Mason.
Volvióse hacia Ansley y susurró:
—¿A qué grupo pertenece su sangre?
—Lo ignoro —repuso Ansley—. Lo único que sé es que cuando tuve la hemorragia llevaba este traje.

—No hay más preguntas que hacer al testigo —dijo Mason al ver que el aludido permanecía en el estrado.

—Eso es todo —dijo el juez—. Llame al próximo testigo, señor acusador público.

—Que se presente Beeman Nelson —dijo Drew.

Nelson prestó juramento, manifestó que trabajaba en una tintorería, identificó la marca que había en el traje manchado de sangre, afirmó que lo había lavado y planchado por lo menos en cinco ocasiones distintas y que en esta ocasión el traje había sido entregado y luego recogido por George Ansley, el encausado; que la última fecha en que lavó, planchó y entregó el traje a Ansley era unos diez días antes del día del crimen. Por aquel entonces, el traje se encontraba en buen estado y en él no había manchas de sangre.

—¿Alguna pregunta? —inquirió Drew.

—Ninguna —contestó Mason.

El juez Erwood mostró signos de impaciencia y consultó su reloj, evidentemente dispuesto a emitir el veredicto de que el encausado fuese puesto a disposición de un Tribunal Superior, para su enjuiciamiento.

Drew, al observar aquellos signos de impaciencia, dijo:

—Con la venia del Tribunal, sólo tengo que presentar ya un par de testigos. Creo que podré concluir este caso en un plazo muy breve.

—Adelante —dijo el juez Erwood—. Llame a sus testigos.

—Que se presente Jasper Horn —solicitó Drew.

Jasper Horn, individuo alto, huesudo, de movimientos lentos, se adelantó, alzó una mano grande y callosa y prestó juramento.

—¿Se llama usted Jasper Horn?

—Sí, señor.

—¿A qué se dedica, señor Horn?

—Soy capataz.

—¿Conoce al encausado, George Ansley?

—Sí, señor; le conozco.

—¿Trabaja para él, o ha trabajado para él?

—En efecto. Soy capataz de una obra que él realiza para construir una escuela en el sector oeste.

—Voy a llamarle la atención sobre el lunes pasado por la mañana, y a preguntarle si sostuvo alguna conversación con George

Ansley.

—Desde luego, sostuvimos muchas conversaciones. Él había venido a la obra y juntos lo examinamos todo.

—¿Hubo algo especialmente extraño o molesto…? No, retiro esta pregunta. Voy a hacerle otra: ¿Se habían producido quejas de que la edificación no se ajustaba a lo estipulado en el pliego de condiciones?

—Muchísimas.

—¿Habló usted con el señor Ansley de algún tema especial relacionado con los problemas de inspección, el pasado lunes por la mañana?

—Sí, señor.

—¿De qué se trataba?

—Bueno, uno de los soportes de acero de una pared estaba ligeramente desplazado. La distancia entre los centros no era exactamente uniforme y un par de ellos quedaban algo irregulares.

—¿Había usted hablado previamente con el inspector respecto a aquello?

—Sí, señor.

—¿Y qué le dijo el inspector?

—Me dijo que debería rectificarse aquello, o de lo contrario, habría que derribar la pared.

—¿Discutió con él?

—Desde luego.

—Y más tarde, ¿repitió usted esta conversación al señor Ansley?

—Claro que se la repetí.

—¿Y sugirió usted algo al señor Ansley en aquella ocasión?

—Sí, señor.

—¿De qué se trataba?

—Le dije que si fuera listo, acudiría a entrevistarse con Meridith Borden, con lo que terminarían sus preocupaciones.

—¿Y qué le respondió el señor Ansley?

—Que antes de ceder ante un tipo como aquél y pagarle un tributo, cogería un arma y de un tiro le partiría el corazón. Dijo que si Borden se tomaba todas aquellas molestias con la esperanza de que él cediera, estaba completamente equivocado. Que la gente como él, de la única manera que estaban bien era muertas.

En la sala se produjo un ligero murmullo.

—El testigo es suyo, señor Mason —dijo Drew.

Mason irguió el busto.

—¿Esa conversación tuvo lugar el lunes?

—Sí, señor.

—¿Había tenido usted otras conversaciones con los inspectores, respecto a irregularidades en la obra?

—Ya lo creo que sí… Era de lo único que hablaban.

—Los inspectores ¿se habían mostrado algo exigentes?

—Señor Mason —dijo el testigo con vehemencia—, los inspectores se habían mostrado duros, enormemente severos. Lo examinaban todo con lupa y se cogían a cualquier insignificancia para obligarnos a derribar la obra ya construida y sustituirla por otra. Se metían por todas partes, entorpecían el trabajo y nos enloquecían a todos.

—¿Hasta el lunes de la semana pasada?

—Esto es.

—¿Incluido el lunes?

—Incluido el lunes.

—Ahora le ruego que recuerde el martes por la mañana. ¿Tuvo ocasión de hablar con los inspectores?

—Un momento —dijo Sam Drew—, ésta es una pregunta inadecuada, inoportuna e improcedente. Yo no he hecho preguntas al testigo relativas al martes por la mañana.

—Creo que tengo derecho a examinar al testigo respecto a todas las conversaciones que tuvo con los inspectores —dijo Mason—. Después de todo, su testimonio se basa en conclusiones. Testifica que los inspectores eran poco razonables, que eran severos y, por lo tanto, tengo derecho a exponer las experiencias que este hombre ha tenido con ellos y lo que quiere decir cuando afirma que eran poco razonables y severos. Debe existir en su mente un modelo de comparación que le hace afirmar tal cosa.

—Creo que autorizaré la pregunta —dijo el juez Erwood.

—El martes por la mañana —dijo el testigo—, hubo una gran diferencia. Se me acercó el inspector de la obra y me dijo que estaba muy satisfecho de que se siguiesen tan al pie de la letra las estipulaciones respecto al armazón de acero de la pared. Dijo que había vigilado nuestra obra, que consideraba que era muy buena y que estábamos haciendo un buen trabajo, y que en lo sucesivo

dejaría que yo mismo cuidara de que las cosas siguiesen de la misma manera.

—¿Eso fue el martes por la mañana? —preguntó Mason.

—Sí, señor.

—Gracias, esto es todo.

—No hay más preguntas —dijo Drew.

—Puede retirarse —dijo al testigo el juez Erwood.

—Voy a llamar a Frank Ferney —manifestó Drew.

Ferney se adelantó y prestó juramento.

—¿Trabajaba usted a las órdenes de Meridith Borden?

—Sí, señor.

—¿En calidad de qué?

—Pues como secretario general. Hacía cuanto había que hacerse.

—¿Recibía mensajes para él?

—En efecto.

—¿Hacía diligencias?

—En efecto. Hacía todo lo que era preciso. Le ayudaba cuando recibía invitados, cuidaba de que las copas de licor estuviesen llenas, trataba de que los invitados estuviesen satisfechos, en fin, hacía todo lo que era preciso.

—Concentrémonos en el lunes pasado. ¿Tiene algún día de fiesta?

—No, señor. No trabajo así. Estoy por allí la mayor parte del tiempo, pero cuando necesitaba salir me bastaba con decírselo.

—¿Y qué ocurrió el lunes pasado por la noche?

—Por la tarde le dije que saldría y que no regresaría hasta bien avanzada la noche. Dije que quería pasar la velada con mi amiga.

—¿A qué hora se marchó el lunes por la tarde?

—A las seis.

—¿Conoce usted a Mariana Fremont, el ama de llaves?

—Ciertamente.

—¿Se encarga de cocinar?

—Cuando está, prepara las comidas.

—¿El lunes es su día libre?

—Sí.

—¿Quién cocina los lunes?

—Bueno, cuando estábamos solos, ella se encargaba de la comida. Pero, por lo general, cuando recibíamos, el señor Borden

hacía venir otra cocinera, o, a veces, se hacía llevar la comida ya preparada, si se trataba de un grupo muy reducido.

»Cuando el señor Borden y yo estábamos solos, yo mismo freía huevos y un poco de tocino para desayunar. Por lo general, almorzábamos una ensalada, y algunos lunes por la noche, cocinaba algo. Procurábamos arreglarnos de la manera más sencilla posible, a menos que viniesen invitados. En tal caso, contratábamos a otra cocinera o nos traían la comida ya hecha.

—¿Se preparó alguna comida el lunes pasado por la noche?

—Él me dijo que iba a abrir una lata de «sauerkraut». Yo me marchaba a cenar fuera.

—¿Sabe usted a qué hora solía cenar los lunes?

—Con la venia del Tribunal, protesto —dijo Mason—. Si el testimonio ha de ser efectivo, debe explicarnos lo que ocurrió realmente esa noche concreta. Considero que esta pregunta es incompetente, inapropiada e inconcreta.

Drew dijo:

—Con la venia del Tribunal, es muy importante establecer este hecho, porque la hora de la muerte sólo puede ser fijada entre las ocho y media y las once y treinta, gracias a la temperatura del cuerpo, el estado del «rigor mortis» y la lividez que se produce «postmortem». La hora podría fijarse con mucha mayor precisión si se conociese cuándo se ingirió la última comida.

El juez Erwood se volvió hacia Ferney.

—¿Y esto es algo que usted ignora, como no sea hablando en términos generales?

—En efecto, Señoría. El lunes por la noche él estaba sólo en la casa. Hubiese podido cenar a las seis y cinco minutos, así que yo me hube marchado, o hubiera podido esperar hasta las ocho y media o después de haber celebrado su cita con Ansley. Yo sé a qué hora solíamos cenar los lunes por la noche. Es el único sistema que tengo para determinar la hora.

—Entiendo —dijo pensativamente el juez Erwood—. Creo que aceptaré la objeción del defensor.

—No tengo más preguntas que hacer. El testigo es suyo —dijo Drew a Perry Mason.

—¿Hay un muro que rodea toda la finca? —preguntó Mason.

—Sí, señor.

—¿Y puertas movidas eléctricamente?

—En efecto.

—¿Hay otro sistema de entrar o de salir, dejando aparte esas puertas?

—Hay una puerta posterior.

—¿Dónde está situada?

—Detrás del garaje.

—¿Cómo es?

—Es una pesada puerta de hierro macizo, que está siempre cerrada.

—¿Tiene usted una llave de la misma?

—Desde luego.

—¿Y el ama de llaves también?

—Sí, señor.

—Y, naturalmente, el señor Borden tenía otra, ¿no es cierto?

—Claro.

—¿Hay alguna llave más?

—Que yo sepa, no.

—¿Es esa puerta lo bastante ancha para que entre por ella un automóvil?

—No, señor; tiene la anchura suficiente para que pase una persona. Es una puerta de hierro muy pesada. Todos los movimientos se realizan por la puerta principal. En ella hay un tubo de goma semihundido en el pavimento, y siempre que entra un auto, suena un timbre en la casa y el señor Borden sabe que viene alguien.

—Entiendo —dijo Mason pensativamente—. ¿Cómo se cierran esas puertas?

—Pueden cerrarse apretando un botón en la casa, o se cierran automáticamente con un mecanismo que se pone en funcionamiento a las once de la noche, aunque esa hora puede cambiarse.

—¿Cómo se abren las puertas?

—Tienen que abrirse apretando un botón que hay en la casa, o manipulando un interruptor colocado en el camino. Si se usa éste, las puertas se abren el tiempo suficiente para que entre un auto y luego el mecanismo automático las cierra de nuevo.

—¿Hay algún sistema para abrirlas desde el exterior?

—Claro. Hay una palanca cerrada con llave. Se suelta la palanca con la llave, se acciona aquélla y las puertas se abren el tiempo suficiente para que entre un auto, tras de lo cual vuelven a cerrarse automáticamente.

—¿Tenía usted llaves de todos esos mecanismos que nos ha descrito?

—Desde luego.

—¿Y el ama de llaves?

—Claro, también las tenía.

—¿Hay un teléfono junto a la puerta?

—Sí, señor.

—¿Con qué está conectado ese teléfono?

—Se trata de una línea privada que llega hasta la casa, donde hay dos teléfonos, que suenan siempre que se aprieta el botón.

—¿Dónde están situados esos teléfonos?

—Uno de ellos en el estudio del señor Borden y el otro en mi dormitorio.

—¿Y dónde está su dormitorio?

—Abajo en el entresuelo.

—¿Por qué hay dos teléfonos?

—Porque cuando suena el timbre, yo descuelgo el mío y pregunto quién es y qué desea. El señor Borden escuchaba por el otro aparato. Si se trataba de alguien a quien Borden deseaba ver, intervenía para decir: «Aquí Borden. Voy a abrirle las puertas y puede usted entrar». Pero si al cabo de un rato yo no oía que Borden daba señales de vida, me limitaba a decir al individuo que lo sentía, que las puertas ya estaban cerradas para toda la noche, y que no podía molestar a Borden. Inmediatamente colgaba.

—Así, pues, ¿el teléfono de la puerta estaba conectado únicamente con esos dos aparatos?

—Esto es.

—¿Pasaba mucho tiempo el señor Borden en su estudio?

—Casi siempre estaba en él.

—¿Y qué me dice del estudio fotográfico?

—A veces subía a él, principalmente de noche.

—¿Le ayudaba usted alguna vez cuando estaba allí?

—No. Cuando iba al estudio, debía dejársele tranquilo. Estaba prohibido molestarle.

—¿Cerraba la puerta con llave?

—Tenía un pestillo con muelle.

Drew intervino enérgico:

—Con la venia del Tribunal, esto no es un contrainterrogatorio apropiado. Alude a asuntos ajenos por completo a la cuestión, y representa, sin lugar a dudas, un tanteo por parte de la defensa.

—El Tribunal considera que la protesta es pertinente —dijo el juez Erwood.

—Esto es todo —manifestó Mason.

—No hay más preguntas —declaró Drew.

El ayudante del fiscal consultó el reloj.

—Con la venia del Tribunal, se acerca la hora de levantar la vista para ir a comer. Considero que hemos presentado el caso con la debida celeridad. Considero que hemos aportado los elementos necesarios para establecer la presunta culpabilidad del encausado.

El juez Erwood dijo:

—Creo que ha hecho más que establecerla. Hubiese podido dar por concluido el caso hace media hora, en la seguridad de que quedaba suficientemente demostrada la presunta culpabilidad del encausado. Por lo tanto, este Tribunal ordena que George Ansley sea puesto a disposición del…

—Con la venia del Tribunal —dijo Mason, poniéndose en pie.

El juez Erwood miró con enojo al abogado.

—¿De qué se trata, señor abogado?

Mason dijo:

—La defensa tiene derecho a presentar sus testigos.

—Ciertamente —contestó el juez Erwood—. No trato de impedir que realice usted una defensa, si lo desea, aunque me permito decir que en audiencias preliminares como ésta no es corriente que la defensa extreme las cosas. Con franqueza, señor Mason, puesto que no está presente ningún jurado, me creo en libertad de afirmar que no comprendo qué defensa puede usted hacer que impida a este Tribunal poner al encausado a disposición de la justicia. Puede o no tener algo que introdujese una duda razonable en la mente del jurado, pero por lo que a este Tribunal se refiere, las pruebas son abrumadoras acerca de que se ha cometido un asesinato y de que hay motivos suficientes para creer que su autor fue el encausado.

—Exceptuando algo, con la venia del Tribunal —dijo Mason—.

Hay un punto que se presenta, verdaderamente, muy dudoso.

—No lo veo —manifestó con cierta sequedad el juez Erwood.

—El elemento tiempo —dijo Mason—. Si mi cliente cometió el crimen, tuvo que hacerlo antes de las nueve.

—Las pruebas no lo demuestran.

—Bueno, pero puede conseguirse que lo demuestren, y nos proponemos demostrar que Meridith Borden estaba vivo y gozando de buena salud mucho después de las nueve de la noche.

El juez Erwood se frotó la barbilla.

—Bueno —dijo por fin—, ésta, desde luego, sería una defensa perfecta «si» pudiese usted demostrarlo, señor Mason.

—Me propongo hacerlo así.

—¿Cuánto tiempo necesitará?

—Por lo menos toda la tarde.

El juez Erwood dijo:

—Tengo un programa bastante cargado y había supuesto que este asunto era puramente rutinario y que requeriría tal vez una hora, pero, desde luego, no más que toda una mañana.

—Lo siento, Señoría, pero estoy completamente seguro de que yo no he dado al Tribunal la impresión de que ocurriría esto.

—No, «usted» no la ha dado —admitió el juez Erwood—. Supongo que, tal vez, sea debido a cierto malentendido. Estos asuntos suelen resolverse con bastante rapidez. Sin embargo, no deseo impedir que la defensa plantee su caso. Pero debo declarar, señor Mason, que las pruebas de una coartada tendrán que ser muy claras y muy convincentes para impedir que este Tribunal enjuicie a su defendido.

»Es usted un abogado veterano y, por lo tanto, se da cuenta de las desventajas que representa para un encausado el que se efectúe su defensa en una vista preliminar. Y ahora, tras las declaraciones de este Tribunal, ¿desea proseguir?

—Lo deseo.

—Muy bien —dijo el juez Erwood—. Quiero hacer otra declaración, y es que he observado en la prensa que en ciertos casos en que ha participado usted, en vistas preliminares, ha habido derivaciones dramáticas, derivaciones que, en mi opinión, no siempre están justificadas.

»No se trata de ninguna crítica personal. Es sólo mi opinión de

que los Tribunales han sido hasta ahora demasiado condescendientes con los abogados al permitir que ciertos tipos de prueba se presentaran en una audiencia preliminar. No trato de limitar ninguno de los derechos del encausado, pero, por otra parte, tampoco me propongo abrir la puerta a una serie de asuntos ajenos al caso.

—Muy bien, Señoría —dijo Mason—. Deseo presentar pruebas al Tribunal basándome en la teoría de que si el encausado asesinó a Meridith Borden, el crimen debió cometerse antes de las nueve de la noche. Y creo que podré demostrar sin lugar a dudas que el crimen no fue cometido antes de esa hora.

—Muy bien —dijo el juez Erwood—. Este Tribunal aplazará la vista y…

—Un momento. Si el Tribunal me permite —dijo Mason—, lamento interrumpirle, pero hay un asunto que puede ser de la mayor importancia para el encausado.

—¿Cuál es?

—El cadáver de Meridith Borden fue hallado en su estudio fotográfico. Por lo tanto, lo lógico sería suponer que después de su entrevista con el encausado, Borden se dirigió a su estudio fotográfico a tomar fotografías y que, en consecuencia, tenía que haber alguien con él. No es probable que Borden tomase fotografías de sí mismo.

El juez Erwood frunció el ceño.

—Este razonamiento, señor Mason, se basa por completo en su creencia de lo que haya podido contarle el encausado. Si se propone basar su defensa en pruebas de este género, está perdiendo el tiempo.

»Por lo que este Tribunal sabe, Meridith Borden hubiese podido estar hablando con el encausado, George Ansley, en el estudio fotográfico. Borden hubiese podido estar tomando una fotografía de George Ansley.

»Supongo que el encausado está dispuesto a testificar que la entrevista tuvo lugar en el estudio, pero este Tribunal no tomará en consideración tal testimonio. Un jurado puede o no creer al acusado. Por lo que a este Tribunal respecta, en una vista preliminar en la que se demuestra que se ha cometido un crimen y que el arma homicida ha sido hallada en poder del encausado, el

Tribunal no aceptará, desde luego, la sola palabra del encausado como prueba de que no estuviese presente cuando se cometió el crimen.

—Lo entiendo perfectamente, Señoría —dijo Mason—, y no pido al Tribunal que crea en la palabra de mi defendido. Sin embargo, quisiera preguntar al ayudante del fiscal si no es cierto que en el estudio había pruebas de que se acababan de tomar ciertas fotografías. En tal caso, deseo que tales fotografías sean exhibidas.

Drew dijo con sequedad:

—No tenemos por qué mostrar todas nuestras pruebas a la defensa.

—Pero, ¿había negativos impresionados? —preguntó Mason—. ¿Estaba vacía la cámara?

—Había negativos impresionados —dijo Drew—, y en la cámara había otro, también impresionado; pero no hay pruebas en cuanto al momento en que se impresionó la placa.

—Con la venia del Tribunal —dijo Mason—, creo que es posible relacionar todo esto. Si esos clisés impresionados no han sido revelados, considero que deberían serlo a fin de que podamos ver lo que hay en ellos.

—¿Han sido reveladas esas placas? —preguntó el juez Erwood a Sam Drew.

—Lo han sido, Señoría.

—Supongo —prosiguió el juez Erwood—, que si hubiesen sido fotografías del encausado, sin lugar a dudas, hubiesen sido presentadas como prueba.

—Efectivamente —manifestó Drew con sequedad—. El fallecido, en el momento de su muerte, participaba en un concurso fotográfico junto con varios de sus compañeros. Celebraban un concurso para ver quién obtenía la mejor fotografía de una muchacha atractiva. Es nuestra opinión que los negativos que había en la cámara fueron impresionados bien durante el día del crimen, o el precedente. No consideramos que tenga ningún significado la presencia del señor Borden en el estudio fotográfico, excepto que probablemente fue allí para sacar de la cámara los negativos y revelar las placas impresionadas. Es probable que estuviese ansioso por ver el resultado de su trabajo para el concurso.

—Desearía —dijo Mason— sugerir al ministerio público que esta

tarde dichos negativos sean presentados al Tribunal o, cuando menos, copias de dichos negativos.

—No veo ninguna razón para hacerlo —dijo Sam Drew—. Ésta no es una vista ante un jurado. La acusación no necesita exhibir más pruebas de las necesarias para demostrar que se ha cometido un crimen y que hay motivos razonables para creer que su autor es el encausado.

—Esto es cierto —dijo el juez Erwood—. Pero si la defensa desea ofrecer un testimonio, tiene derecho a citar a testigos. La defensa podría citar a las personas que tienen esas fotografías. Creo que será mejor que las presente, señor Drew; ganaremos tiempo.

—Pero no tienen ninguna relación con el caso; ninguna en absoluto —protestó Drew.

—En tal caso, podrá usted objetar si son presentadas como prueba, pero el encausado, en una vista preliminar, tiene, desde luego, derecho a citar testigos propios y a presentar pruebas propias.

Drew cedió de mala gana.

—Está bien —dijo—; presentaré las fotos al Tribunal.

El juez Erwood anunció entonces:

—Se aplaza la vista hasta las dos de esta tarde.

Mason se acercó apresuradamente a Paul Drake.

—Muy bien, Paul —dijo—, da la señal. Que tus hombres entreguen citaciones a Loretta Harper, Dawn Manning, Beatrice Cornell y Frank Ferney.

Drake se volvió, e hizo una señal a uno de sus hombres que estaba en la sala.

—Bueno —dijo a Mason—. Ya está hecho, Perry, pero no entiendo qué vas a conseguir, excepto quemarte los dedos. Este juez va a enjuiciar a Ansley, así caigan rayos y truenos.

—Pero no lo hará hasta que hayamos averiguado muchas cosas más acerca de los planes de la acusación —dijo Mason—. Voy a presentar ante el Tribunal tantas pruebas como me sea posible.

—Pero —protestó Drake—, objetarán basándose en que se trata de pruebas inmateriales, y el juez les apoyará.

—Cuando yo haya terminado, no —dijo Mason—: O Loretta Harper o Dawn Manning están mintiendo. Dawn Manning ofrece un hermoso cuadro de dulce inocencia, pero un frío examen de los

hechos demuestra que probablemente quedó sola en la propiedad hacia las nueve de la noche, y no hay ninguna prueba verdadera de que no fuese a la casa y permaneciese en ella hasta después de haberse cometido el crimen.

—Pues adelante —dijo Drake—, aunque no creo que obtengas nada. En estos momentos, Sam Drew es uno de los hombres más felices del país. Ha podido presentar un caso bien claro, el juez le apoya y él considera que no tienes ni la menor probabilidad de hacer que el juez cambie de opinión.

Mason sonrió.

—El Tribunal Supremo ha designado al juez Erwood para que presidiese esta vista, con instrucciones para que el caso se ciñera a la rutina más estricta. Burger se habrá quejado de que en el pasado me han concedido demasiada beligerancia.

—¿Y crees poder cambiar una situación así? —preguntó Drake con expresión dubitativa.

Mason contrajo los labios pensativamente.

—Por lo menos, lo intentaré.

Capítulo 10

Cuando se reanudó la vista a las dos, Paul Drake susurró unas palabras de advertencia a Perry Mason.

—Cuidado con Sam Drew —dijo—. Está tan satisfecho que apenas puede contenerse. Algo tiene que haber ocurrido durante esta pausa. Se rumorea que ha enviado un recado a Hamilton Burger, el fiscal, quien vendrá a ver cómo te das de narices contra el suelo.

—¿Tienes idea de lo que se trata? —preguntó Mason.

—No he podido averiguarlo, pero están todos llenos de excitación y…

Interrumpióse cuando el juez Erwood penetró en la sala. Todo el mundo se puso en pie y esperó que diese un golpecito con el martillo, que significaba que podían sentarse.

—El pueblo contra Ansley —dijo el juez Erwood—. ¿Está usted dispuesto a empezar, señor Mason?

—Sí, Señoría.

—Muy bien, señor Mason; empiece pues.

—Como primer testigo —dijo Mason—, llamaré a mi secretaria, la señorita Della Street.

El juez Erwood frunció el ceño, empezó a decir algo, pero luego cambió de idea.

Della Street subió al estrado, alzó la mano derecha y prestó juramento.

En aquel momento se abrió la puerta de la sala y compareció Hamilton Burger, el fiscal, evidentemente complacido ante los susurros que surgieron en la sala, avanzó por el pasillo, traspuso la puerta de vaivén y se sentó junto a Drew.

Burger no trató de ocultar la ancha sonrisa que aparecía en su rostro.

Mason inició cautelosamente el interrogatorio.

—¿Se llama usted Della Street y está desde hace tiempo bajo mis órdenes, como secretaria confidencial?

—Sí, señor.

—¿Conoce al acusado?

—Sí, señor.

—¿Cuándo le vio por primera vez?

—En la noche del lunes día ocho del corriente.

—¿Dónde le vio?

—En el cabaret «La lechuza dorada».

—¿A qué hora?

—Aproximadamente a las diez y dos o tres minutos.

—¿Y qué ocurrió?

—El señor Ansley se acercó a la mesa en que estábamos y le preguntó a usted…

Drew alzó una mano.

—Rechazamos cualquier cosa que pudiera decir el encausado en aquella ocasión, por resultar improcedente e inoportuno —intervino Drew.

—No es necesario que proteste —dijo Mason—. No deseo que la testigo repita la conversación. Sólo le ruego manifieste, señorita Street, lo que se hizo.

—Bueno, el encausado le pidió a usted que hiciese ciertas cosas, y, después de hablar un rato, nos marchamos del cabaret «La lechuza dorada».

—¿A qué hora?

—Exactamente, a las diez y treinta y dos.

—Cuando ha dicho «nos», ¿a quiénes se refería?

—A usted, al señor Ansley y a mí misma.

—¿Y a dónde fuimos?

—Fuimos a la finca de Meridith Borden.

—¿Estaban las puertas abiertas o cerradas?

—Estaban abiertas.

—¿Qué hicimos?

—Dejamos el auto junto a las puertas, en el exterior.

—¿Y después?

—Estuvimos buscando por allí, durante diez o quince minutos, según mis cálculos.

—¿Y qué ocurrió después?

—Después sonó un gong y las puertas se cerraron.

—¿Y luego?

—Luego, el señor Ansley se acercó a las puertas, trató de abrirlas y, por lo visto, puso en marcha una señal de alarma…

—Protesto; se trata de una opinión de la testigo —dijo Drew.

—Limítese a contarnos lo que ocurrió —le dijo Mason.

—Sonó un timbre, se encendieron focos en la finca y pudimos oír ladridos de perros.

—¿Y después?

—Después trepamos por la pared y un perro se lanzó contra nosotros. En el momento en que usted llegaba a lo alto de la cerca, el perro casi le alcanzó.

—¿Y después?

—Después bajamos por el otro lado de la pared.

—¿Sabe qué hora era en aquel momento?

—Muy poco después de las once.

—¿Qué sucedió luego?

—Nos acercamos a las puertas.

—¿Y qué ocurrió allí?

—Usted las examinó y descubrió un teléfono.

—¿Y qué ocurrió?

—Usted habló por el mismo.

—¡Eh, un momento, un momento! —protestó Sam Drew—. Esta declaración es improcedente e inadecuada. Se trata de una opinión de la testigo.

—No es ninguna opinión de la testigo —dijo Mason—. Lo *sería si* le preguntase con quién había hablado yo. Pero ella sólo expone el hecho concreto de que yo hablé por teléfono. Eso fue lo que hice, y ella puede testimoniarlo.

—Prosiga —dijo el juez Erwood a Della Street—. Se rechaza la objeción. No nos cuente lo que el señor Mason dijo o con quién habló él, sino sólo lo que ocurrió.

—Sí, Señoría. Entonces el señor Mason colgó y… ¿Se me permite declarar lo que él me dijo?

El juez Erwood movió la cabeza y dijo:

—Si la acusación se opone, no.

—Nos oponemos —dijo Drew.

—Muy bien. Prosiga y declare lo que ocurrió luego si resulta pertinente.

—Creo que es muy pertinente —manifestó Mason—. Ahora llegamos al punto que considero más importante.

—Muy bien —dijo el juez Erwood—. ¿Qué ocurrió, señorita Street?

—Entonces, después de que el señor Mason hubo colgado el teléfono, yo lo cogí y seguí apretando el botón a intervalos regulares.

—¿Y qué ocurrió?

—Que el señor Borden contestó al teléfono.

—Un momento, un momento —interrumpió Sam Drew—. Esto debe ser eliminado de las declaraciones, pues no es más que una opinión de la testigo. Carece de base.

El juez Erwood miró a Della Street con una expresión de interés en su rostro.

—¿Afirma usted que el señor Borden contestó?

—Sí, Señoría.

—¿Le había conocido usted?

—No, Señoría.

—Entonces, ¿cómo supo que era el señor Borden?

—Él dijo que lo era.

—En otras palabras, habló una voz por el teléfono afirmando que era el señor Borden quien hablaba…

—Sí, Señoría.

El juez Erwood movió la cabeza.

—Se acepta la protesta. Se eliminará esta declaración de la testigo. Se trata de una opinión suya. Sin embargo, puede usted repetir lo más exactamente que pueda toda la conversación que tuvo lugar por el teléfono.

—Con la venia del Tribunal y con los debidos respetos a sus preguntas, protestamos —dijo Drew—. A menos que pueda demostrarse sin lugar a dudas que quien hablaba era Meridith Borden, nos oponemos a la pregunta.

El juez Erwood movió la cabeza.

—La defensa ya ha fundamentado la cuestión al revelar que el teléfono de la puerta estaba conectado directamente con la casa. Ahora, la señorita Street ha testificado que apretó el botón del

teléfono y sostuvo una conversación con alguien. Tiene derecho a repetir dicha conversación. Más tarde puede demostrarse que la persona que estaba al otro extremo de la línea era el señor Borden, bien por pruebas directas, bien por circunstancias. Este Tribunal considera que la suposición, por lo que se refiere a pruebas circunstanciales, queda bastante bien fundamentada. Parece que, según un testigo de la acusación, el señor Borden estaba solo en la casa. Según la declaración de esta testigo, un hombre contestó al teléfono. Ya he rechazado la afirmación de que el hombre dijo que era el señor Borden, como medio de demostrar la identidad de la persona que estaba al otro extremo de la línea, pero permitiré que la testigo repita la conversación.

Della Street prosiguió:

—Creo que la voz de hombre preguntó quién llamaba. Le contesté que éramos transeúntes y que deseábamos hablar con el señor Borden. La voz dijo que era el señor Borden y que no deseaba que se le molestase, y yo repliqué que era un asunto urgente y que teníamos motivos para creer que una joven podía haber sufrido un accidente de auto y estar vagando por algún lugar de su finca.

»Entonces la voz masculina afirmó que alguien había estado accionando las puertas y que entonces se había disparado la señal de alarma y se habían soltado los perros; que apagaría las luces y llamaría a los perros; que éstos no herirían a nadie, pues estaban amaestrados para mantener inmóvil a una persona y ladrar hasta que alguien se presentase; que no iban a matar a nadie. Luego, la voz me preguntó quién era yo, pero rehusé dar mi nombre y me limité a decir que pasaba por allí.

—¿Y qué? —preguntó Mason.

—Colgué el teléfono y le dije a usted… Bueno —rectificó Della Street, dirigiendo una sonrisa hacia la mesa del fiscal—, ya sé que no puedo declarar lo que le dije.

—¿Qué hora era por entonces?

—Posiblemente las once y diez minutos, tal vez y quince, cuando sostuvimos esta conversación.

—¿Qué hicimos después?

—Volvimos a llevar al señor Ansley al cabaret «La lechuza dorada», donde él recogió su auto.

—¿Hasta qué hora estuvimos con el señor Ansley?

—Hasta las once y media dadas, tal vez hasta las once y treinta y cinco.

—¿Y dónde le dejamos?

—En el cabaret «La lechuza dorada».

—¿De modo que usted, por lo que sabe, puede responder del paradero del encausado durante el tiempo comprendido entre las diez y dos o tres minutos y las once y media de la noche del crimen?

—Esto es —dijo Della Street.

Mason se volvió hacia Drew.

—Puede proceder al contrainterrogatorio.

Drew, con una ancha sonrisa, manifestó:

—No tenemos nada que preguntar a la testigo.

—¿No hay contrainterrogatorio? —preguntó, sorprendido, el juez Erwood.

Drew movió la cabeza.

—Este Tribunal desea hacerle observar, señor Drew, que a menos que la declaración de este testigo sea impugnada de algún modo, hay buenas razones para suponer que habló verdaderamente con el señor Borden.

—Nos hacemos cargo, Señoría. Pero no nos proponemos refutar su declaración por medio del contrainterrogatorio.

—Muy bien —contestó el juez Erwood.

—Eso es todo —dijo Mason—. Nuestro caso ha quedado expuesto, Señoría.

El juez Erwood miró a la mesa donde Hamilton Burger y Sam Drew, sonrientes, conversaban en voz baja.

—Parece, señor acusador —dijo el juez—, que la situación ha experimentado un cambio considerable. Tenemos la declaración de un testigo desinteresado, cuya integridad ha impresionado a este Tribunal, según la cual un hombre estaba en casa de Borden unos minutos después de las once de la noche, que ese hombre contestó al teléfono y que, de acuerdo con las declaraciones de un testigo de la acusación, la única persona que a aquella hora estaba en la casa, era el propio Meridith Borden.

—Con la venia del Tribunal —dijo Hamilton Burger sonriendo con indulgencia—, desearíamos presentar ciertas pruebas que, impugnando esta declaración, aclararán el asunto.

—Muy bien, prosiga. Llame a su testigo.

—Que se presente nuevamente Frank Ferney —solicitó Hamilton Burger.

Frank Ferney volvió a ocupar el estrado de los testigos.

—Ya ha prestado juramento —le dijo Hamilton Burger—. No es preciso que se le tome de nuevo. ¿Ha oído el testimonio de la señorita Street, que acaba de abandonar este estrado?

—Sí, señor.

—¿Sabe algo acerca de la conversación que ha relatado?

—Sí, señor.

—Cuéntenoslo.

—Yo era la persona que contestó al teléfono.

Hamilton Burger sonrió triunfalmente.

—¿Fue usted la persona que dijo que era Meridith Borden?

—Sí, señor.

Hamilton Burger se inclinó hacia Perry Mason con exagerada cortesía.

—Puede usted contrainterrogar —dijo, y se sentó.

Mason se puso en pie para enfrentarse con el testigo.

—Nos ha contado usted que abandonó la propiedad de Borden a las seis de la tarde; que se tomó la noche libre y que cenó con su amiga.

—Esto es. Pero regresé. Allí tengo mi vivienda y mi dormitorio.

—¿A qué hora regresó?

—Pues serían… creo que hacia las once menos diez.

—¿Y cómo regresó hasta allí? —preguntó Mason.

El testigo sonrió, lo mismo que Hamilton Burger y Sam Drew.

—Regresé en automóvil —dijo Ferney.

—¿Solo? —preguntó Mason secamente.

—No, señor.

—¿Quién estaba con usted?

—Una mujer.

—¿Quién era esa mujer?

—La doctora Margaret Callison.

—¿Y quién es la doctora Callison?

—Una veterinaria.

—¿Y cómo entraron en la casa?

—Nos dirigimos a la puerta posterior. La doctora Callison aparcó

su auto y yo saqué de él un perro, que llevaba sujeto por una correa. Abrí la puerta posterior, llevé al perro hasta la perrera, abrí la puerta de ésta y metí el animal. Esto sucedió aproximadamente a las once menos diez, o tal vez a las once menos cinco. Después pregunté a la doctora Callison si deseaba beber algo, y ella aceptó mi invitación. Deseaba ver al señor Borden y hablarle acerca del perro.

—¿Qué hizo usted, pues?

—La acompañé hasta la puerta posterior de la casa, abrí ésta con mi llave y entramos.

—¿Y qué?

—Fui al estudio del señor Borden y él no estaba allí. Supuse que… Bueno, creo que no me está permitido decir lo que supuse.

—Prosiga —dijo Mason—. No oigo ninguna protesta por parte de la acusación, y ciertamente yo tampoco me opongo. Quiero saber exactamente lo que ocurrió. No temo nada de lo que pudo suceder.

—Bueno, supuse que estaba arriba, en el estudio, haciendo algún trabajo fotográfico, tal vez algún revelado, y sugerí a la doctora Callison que esperase un par de minutos a ver si bajaba. Preparé un par de bebidas y entonces sonó el timbre de alarma, se encendieron las luces y las puertas de la perrera se abrieron automáticamente.

»Oí cómo los perros corrían hacia la cerca y se ponían a ladrar y entonces adiviné, por el modo de ladrar de uno de ellos, que quienquiera que hubiese disparado la señal de alarma, había huido saltando la pared. Regresé junto a la doctora Callison y sugerí que termináramos las bebidas y después saliéramos a ver lo que había ocurrido y por qué se había disparado la señal de alarma.

»Después salí y silbé a los perros para que regresaran a la perrera.

»Mientras aún estaba fuera, oí que el teléfono sonaba. Regresé corriendo y vi que la doctora Callison había contestado ya. Me dijo que un hombre había preguntado por el señor Borden y que ella le había contestado que el señor Borden no deseaba ser molestado.

—¿Y qué?

—Después, al cabo de muy poco rato, el teléfono reanudó sus timbrazos.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Mason.

—Me puse al aparato. Creí que sería la policía que quería

preguntar algo acerca de la señal de alarma.

—¿Y qué ocurrió?

—Una joven estaba al otro extremo de la línea. Ahora he reconocido su voz como perteneciente a la señorita Street. Ella ha relatado con mucho detalle la conversación que sostuvimos por teléfono. Esto es, yo dije que era Borden y le expliqué que los perros no herirían a nadie; que apagaría las luces y que haría regresar los perros a la perrera. En realidad, lo de los perros lo había hecho ya.

Mason observó al testigo con ojos pensativos.

En la mesa del fiscal, Hamilton Burger y Sam Drew sonreían satisfechos ante el espectáculo de Mason reforzando el caso de la acusación con su contrainterrogatorio. Recurriendo al viejo truco de hacer a Ferney sólo unas pocas preguntas durante el primer interrogatorio, y terminarlo sin dar ninguna explicación, habían prácticamente obligado a Mason a crucificarse.

—¿Tiene por costumbre afirmar por teléfono que es usted Meridith Borden? —preguntó Mason.

—Desde luego —dijo el testigo—. A veces, cuando Borden no quería ser molestado y alguien insistía en hablar con él, le decía que yo era Borden y que en aquel momento estaba muy ocupado y no podía atenderle.

—¿Hacía esto a menudo?

—A menudo no, pero sí alguna vez. Por lo general, el señor Borden escuchaba por el otro teléfono y si deseaba ver a la persona que llamaba, intervenía en la conversación. De lo contrario, yo decía que no estaba o que no podía ponerse al teléfono.

Mason se adelantó lentamente.

—¿Puede describirnos a la doctora Callison? —le preguntó.

—Pues es una doctora en veterinaria, con una gran práctica en curar a los perros.

—¿De qué edad?

—Se hace difícil calcular la edad de una mujer, pero es relativamente joven.

—¿Aproximadamente como usted?

—Diría que tiene treinta y dos o treinta y tres años.

—¿Es gruesa?

—No, es muy esbelta.

—¿Seguro que no estaba usted con ella en su dormitorio? —

preguntó Mason haciendo que su voz sonara muy escéptica.

Ferney se levantó furioso del sillón de los testigos.

—¡Mentira! —gritó.

Burger estaba ya en pie agitando las manos.

—Señoría, Señoría, esto es improcedente y se aparta por completo de los límites del contrainterrogatorio. Es un insulto extemporáneo a una mujer decente. Es…

El juez Erwood dio un golpe con su martillo.

—Sí, señor Mason —dijo—, creo que, ciertamente, esta pregunta no resulta nada adecuada.

Mason miró al juez con expresión inocente.

—Pero, Señoría, es la única conclusión a que puede llegarse por las declaraciones del testigo. Él mismo ha afirmado que había un teléfono en su dormitorio, en la planta baja, y otro en el estudio de Meridith Borden, y que cuando sonaba el teléfono y el testigo contestaba, Borden estaba escuchando.

—Pero no en esa ocasión —interrumpió Ferney con rabia—. En esa ocasión yo respondí al teléfono desde el estudio de Borden.

—¡Oh! —dijo Mason—. Discúlpeme, no le había entendido. ¿De modo que llevó a la doctora Callison al estudio de Borden?

—Sí, desde luego. Nunca me hubiese atrevido a llevarla a mi dormitorio.

—Bueno —dijo Mason—, ruego al Tribunal que me perdone. No había entendido bien al testigo. Creía que, según se desprendía de sus declaraciones, estaba bien claro que siempre contestaba al teléfono desde su dormitorio.

El juez Erwood miró pensativamente a Ferney.

—Desde luego, en su testimonio dio usted esta impresión, señor Ferney —dijo.

—Bueno, no era éste mi propósito. Es decir, desde… Bueno, solía contestar al teléfono desde allí. Pero en esta ocasión, a causa de la presencia de la doctora Callison era distinto.

—¿Desde dónde habló usted? —preguntó Mason.

—Desde el estudio.

—¿El estudio de Meridith Borden?

—Sí.

—A ver si podemos aclarar la cuestión de la doctora Callison. ¿Es veterinaria?

—Sí.
—¿Y había estado cuidando uno de los perros?
—Sí.
—¿Y debía usted ir a verla y recoger el perro?
—Sí.
—¿A qué hora?
—Hacia las nueve.
—¿Pero no fue usted a esta hora?
—No, señor.
—¿Cuándo fue?
—Hacia las diez y media.
—¿Por qué no fue a las nueve?
—Me dormí.
—¿Se durmió? —preguntó Mason con voz sorprendida.
—Está bien, si quiere saberlo, bebí demasiado. Fui a una fiesta en casa de mi novia, y me dormí.
—¿Y quién es su novia?
—Loretta Harper.
Mason frunció el ceño.
—¿Ha estado casado?
—Sí.
—¿Se ha divorciado alguna vez?
—Señoría —dijo Sam Drew—, esto es innecesario, improcedente e inoportuno. No es un contrainterrogatorio adecuado.
—Por el contrario —dijo el juez Erwood—. Éste es un asunto por el que el Tribunal siente mucho interés. La declaración de este testigo indica una serie muy especial de circunstancias, y como, por lo visto, se confía en él para refutar la declaración del testigo de la defensa, el Tribunal quiere llegar al fondo de la cuestión. Que conteste a la pregunta.
—Sí, estoy casado. No me he divorciado.
—¿Cómo se llama su esposa?
—Es modelo. Trabaja con el nombre profesional de Dawn Manning.
—Muy bien —dijo Mason—. Aclaremos esto bien. En el citado lunes, día ocho de este mes, en la noche en que se cometió el crimen, usted fue al apartamento de Loretta Harper. ¿Dónde está situado?

—Queda a unos dos kilómetros al sur de la finca de Borden, en la ciudad de Mesa Vista.

—¿A qué hora fue allí?

—Fui en cuanto abandoné la casa de Borden.

—¿No cenó usted en casa de Borden?

—No. La señorita Harper había preparado la cena para dos amigos y para mí. Éramos cuatro.

—¿Y se emborrachó usted?

—Bueno, no tanto. Tomamos varios combinados antes de cenar e hicimos diversos brindis. Creo que bebí en exceso. Yo preparaba los combinados en la cocina. En la coctelera quedó bastante líquido y no quería tirarlo. De modo que cometí la imprudencia de bebérmelo. Después bebimos vino con la comida y empecé a sentirme algo mareado. No estaba borracho, pero sentía un poco el licor y empezó a entrarme sueño.

—¿Y qué ocurrió?

—Apoyé la cabeza en una mano y… Bueno, creo que me dormí en la mesa. Me metieron en el dormitorio y me quedé tendido en la cama.

—¿Con la ropa puesta?

—Creo que me quitaron los zapatos, y también la americana que colgaron del respaldo de una silla… Bueno, lo primero que recuerdo fue que Loretta me despertó cuando eran las diez y veinte. Loretta acababa de llegar y me contó que alguien la había retenido, y…

—No explique lo que alguien pudo decir —le interrumpió pomposamente Hamilton Burger—. Limítese a describir lo que ocurrió. Como el señor Mason está tan interesado en puntualizar el elemento tiempo, dejémosle que se entere de todos los hechos.

—Bueno, le pregunté durante cuánto tiempo había estado dormido y luego consulté mi reloj, y de repente recordé que tenía que ir a casa de la doctora Callison a recoger a aquel perro. Pedí a uno de los invitados que telefonease a la doctora y le dijese que iba en seguida. Y, créame, corrí hasta mi coche.

—¿Lo había dejado aparcado frente a la casa?

—Esto es. ¿Dónde, si no?

El juez Erwood dijo:

—El testigo se limitará a contestar a la pregunta. Sus observaciones son improcedentes. La defensa sólo trata de que la

cuestión quede bien clara y el Tribunal confiesa que también desea aclararla todo lo posible. Prosiga, señor Mason.

—¿Y luego? —preguntó Mason—. ¿Qué hizo después?

—Tardé un buen rato en llegar a casa de la doctora Callison. Ella se mostró muy comprensiva. Le expliqué que había bebido un poco, de modo que ella sacó su coche y me condujo a casa de Borden.

—¿Por qué puerta?

—Por la posterior.

—¿Tenía usted llave?

—Sí; queda más cerca de las perreras.

—¿Y qué hizo después?

—Encerré al perro y… eso fue todo.

Mason miró pensativamente al testigo.

—¿Por qué la doctora Callison no dio media vuelta y regresó en su auto?

—Quería entrar y hablar con el señor Borden.

—Así, pues, ¿a qué hora entraron en la casa?

—A las once menos minutos, tal vez menos cuarto.

—Y trató usted de localizar al señor Borden, ¿no es cierto?

El testigo vaciló.

—Conteste —dijo Mason—. ¿Trató de localizar al señor Borden?

—Bueno, fui al estudio y él no estaba allí.

—¿Y qué hizo entonces?

—Invité a sentarse a la doctora Callison, mientras yo iba en busca del señor Borden, y… Bueno, le hice los honores.

—¿Qué quiere decir?

—Le ofrecí una bebida.

—¿Qué quiere decir con esto?

—Saqué una botella de licor del departamento que hay detrás del bar y le preparé una bebida.

—¿Tiene por costumbre «hacer los honores» a los invitados cuando el señor Borden no está?

—Bueno, por lo general, no, pero la doctora Callison es… Bueno, una especie de visitante privilegiada y especial.

—Entiendo. ¿Qué ocurrió después?

—Busqué al señor Borden.

—¿Le llamó en voz alta?

—Sí.

—¿Contestó él?

—No.

—¿Y qué pasó después?

—No recuerdo muchos detalles, pero sé que sonó el timbre de alarma, se encendieron las luces y oí ladrar a los perros.

—¿Y qué?

—Bueno, entonces salí corriendo y traté de averiguar a qué se debía aquella conmoción. Silbé a los perros para que volvieran y los encerré en la perrera. Cuando entré de nuevo, la doctora Callison estaba al teléfono y hablaba con alguien. Supongo que era con alguien que estaba en la puerta.

—No es preciso que nos cuente sus suposiciones —interrumpió Drew.

—El Tribunal sacará sus propias conclusiones y suposiciones, señor acusador —observó secamente el juez Erwood—. El testigo puede continuar.

—Bueno, entonces el teléfono siguió tocando y tocando, de modo que yo contesté y… Bueno, entonces dije que yo era Borden.

Mason se volvió hacia la mesa del fiscal.

—Deseo preguntar a la acusación si los negativos impresionados que había en el estudio y en la cámara han sido revelados y reproducidos. Creo recordar que la acusación se ha ofrecido a mostrarnos esas «fotos».

—¿Las tiene usted, señor fiscal? —preguntó el juez Erwood—. Este Tribunal continúa muy interesado en verlas.

Hamilton Burger respondió:

—Estoy completamente seguro, con la venia del Tribunal, de que esas «fotos» no guardan ninguna relación con este caso. La acusación y la policía opinan que esas «fotos» fueron hechas en una fecha muy anterior.

—Lo que he preguntado es si las tiene usted —replicó el juez Erwood con bastante sequedad.

—Sí, Señoría, las tengo.

—Sírvase sacarlas, por favor, y entregarlas al Tribunal. Y creo que debería enseñar una copia al abogado defensor.

—Vamos a protestar si se trata de aportar esas «fotos» como pruebas —dijo Hamilton Burger—. Estamos dispuestos a enseñarlas al Tribunal, si éste lo exige, pero no constituyen una prueba

adecuada y no guardan relación con el caso. Estamos bastante seguros de que fueron tomadas varios días antes.

—¿Por qué no desea que se las acepte como prueba? —preguntó con curiosidad el juez Erwood.

—Cuando el Tribunal vea la naturaleza de las «fotos», lo comprenderá —dijo Hamilton Burger—. El fallecido era aficionado a la fotografía. Evidentemente, iba a participar en una especie de concurso con otros aficionados a la fotografía, y se trataba de formar un álbum de «fotos» artísticas. No hay nada verdaderamente ilegal o indecente en ellas, pero no dejan de ser unas fotografías muy hermosas de una mujer muy atractiva. El Tribunal se hará cargo del partido que la prensa sensacionalista sacaría de unas pruebas semejantes.

Hamilton Burger entregó al juez una serie de fotografías, tamaño 13 por 18, y luego, a regañadientes, alargó otras copias a Perry Mason.

Mason las contempló con expresión pensativa.

Las fotografías mostraban a Dawn Manning posando desnuda sobre un fondo oscuro. Ofrecía a la cámara su costado izquierdo. Las poses eran artísticas, con el brazo izquierdo adelantado y la pierna izquierda extendida hacia atrás, rozando apenas el suelo con los dedos. Estaba ligeramente inclinada hacia delante. Por lo visto, el propósito del fotógrafo había sido dar una sensación de movimiento. La pose era notablemente similar a la de los adornos metálicos que años atrás decoraban el tapón del radiador de los automóviles.

El juez Erwood enarcó las cejas mientras miraba las fotografías, y pasó un buen rato examinándolas. Asintió lentamente con la cabeza.

—Estas fotografías son muy artísticas —dijo—. Voy a permitir que sean presentadas como prueba si la defensa así lo solicita.

—La defensa solicita que sean aceptadas como prueba —dijo Mason.

—No demuestran nada —protestó el fiscal Burger.

—Pueden o no demostrar algo —dictaminó el juez—, pero son aceptadas como prueba.

—Sólo una pregunta más al testigo, con la venia del Tribunal —dijo Mason, volviéndose hacia Ferney—. ¿Había visto estas

fotografías?

—No, señor.

—Entonces, será mejor que las mire —dijo el juez Erwood.

Ferney miró las fotografías que le alargaba Mason.

—¡Pero si es Dawn! —exclamó—. Es mi esposa.

Ahora fue Mason quien hizo una reverencia a Hamilton Burger y le dejó aquel regalo.

—Eso es todo —dijo—. No tengo nada más que preguntar a este testigo.

Burger y Drew sostuvieron una acalorada conferencia, tratando de decidir si debían dejar que el testigo se retirara o hacerle más preguntas.

Finalmente, Drew obtuvo lo que parecía una recelosa autorización por parte de Hamilton Burger y se puso en pie.

—Señor Ferney —dijo Drew—, sólo para aclarar los puntos esenciales de ese caso, voy a hacerle otra pregunta: ¿fue usted quien habló por el teléfono poco después de las once de la noche?

—Sí, señor.

—¿Fue usted quien dijo que era Meridith Borden?

—Sí, señor.

—Por lo que usted sabe, Meridith Borden no estaba vivo a aquella hora. ¿Puede usted asegurar si lo estaba o no?

—No, señor.

—¿Le llamó en voz alta?

—Sí, señor.

—¿Y él no contestó?

—No.

—¿Y la doctora Margaret Callison fue la mujer que se puso al teléfono cuando sonó hacia las once?

—Sí, señor.

—Gracias —dijo Sam Drew—. Eso es todo.

Mason manifestó:

—No tengo más preguntas que hacer a este testigo, pero, con la venia del Tribunal, desearía llamar al estrado a Harvey Dennison, para hacerle nuevas preguntas.

—¿El dueño de la armería de donde desapareció el revólver? —preguntó Hamilton Burger.

—Esto es.

—¿Alguna protesta? —inquirió el juez Erwood.

Hamilton Burger sonrió.

—Ninguna, Señoría. La defensa puede interrogar cuanto desee al señor Dennison.

Harvey Dennison volvió a ocupar el sillón de los testigos.

—Señor Dennison, ¿conoce usted a una joven llamada Dawn Manning? —preguntó Mason.

—Sí, señor.

—¿Trabajó alguna vez a sus órdenes?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—Hace unos tres años, trabajó para nosotros durante… ¡Oh!, creo que unos seis meses.

—¿Trabajaba Dawn Manning con usted por la época en que el revólver «Colt» número 613096 desapareció de la tienda? —preguntó Mason.

—¡Un momento, un momento, Señoría! —protestó Hamilton Burger—. Éste no es un contrainterrogatorio oportuno, esto es hacer una acusación solapada que resulta completamente impropia e impertinente.

El juez Erwood movió la cabeza.

—Se rechaza la protesta. El testigo puede contestar.

—Trabajaba con nosotros —dijo Dennison.

—¿Era Dawn Manning su nombre de soltera?

—Lo era.

—¿Sabe cuándo se casó?

—No puedo darle la fecha exacta, pero trabajó con nosotros hasta su boda. Dejó el empleo para casarse.

—¿Sabe cómo se llamaba el hombre con quien se casó?

—No lo recuerdo.

—Gracias —dijo Mason—. Eso es todo.

—¡Eh, un momento, un momento! —dijo con rabia Hamilton Burger—. Se ha lanzado la acusación de que Dawn Manning robó ese revólver. Señor Dennison, ¿tiene alguna prueba, por leve que sea, que pueda hacerle pensar tal cosa?

—Ninguna en absoluto —manifestó Dennison. Y después añadió con firmeza—. Mi opinión sobre Dawn Manning es que se trata de una…

—Nadie ha solicitado su opinión —le interrumpió el juez Erwood—. Limítese a contestar las preguntas.

—¿Tuvo alguna vez motivos para dudar de su honradez? —preguntó Hamilton Burger.

—Nunca.

—¡Eso es todo! —exclamó, con furia, Burger.

Mason sonrió.

—¿Alguna pregunta más? —inquirió el juez Erwood.

Mason, aún sonriente, dijo:

—Usted no tiene motivos para dudar de la honradez de Dawn Manning, pero ella trabajaba en su establecimiento en la época en que desapareció el revólver. Ahora voy a preguntarle esto, señor Dennison: ¿Trabajó alguna vez para usted George Ansley, el encausado?

—¡Señoría! —vociferó Hamilton Burger—. Esto es impropio, esto es bochornoso. Así no se puede realizar un contrainterrogatorio.

El juez Erwood sonrió a su pesar.

—Creo que la pregunta, en sí, es adecuada. El testigo puede contestar sí o no.

—No —dijo Harvey Dennison—. George Ansley nunca ha trabajado para nosotros.

—Por lo que usted sabe, ¿ha estado alguna vez en su tienda?

—No.

—He terminado —dijo Mason.

—No hay más preguntas —manifestó Hamilton Burger, tan congestionado de rabia que apenas si pudo hablar.

El juez Erwood, todavía con una ligera sonrisa, dijo:

—Esto es todo, señor Dennison. Puede usted retirarse.

Drew y Hamilton Burger sostuvieron una conversación en voz baja, tras la cual el primero se puso en pie.

—Señoría, parece que, pese a los esfuerzos desesperados de la defensa para incluir a otra persona en este caso, el encausado carece de coartada y, dadas las circunstancias, no puede tenerla. Parece evidente que Meridith Borden yacía muerto en el estudio, que fue muerto por un arma que más tarde se encontró en poder del encausado, que éste había proferido amenazas de muerte contra Borden y que el encausado tuvo el motivo y la oportunidad de

llevar a cabo su amenaza. En vista de que se trata de una audiencia preliminar, no acabo de ver qué más pruebas hacen falta para conseguir que el encausado pase a disposición de un tribunal superior.

El juez Erwood vaciló por un momento y luego asintió lentamente con la cabeza.

—Un momento —dijo Mason—. No creo que el caso esté listo ya. La acusación estaba tratando de refutar mis pruebas.

—Bueno, ya hemos terminado. No queremos aportar ninguna prueba más —dijo Drew.

—En tal caso —anunció Mason cortésmente—, la defensa desea hacerlo. Quiero solicitar el testimonio de Loretta Harper.

—Que se adelante Loretta Harper y preste juramento —ordenó el juez Erwood.

Loretta Harper avanzó con la cabeza muy erguida, y los labios contraídos, en signo de firme determinación. Prestó juramento y se sentó en el sillón de los testigos.

Mason inició su interrogatorio.

—¿Se llama usted Loretta Harper?

—Sí, señor.

—¿Dónde reside?

—En Mesa Vista.

—¿A qué distancia queda eso de la finca de Meridith Borden?

—A unos dos kilómetros.

—¿Conoce usted al encausado, George Ansley?

—Hasta que le vi en la finca de Borden, no había tenido ocasión de conocerle.

—¿Conoce a Frank Ferney?

—Le conozco.

—¿Conoce a su esposa, que trabaja con el nombre profesional de Dawn Manning?

—Sí, señor.

—¿Tiene usted motivos para recordar la noche del lunes, ocho del corriente?

—Sí, desde luego.

—¿Quiere contarnos lo que ocurrió exactamente esa noche?

—Protesto —dijo Hamilton Burger—. Esta pregunta es inconcreta, impertinente e improcedente. Lo que ocurrió a este

testigo la noche del asesinato no guarda ninguna relación con lo que hasta ahora se ha expuesto en este caso.

El juez Erwood quedóse pensativo un momento y después se volvió hacia Mason.

—¿Puede concretar su pregunta? —inquirió.

—Con referencia a lo que ocurrió en la finca de Meridith Borden —añadió Mason.

—Con esta aclaración, se rechaza la protesta —dictaminó el juez.

—Desde luego que sí. Sé exactamente lo que sucedió.

—Explíquenos, por favor, lo que sucedió, empezando por la hora en que tuvo ocasión de estar en el interior o en las cercanías de la finca de Meridith Borden.

—Dawn Manning me hizo trasponer las puertas —dijo ella—. Dawn perdió el dominio del auto. Trataba de conducir con una mano y sostener un revólver con la otra y…

—¡Un momento, un momento! —interrumpió Hamilton Burger —. Con la venia del Tribunal, se está hablando de cosas completamente ajenas al asunto. La respuesta demuestra con mayor claridad que cualquier objeción que yo pudiese presentar, el error de permitir que la defensa convoque a un testigo y le haga una pregunta ambigua relativa a actividades que en nada se relacionan con lo que se ha expuesto ante este Tribunal.

El juez Erwood intervino de nuevo:

—Voy a hacer una pregunta a la testigo. ¿A qué hora ocurrió eso, señorita Harper?

—¿Se refiere a cuando entramos en la finca de Borden?

—Sí.

—Pues calculo que alrededor de las nueve de la noche.

—Se rechaza la protesta —dijo el juez Erwood—. La testigo puede proseguir su relato. Los abogados de ambas partes observarán que estamos ocupándonos de acontecimientos que ocurrieron en el lugar de autos cuando se cometió el crimen y a una hora que, según indica el testimonio médico, pudo ser la del asesinato. En estas circunstancias, la defensa tiene derecho a convocar cualquier testigo y hacer cualquier pregunta que aporte luz a lo que ocurrió. Éste es un Tribunal de justicia y no un gimnasio en el que los abogados pueden entregarse a contorsiones legales. Continúe, señorita

Harper.

—Dawn Manning conducía con una mano. En la otra sostenía un revólver. La carretera estaba mojada, y ella perdió el dominio del coche, que empezó a resbalar. En aquel preciso momento, otro auto, conducido por George Ansley, el encausado aquí presente, salía de la residencia de Borden.

—¿Y qué ocurrió después?

—El coche que conducía Dawn Manning rozó la parte delantera del de Ansley y luego atravesamos un seto y el auto volcó.

—Prosiga.

—Yo fui arrojada del auto al producirse el vuelco. Tuve la suerte de resbalar sobre la hierba mojada y apenas me hice daño.

—Continúe —dijo Mason—. ¿Qué ocurrió?

El juez Erwood estaba inclinado hacia adelante y con una mano hacía pantalla en la oreja a fin de no perderse ni una sola palabra.

En la mesa del fiscal, Sam Drew y Hamilton Burger sostenían una prolongada conferencia. Era evidente que distaban de sentirse satisfechos.

—Bueno —continuó Loretta Harper—, lo primero que se me ocurrió…

Mason alzó una mano.

—No nos interesa lo que usted pensara —dijo el juez Erwood—. Nos interesa saber lo que hizo.

—Bueno, me puse en pie y permanecí inmóvil un momento y entonces vi que el señor Ansley se acercaba con una linterna. Sin embargo, ésta iluminaba muy débilmente y apenas servía de nada.

—Cuando dice que se acercaba el señor Ansley, ¿se refiere al encausado, aquí presente? —inquirió Mason.

—Sí, señor.

—¿Y qué hizo el señor Ansley?

—El señor Ansley rodeó el coche, y entonces vi a Dawn Manning que estaba tendida en el lugar hasta donde había resbalado después de ser expulsada del coche. Estaba inconsciente.

—¿Y qué ocurrió?

—El señor Ansley se inclinó sobre ella para examinarla y entonces se apagó la luz y resultó imposible ver nada. Él tiró la linterna.

—¿Vio cómo la tiraba?

—Bueno, vi que echaba hacia atrás una mano. Lo distinguí muy confusamente. Estaba muy oscuro, pero me di cuenta de eso, y luego vi el reflejo de una luz sobre la superficie de la linterna y oí el impacto cuando golpeó contra el suelo.

—Prosiga —dijo Mason—. ¿Qué ocurrió después?

—El señor Ansley inició la vuelta hacia la casa. Comprendí que iba a…

—No nos cuente sus impresiones —dijo Mason—. Sólo nos interesa saber lo que hizo.

—Bueno, cogí a Dawn por los tobillos y tiré de ella hasta una distancia de… cuatro o seis metros, hasta dejarla pegada a la pared.

—¿Y luego?

—Luego, yo… Bueno, coloqué mi ropa tal como estaba la de ella y me coloqué en el lugar que ella había ocupado. Después grité pidiendo ayuda.

—¿Y qué?

—Esperé unos segundos y volví a pedir socorro.

—¿Y qué?

—Entonces oí unos pasos que se me acercaban. El señor Ansley volvía al lugar del accidente. Es lo que yo deseaba.

—Continúe. ¿Qué hizo usted?

—Esperé hasta que él estuvo lo bastante cerca para ver en qué posición estaba yo, y luego me incorporé, me bajé la falda y le pedí que me ayudara a levantarme.

—¿Qué hizo él?

—Me dio la mano y yo me puse en pie. Él me preguntó si estaba herida, y al decirle que no, se ofreció a acompañarme a mi casa.

—¿Y dónde estaba Dawn Manning entretanto? —preguntó Mason.

—Dawn Manning —contestó ella con acento rencoroso—, había recuperado él sentido, había recogido el revólver y se había marchado…

—¡Un momento, un momento! —interrumpió Hamilton Burger —. Con la venia del Tribunal, creemos que la testigo está declarando cosas que no puede saber por sí misma.

—¿Vio usted a Dawn Manning recoger el revólver? —preguntó el juez Erwood.

—No, señor. Sólo sé lo que ella debió hacer. Fue exactamente lo

que ocurrió. Ella no estaba ya tendida cuando yo me puse en pie. Había recuperado el sentido y había…

—Bueno, espere —interrumpió el juez Erwood—. Quiero que entienda usted, señorita Harper, que sólo puede testificar acerca de hechos que conoce por sí misma, no acerca de conjeturas. Veamos, ¿vio usted a Dawn Manning recobrar el sentido y ponerse en pie?

—No, no la vi, pero cuando yo me hube puesto en pie y después de hablar unos pocos minutos con el señor Ansley, y convenir con él que me llevaría hasta mi casa, tuve que pasar por delante del auto y observé que Dawn Manning ya no estaba donde la había dejado. Había recuperado el sentido y se había marchado.

—¿La vio usted marcharse?

—No, pero sé que no estaba donde yo la había dejado.

—Entonces, eso es lo único que puede declarar. Prosiga su interrogatorio, señor Mason.

—¿La llevó a su casa el encausado? —preguntó Mason.

—No.

El juez Erwood miró a la testigo con el ceño fruncido.

—Creía haberla oído decir que la llevó a su casa.

—Él imaginó que me llevaba a casa, pero no lo hizo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó con impaciencia el juez Erwood.

—Le pedí que me llevara a casa, y él accedió. Me preguntó dónde vivía y le contesté que en los «Apartamentos Ancordia», a donde me condujo.

—¡Entonces, la llevó a su casa! —exclamó el juez Erwood.

—No, no lo hizo.

El rostro del juez se congestionó.

—Creo que la testigo quiere decir que ella no vive en los «Apartamentos Ancordia» —apresuróse a explicar Mason.

—Entonces, ¿por qué la llevó allí?

—Porque ella le dijo que allí era donde vivía.

El juez Erwood volvió a mirar a la testigo.

—¿Quiere decir que le mintió?

—Sí, Señoría.

—¿Por qué?

—Con la venia del Tribunal —dijo Hamilton Burger—, y con todos los respetos a esta pregunta, creo que nos estamos adentrando

en terrenos completamente ajenos al asunto.

—Sí, supongo que sí —dijo el juez Erwood—. Después de todo, se trata de un primer interrogatorio. Tiene usted derecho a contrainterrogar. La situación parece confusa a este Tribunal. Sin embargo, cuando analicemos la declaración de esta testigo, puede resultar que lo único que demuestra es que hubo otra persona en la escena del crimen…

El juez Erwood se frotó pensativamente la barbilla y después encaróse con la testigo.

—¿Está segura de que la señora Ferney, o Dawn Manning, como usted llama, se había movido antes de marcharse usted de la propiedad?

—Completamente segura, Señoría. Y también lo estoy de que fue a la casa de Meridith Borden.

—¿Por qué afirma esto?

—Allí fue fotografiada.

—Ésta es una conclusión de la testigo —dijo el juez Erwood—. No se tendrán en cuenta sus palabras. No es necesario que lo solicite usted, señor fiscal; el Tribunal las elimina por propia iniciativa.

Mason se adelantó y enseñó a la testigo las fotografías de Dawn Manning.

—¿Reconoce estas fotografías? —preguntó.

—¡Sí! —exclamó ella.

—¿Quién aparece en ellas?

—Dawn Manning.

—Explique al Tribunal si se trata de la misma persona a la que se ha referido usted cuando ha dicho que entró en la finca de Meridith Borden a las nueve de la noche del ocho del corriente.

—La misma.

Mason se volvió hacia la mesa del fiscal.

—Puede contrainterrogar a la testigo —dijo a Burger.

De nuevo se produjo una conferencia en voz baja.

Por último, Hamilton Burger se levantó pomposamente.

—Usted ignora si Dawn Manning, según la llama, llegó a acercarse a aquella casa, ¿no es cierto, señorita Harper?

—Claro que lo sé.

—¿Por su propio conocimiento?

—Bueno, estoy tan segura como de cualquier otra cosa. Sus fotografías estaban allí.

—¡No discuta conmigo! —dijo Hamilton Burger apuntando a la testigo con un dedo—. Sólo lo deduce a causa de estas fotografías, ¿no es así?

—¡No! —gritó ella.

—¿No? —repitió sorprendido Hamilton Burger.

—¡Esto es! —replicó ella—. ¡He dicho, no!

—¿Quiere decir que tiene otro medio de saberlo?

—Sí.

Hamilton Burger, dándose cuenta de que se había metido en un atolladero, vaciló entre hacer la pregunta lógica que se imponía, o tratar de desviarse del tema.

Fue el juez Erwood, quien, muy interesado en el caso, resolvió el dilema.

—Si tiene algún otro medio de información —dijo— que pueda probar que Dawn Manning fue a la casa, y no lo ha manifestado aún, le aconsejo que nos diga cómo sabe que ella estuvo en la casa.

—Frank Ferney llamó a la puerta del estudio —dijo Loretta Harper—. Una mujer dijo «Márchese» y Frank reconoció la voz de su ex esposa.

—¿Cómo lo sabe? —gritó Hamilton Burger.

—Me lo ha contado el propio Frank.

—Solicito que esta afirmación de la testigo sea desechada, y asimismo que se eliminen sus afirmaciones de que Dawn Manning fue a la casa, pues se trata de una conclusión a que ha llegado la testigo, basándose en afirmaciones de otras personas —dijo Hamilton Burger.

—Se acepta la petición —dictaminó el juez Erwood, pero en su rostro se dibujó una expresión pensativa.

—No hay más preguntas —dijo Hamilton Burger.

—Yo tampoco tengo nada más que preguntar —manifestó Mason.

La testigo se dispuso a abandonar el estrado.

—Un momento —dijo el juez Erwood—. Ésta es una situación muy particular. Desde luego, el Tribunal se da cuenta de que, según la ley, las pruebas deben limitarse a hechos concretos, y que no pueden aceptarse pruebas aportadas por terceras personas. Pero

aquí tenemos una situación muy desacostumbrada. El Tribunal se propone hacer unas cuantas preguntas para tratar de aclarar algo el asunto.

El juez se encaró con la testigo.

—Señorita Harper, ¿ha afirmado usted que Dawn Manning conducía el auto?

—Sí, Señoría.

—¿Con una mano?

—Sí.

—¿Y con la otra sostenía un revólver?

—Sí.

—¿A dónde apuntaba con el revólver?

—A mí.

—¿Cómo es que iba usted en el auto de Dawn Manning?

—Me obligó a subir con amenazas.

—¿De modo que durante todo el tiempo tuvo el revólver?

—Sí, Señoría.

—Desde luego, usted no tiene medio de saber si ese revólver era el que, según el testimonio del experto en balística, fue utilizado para disparar la bala fatal.

Loretta Harper dijo:

—Parecía el mismo revólver. Ella robó el auto, y con la misma facilidad hubiese podido robar el arma. Frank Ferney ha tratado de protegerla. Oblíguele a contar lo que ocurrió.

El juez Erwood se apresuró a decir:

—Bueno, ahora sí que nos estamos metiendo en un asunto completamente ajeno a la cuestión. Esta última frase es improcedente por completo. Sin embargo, lo que parecía ser un caso muy sencillo se está complicando cada vez más. ¿Tiene más preguntas que hacer, señor fiscal?

—No, Señoría.

—¿Señor Mason?

—Deseo llamar de nuevo al señor Ferney —dijo Mason—, para hacerle otras preguntas.

—Con la venia del Tribunal, protestamos —manifestó Hamilton Burger—. La acusación ha terminado su caso y la defensa ha tenido amplias oportunidades de interrogar al señor Ferney en todo cuanto se refiere a su testimonio.

—Este Tribunal cree adivinar la pregunta que el señor Mason desea hacer al señor Ferney —dijo el juez Erwood—. Y como el orden de la vista queda al buen criterio del Tribunal, éste considera que debe rechazar la protesta. De hecho, si el señor Mason no lo hubiese solicitado, el Tribunal, por propia iniciativa, hubiese requerido al señor Ferney para que volviese al estrado de los testigos. Se acepta su petición, señor Mason. Señor Ferney, acérquese de nuevo.

Ferney volvió a ocupar el sillón de los testigos.

—Adelante, señor Mason. Continúe su contrainterrogatorio.

Mason prosiguió:

—Volviendo al tiempo en que, según ha testimoniado antes, estuvo usted buscando a Meridith Borden después de que usted y la doctora Callison hubieron entrado en la casa. ¿Subió usted a la habitación utilizada como estudio fotográfico?

—Sí, señor.

—¿Estaba la puerta abierta o cerrada?

—Estaba cerrada.

—¿Llamó a esa puerta?

—Sí.

—¿Y qué ocurrió?

—Oí una voz de mujer que gritaba: «Márchese».

—¿Por qué antes no nos ha contado esto?

—Porque no me lo han preguntado.

—¿No se le preguntó si había tratado de localizar a Borden, sin resultado, y si le había llamado por su nombre, sin obtener respuesta?

—Le llamé por su nombre. Y no obtuve respuesta. He dicho la verdad.

—Pero afirma que había una mujer en el estudio.

—Desde luego. Allí había mujeres con mucha frecuencia. Hasta ahora, nadie me había hecho preguntas sobre esto.

—¿Y ella dijo «Márchese»?

—Sí.

—Ahora voy a preguntarle si cree conocer la identidad de la mujer que estaba al otro lado de la puerta.

Ferney vaciló y dijo en voz baja:

—Creo que sí.

—¿Quién era?

—Mi esposa, Dawn.

—¿Quiere decir la mujer que ha sido descrita como Dawn Manning, y también como señora de Frank Ferney?

—Exactamente.

—¿Era su esposa?

—Sí, señor.

—Eso es todo —dijo Mason.

—No tengo nada que preguntar —manifestó Hamilton Burger.

—Un momento —intervino el juez Erwood—. A este Tribunal le desagrada verse obligado a efectuar el interrogatorio de los testigos, pero ciertamente ésta es una situación muy extraordinaria. Señor Ferney…

—Dígame, Señoría.

—Cuando ha testificado usted hace un rato, ¿por qué no declaró que oyó la voz de una mujer al otro lado del estudio?

—Nadie me lo ha preguntado.

—¿No intentó usted abrir la puerta?

—No, señor.

—¿Estaba cerrada?

—Lo ignoro.

—¿No resulta extraño que una persona oiga la voz de su esposa tras de una puerta y se limite a dar media vuelta, sin tratar de abrirla?

—No, Señoría. Aquella puerta tenía que permanecer cerrada. Nunca se sabía si se estaba utilizando el cuarto oscuro, o bien si el estudio se usaba para fines fotográficos. Si en aquel momento yo llego a abrir la puerta, él me hubiese despedido en el acto. También deseo hacer observar al Tribunal que mi esposa y yo estamos separados, y el hecho de que no se haya efectuado el divorcio es únicamente culpa mía.

—¿En qué sentido es culpa de usted?

—Fui a Reno y fijé mi residencia. Mi propósito era obtener el divorcio. El caso estaba listo para su presentación al Tribunal, pero tuve una disputa con mi abogado. Consideré que trataba de engañarme y decidí prescindir de él.

El juez Erwood miró a Ferney con una expresión intrigada.

—Considero que este asunto debería ser aclarado —dijo,

mientras dirigía su mirada al fiscal.

—No tenemos más preguntas que hacer —dijo Burger obstinadamente.

El rostro del juez Erwood mostró enojo. Volvióse hacia Perry Mason.

El abogado se inclinó ante el Tribunal.

—Con permiso de la sala —dijo, y poniéndose en pie, se acercó al desconcertado testigo—. Aclaremos la distribución de su tiempo durante la noche del crimen. ¿Ha dicho que salió de casa de Borden un poco después de las seis?

—Sí.

—¿Y a dónde fue?

—Al apartamento de Loretta Harper, mi novia.

—¿Sabía su novia, como usted la llama, que no estaba divorciado?

—Entonces, no. Me creía divorciado.

—¿Le mintió usted?

Ferney enrojeció, y por un momento, pareció a punto de contestar bruscamente: pero, por fin, se contuvo con un esfuerzo.

—¿Le mintió usted? —repitió Mason.

—Está bien —dijo Ferney con tono desafiante—, le mentí.

—¿Quién estaba presente cuando llegó al apartamento de la señorita Harper?

—Sólo ella.

—¿Llegaron más tarde otras personas?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo más tarde?

—Unos quince o veinte minutos.

—¿Quiénes eran esas personas?

—El señor Jason Kendell y su esposa.

—¿Hasta cuándo se quedaron?

—Se quedaron hasta… bueno, hasta bastante tarde, hasta que Loretta, quiero decir la señorita Harper, regresó después de haber sido raptada.

—Cuando dice raptada, ¿a qué se refiere?

—Con la venia del Tribunal —intervino Hamilton Burger—. Considero que este testigo puede no saber lo que le sucedió a la señorita Harper…

—Yo no le pregunto lo que le sucedió —dijo Mason—. Me limito a pedirle que defina lo que quiere decir al utilizar la palabra raptada.

—Es de suponer que el testigo comprende la significación de las palabras que usa —dijo el juez Erwood—. Se acepta la objeción.

—Está bien —dijo Mason al testigo—. Fue usted a ese apartamento. ¿En qué planta está?

—En la cuarta.

—¿Bebió varias copas?

—Sí.

—¿Y cenó?

—Sí.

—¿Y después se mareó un poco?

—Mucho.

—¿Se embriagó?

—Sí, me embriagué.

—¿Y qué ocurrió después?

—Me dormí en la mesa.

—¿Qué sabe de esto? ¿De qué se acuerda?

—Me parece recordar vagamente que me pusieron en la cama.

—¿Quién lo hizo?

—Jason y Millicent, es decir, el señor y la señora Kendell, ayudados por la señorita Harper. Recuerdo que me quitaron los zapatos, y después, nada más hasta que me desperté al oír bastante alboroto, es decir, voces excitadas, y consulté mi reloj.

—¿Seguía aún embriagado?

—No, la embriaguez desapareció con el sueño. Pero sentía la cabeza pesada.

—¿Y entonces la señorita Harper volvía a encontrarse en el apartamento?

—Esto es.

—¿Y entonces llamó usted a la doctora Callison?

—No esperé a llamarla. Pedí a uno de los otros que la llamara y dijese que yo estaba en camino, y después corrí hacia mi auto y conduje hasta las perreras.

—Eso es todo —dijo Mason.

Loretta Harper se levantó de un salto.

—¡Cuéntales la verdad, Frank! —gritó—. ¡Deja de protegerla!

Señor Mason, pregúntele lo que dijo a la doctora Callison. El…

—¡Basta! —cortó el juez Erwood, golpeando el pupitre con su martillo—. Señorita Harper, acérquese.

Loretta Harper se adelantó con el rostro rojo de indignación.

—¿No sabe usted que de ninguna manera puede usted levantarse en medio del juicio y hacer comentarios de esta clase? —preguntó el juez Erwood.

—No he podido evitarlo, Señoría. Él sigue ocultando cosas y tratando de protegerla. Él oyó…

—Bueno, un momento —dijo el juez Erwood—. La situación se escapa por completo de nuestras manos. No me interesa escuchar ningún otro comentario suyo, señorita Harper. Si sabe usted algo acerca del caso, es distinto. Pero este Tribunal no puede admitir estas intervenciones por parte de los espectadores. Este Tribunal se propone sancionarla por desacato al mismo al interrumpir la vista y al portarse de una manera que le consta es impropia. El Tribunal determinará más tarde la cuantía de la sanción. Pero, por el momento, debe considerarse sancionada y técnicamente está usted sometida a custodia. ¿Lo entiende?

—Sí, señor.

—Llámeme Señoría.

—Sí, Señoría.

—Muy bien. Siéntese y permanezca callada.

El juez Erwood se volvió encolerizado hacia Frank Ferney.

—Señor Ferney —dijo—, declara usted bajo juramento. Se le ha convocado para que diga la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Ahora se ha colocado bajo una luz muy desfavorable, no sólo por su testimonio, sino por su manera de hacerlo. Este Tribunal ha agotado su paciencia para con usted. Y ahora, ¿hay algo que sepa por conocimiento directo y que pueda servir para aclarar el caso?

Ferney dirigió una mirada al suelo.

—¿Sí o no? —inquirió el juez Erwood.

—Sí —dijo Ferney.

—¿De qué se trata? —preguntó con aspereza el juez.

Ferney respondió:

—Cuando nos marchábamos en coche de la casa, me pareció oír… Bueno, en esto puedo estar equivocado. Yo…

—¿Qué le pareció oír? ¿Un disparo?

—Sí.

El juez Erwood miró sombríamente al testigo.

—¿Mencionó usted esto a la doctora Callison? —preguntó Mason.

—Protestamos —exclamó Burger.

—Se acepta la protesta.

—¿Iba usted en el auto con la doctora Callison? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Fue usted con ella hasta las perreras?

—Sí.

—¿A qué hora llegó allí?

—Hacia las once y media, o, tal vez, un poco más tarde.

—¿Y entonces recogió su propio automóvil?

—Sí.

—¿Y regresó a su habitación de la finca de Borden?

El testigo vaciló.

—No. Aquella noche no dormí allí.

—Eso es todo —anunció Mason.

—¿Alguna pregunta más? —preguntó el juez Erwood a Hamilton Burger.

—No, Señoría.

—El testigo puede retirarse —dijo el juez Erwood—, pero que no abandone la sala. Este Tribunal considera que su conducta ha sido reprobable. Ha tratado de ocultar ciertos hechos al Tribunal.

—Con la venia del Tribunal —dijo Mason—. Hay otra pregunta que desearía hacer.

—Adelante —dijo el juez Erwood.

—Desdichadamente, Señoría, no puedo concretar dando la fecha exacta, el lugar exacto ni las personas presentes, pero puedo hacerle la pregunta con carácter general. ¿No es cierto, señor Ferney, que en una ocasión, después de la noche del lunes, ocho del corriente, dijo usted a Loretta Harper que sabía que su esposa había asesinado a Meridith Borden, y que iba a tratar de protegerla?

—Un momento, un momento —gritó Hamilton Burger, poniéndose en pie—. Esta pregunta es impropia para un contrainterrogatorio. Protesto.

—¿Qué tiene de impropia en un contrainterrogatorio? —replicó el juez Erwood.

Hamilton Burger, cogido en falso, vaciló.

Sam Drew se puso en pie.

—Con la venia del Tribunal, no se ha fundamentado debidamente la pregunta. En una pregunta así debe especificarse la fecha exacta y las personas presentes. Además, la opinión de ese testigo carece por completo de valor.

El juez Erwood dijo:

—La defensa ha declarado que desconocía la fecha y las personas presentes. Sin embargo, ha preguntado concretamente al testigo si había sostenido cierta conversación con Loretta Harper. El objeto de esta pregunta no es demostrar un hecho, sino justificar los actos del testigo, su animosidad hacia ambas partes y sus razones para testificar de manera incompleta. Voy a permitir que conteste a esta pregunta.

Ferney se movió inquieto en su sillón.

—Bueno, es posible… que dijese…

—¿Sí o no? —dijo secamente el juez Erwood—. ¿Hizo usted tal afirmación?

—Bueno, sí la hice. Le dije eso.

—Eso es todo —manifestó Mason.

—¡Eso es todo! —repitió Hamilton Burger, sin ocultar su extremo enojo.

El juez Erwood declaró:

—El testigo puede retirarse.

—Con la venia del Tribunal —prosiguió Mason—, desearía que se enviara una citación a la doctora Margaret Callison, ruego al Tribunal un aplazamiento hasta que dicha citación haya sido entregada.

—¿Alguna objeción por parte del fiscal? —preguntó el juez Erwood.

—Sí, Señoría —dijo Sam Drew—. En primer lugar, la defensa ha tenido tiempo sobrado para preparar el caso. Además el caso ya ha quedado planteado. La acusación ha presentado sus testigos, la defensa también, se han efectuado los contrainterrogatorios oportunos y el caso ha quedado listo.

El juez Erwood miró a Mason y manifestó:

—El Tribunal va a aplazar la vista durante diez minutos señor Mason, tras de los cuales dictaminará acerca de su petición.

Mason se abrió camino entre los numerosos espectadores y cogió a Paul Drake por un brazo.

—Prepara una citación, Paul, y entrégala a la doctora Callison. Tráemela aquí. ¡Corre!

—¿No crees que se te conceda tiempo para que puedas presentarla? —preguntó Drake.

—No lo sé —dijo Mason—. Creo que me está dando una oportunidad de traerla sin tener que concederme el aplazamiento. Desde luego, el juez Erwood se proponía pararme los pies y demostrarme que ésta era sólo una vista preliminar en la que no podía hacer uso de mi pirotecnia legal. Ahora se siente interesado y… Muévete, Paul. En marcha.

—Ya lo estoy —dijo Drake.

—Tráela contigo, y a toda prisa —le dijo Mason.

Drake asintió con la cabeza y abandonó la sala del Tribunal.

Mason regresó hacia donde estaba Della Street.

—¿Qué hay? —preguntó ella.

—Que me ahorquen si lo sé, Della —respondió Mason—. En todo esto hay algo muy extraño.

—Pues yo creo que está bien claro —dijo la secretaria—. Frank Ferney trata de proteger a su esposa, o, mejor dicho, trataba de protegerla, y eso ha enfurecido a Loretta Harper.

—Se trata de algo más complicado que todo eso Della, ¿qué harías si fueses un político venal, si fingieses que sólo eres experto en relaciones públicas, que rehúsas actuar de intermediario en la distribución de soborno, que sólo actuases como consejero… y luego aceptases grandes cantidades de dinero que, a su vez, distribuyes como soborno?

Della Street hizo una mueca.

—Probablemente me suicidaría a la segunda noche. No creo que pudiera dormir conmigo misma en una cama.

—Pero imagínate que llegase un momento en que te acostumbrases y consiguieses vivir espléndidamente con estas actividades.

—¿A dónde vas a parar? —preguntó ella.

—Indudablemente —respondió Mason—. Borden debía adoptar

ciertas medidas para protegerse. Sabía que, cuando Ansley le visitaba, éste consideraba que entregaba dinero para un soborno. Borden tenía que aceptar ese dinero y utilizarlo para tales fines. Pero, para mantenerse aparentemente al margen, tenía que adoptar la posición de que actuaba como consejero en relaciones públicas.

»En tales circunstancias, si yo fuese Borden, hubiese conservado una grabación magnetofónica de todas las conversaciones que se celebrasen, para poder exhibirlas como prueba si se producía algún conflicto.

—¿Y qué? —preguntó ella.

—Nadie ha hablado de una grabación de la conversación sostenida por Ansley.

—¿Quisieras que hubiese una? ¿Ayudaría a nuestro cliente?

—En tal sentido, podría ayudarle mucho.

—¿En cuál? Me parece que no lo entiendo.

—Si Ansley hubiese ido a su casa para matarle, no le hubiese utilizado primero como consejero en relaciones públicas y matado después.

—Pero pudo haberse enfurecido después de sostener la conversación.

—Pudo —dijo Mason, sonriendo—, pero hay un detalle muy significativo que creo que nuestros amigos de la acusación han pasado por alto… ¿Dónde está el teniente Tragg? ¿Le has visto por aquí?

—Sí, está en la sala presenciando toda la vista.

—Magnífico. Tragg dirá la verdad.

Capítulo 11

Cuando el juez Erwood regresó a su sitio, Hamilton Burger se puso en pie para renovar su protesta.

—Con la venia del Tribunal —dijo—, si la defensa hubiese deseado llamar como testigo a la doctora Callison, la hubiera citado ya.

»Creo que el Tribunal se dará cuenta de que la defensa está realizando una actuación de tanteo, y trata de convocar al mayor número de testigos posible para averiguar lo que saben sobre el caso y saber cómo utilizar su testimonio cuando el caso se vea ante un tribunal superior.

»Me consta que los tribunales desaprueban, por lo general, tales tácticas y creo que este Tribunal estará de acuerdo conmigo en que últimamente ha habido cierta tendencia a transformar las audiencias preliminares en juicios espectaculares que rebasan en mucho las limitaciones propias de toda vista preliminar.

—¿Sigue usted oponiéndose a un aplazamiento que permita la presentación como testigo de la señora Callison? —preguntó el juez Erwood.

—Exactamente, Señoría. Y, además, deseo hacer observar que el caso ha alcanzado un punto de réplicas y de contrarréplicas. Si la defensa desea un aplazamiento para poder entregar esa citación, debería pedirlo formalmente y acompañar su petición con un certificado en el que se defina exactamente lo que espera que declare la doctora Callison, una vez haya prestado juramento como testigo. Con toda evidencia, la defensa no puede hacer eso porque está efectuando una labor de exploración para conocer las posibilidades del caso, y llamando a todos los testigos que considera pueden ser convocados más tarde por la acusación en el Tribunal Supremo.

Mason, sonriendo cortésmente, dijo:

—Bueno, con la venia del Tribunal, podemos discutir este punto dentro de un rato. En este momento tengo otro testigo al que quiero llamar otra vez para un nuevo contrainterrogatorio.

El rostro de Burger, se ensombreció.

—Ahí tiene, Señoría. La defensa sólo trata de ganar tiempo. Indudablemente ha enviado una citación a la doctora Callison y ahora llama a un testigo al que ya ha contrainterrogado, sólo para esperar a que llegue la doctora Callison.

—Al teniente Tragg, Señoría.

—A este Tribunal compete decidir sobre la oportunidad de su petición. Ya ha oído la acusación del fiscal del distrito, afirmando que el propósito de esta petición es solamente ganar tiempo para que llegue otro testigo, señor Mason.

—Sí, Señoría.

—¿Desea usted refutar tal acusación?

Mason sonrió y dijo:

—No por completo, Señoría. Espero tener aquí a la doctora Callison cuando haya terminado mi contrainterrogatorio del teniente Tragg. Pero también deseo manifestar al Tribunal que no he solicitado la presencia del testigo por el mero hecho de ganar tiempo. Me propongo algo concreto.

—¿Qué es? —preguntó el juez Erwood.

—Con la venia del Tribunal, creo que mi propósito se hará evidente en cuanto empiece el interrogatorio. Naturalmente, no quiero desperdiciar mis triunfos enseñándolos antes de hora a la acusación.

El juez Erwood quedó pensativo por un momento y después dijo:

—Que se presente el teniente Tragg, para ser interrogado. Este Tribunal desea que el contrainterrogatorio sea breve y concreto y no permitirá lo que la acusación describe como exploración de tanteo por parte de la defensa. Teniente Tragg, acérquese, por favor.

El teniente Tragg subió al estrado de los testigos.

—Empiece, señor Mason —dijo el juez Erwood.

Y por la manera como se inclinaba hacia delante, era evidente que el juez se proponía mantener su palabra y evitar cualquier intento de Mason para ganar tiempo mediante un extenso y vago

contrainterrogatorio.

Mason comenzó preguntando:

—¿Ha descrito usted, teniente Tragg, lo que encontró en el escenario del crimen, y también lo que encontró en el estudio donde fue hallado el cadáver?

—Sí, señor.

—Ahora deseo preguntarle, teniente Tragg, si no es cierto que cuando examinó el estudio o despacho de Meridith Borden, encontró algo que tenía en su opinión un considerable significado, pero que ha sido omitido en su declaración.

Tragg frunció el ceño.

—Señoría, protesto —dijo Hamilton Burger—. Esto es una acusación malévola. Nada se ha omitido.

—¿Está dispuesto a certificarlo? —preguntó Mason a Hamilton Burger.

—¡Desde luego!

Mason sonrió ante el evidente desconcierto del teniente Tragg.

—Oigamos lo que el testigo tiene que decir a esta pregunta —sugirió.

El juez Erwood se dispuso a intervenir con impaciencia, pero, al volverse para mirar atrás, se contuvo y permaneció silencioso.

Tragg habló con expresión incómoda.

—No estoy seguro de entender lo que quiere decir con la palabra «omitido».

—Permítame que se lo pregunte de otra manera —dijo Mason—. ¿No es cierto que se encontró algo que usted consideró muy significativo, pero que recibió instrucciones de no referirse a ello cuando declarase ante este Tribunal?

—¡Protesto, Señoría! —gritó Hamilton Burger—. Éste no es un contrainterrogatorio adecuado. Ni se ha determinado la ocasión, ni se le ha preguntado al testigo quién le ha instruido para que callara y el objeto no ha sido descrito.

Mason, seguro ya del terreno que pisaba, sonrió y dijo:

—Sustituiré esta pregunta por otra, con la venia del Tribunal.

—¿Retira la anterior?

—Sí, Señoría.

—Muy bien; adelante.

—Teniente Tragg, ¿no es cierto que cuando registró usted el

estudio del fallecido Meridith Borden, encontró un micrófono oculto cuyo cable estaba conectado con un aparato de registro, y no es cierto que en dicho aparato encontró una grabación de la conversación sostenida entre Meridith Borden y George Ansley? ¿Y no es cierto que Hamilton Burger le sugirió que no debía mencionar tal grabación en la vista preliminar?

—Señoría —dijo Hamilton Burger—, protestamos basándonos en que se han hecho varias preguntas a la vez, que éste no es un contrainterrogatorio adecuado, que falta especificar…

El juez Erwood le interrumpió:

—Haga sus preguntas una a una, señor Mason.

—Bien —dijo Mason—. Cuando examinó el lugar del crimen, ¿registró el estudio de Meridith Borden, teniente Tragg?

—Sí, señor.

—¿Encontró usted allí un micrófono oculto?

—Sí, señor.

—¿Estaba conectado dicho micrófono con un aparato de grabación?

—Sí, señor.

—¿Tenía grabada dicho aparato una conversación?

—Sí, señor.

—¿Se trataba de la conversación completa que sostuvieron George Ansley y Meridith Borden?

—No lo sé.

—¿Pues qué contenía?

—Bueno, un registro de conversación.

—¿Y no es cierto que Hamilton Burger le dijo que no debía mencionar esa grabación en la audiencia preliminar?

—Un momento, Señoría —dijo Hamilton Burger—. Antes de que el testigo conteste, quiero protestar por considerar esta pregunta argumentativa, inadecuada, impertinente e inconcreta, por considerar que este contrainterrogatorio no es correcto, y que requiere que el testigo declare algo que puede haber oído.

—Tal como ha sido hecha la pregunta —determinó el juez Erwood—, puede requerir que el testigo declare algo que ha sabido por terceras personas. Sin embargo, en vista de la indignada negación del fiscal sobre que no se ha suprimido nada, parece que esta protesta es demasiado técnica. A pesar de todo, el Tribunal

acepta la protesta, basándose en que el testigo ha de declarar algo que no ha sabido directamente. Esta protesta, señor Mason, se refiere a la pregunta «en su forma actual».

—Entiendo, Señoría —dijo Mason, al observar el énfasis con que el juez Erwood pronunció las últimas palabras—. Haré la pregunta de otra manera. Teniente Tragg, ¿por qué no ha mencionado esta conversación registrada cuando ha testificado ante el Tribunal?

—Protesto, por tratarse de una pregunta inadecuada, impertinente e intrascendente, así como impropia de un contrainterrogatorio —intervino de nuevo Hamilton Burger.

—De acuerdo con el planteamiento de la pregunta, se rechaza la protesta.

—Bueno, nada me han preguntado.

—¿Se le han hecho preguntas acerca de ciertos objetos que encontró en el estudio en cuestión?

—Sí, señor.

—¿Y describió usted los objetos que encontró?

—Sí, señor.

—Y en su fuero interno, teniente, ¿se proponía usted evitar la mención de ese aparato de registro, a menos que se le preguntara concretamente sobre el mismo?

—Protesto, Señoría —dijo Hamilton Burger—. La pregunta es argumentativa e impropia de un contrainterrogatorio.

—¡No se acepta! —replicó secamente el juez Erwood—. Tal como está hecha ahora la pregunta, resulta muy adecuada porque trata de demostrar mala fe por parte del testigo. Las preguntas que pueden demostrar tal cosa son siempre oportunas. Conteste, teniente Tragg.

—Bueno, estaba decidido a evitar cualquier mención del asunto, a menos que se me preguntara específicamente.

—¿Y llegó a tal decisión, teniente, a instrucciones que le había dado el señor fiscal?

—Protesto —dijo Hamilton Burger—. Con la venia del Tribunal…

El juez Erwood movió la cabeza.

—Se rechaza su objeción, señor Burger. La pregunta se refiere concretamente a los propósitos del testigo. Si aparece que el testigo llegó a la decisión de no mencionar ciertos hechos porque el fiscal

había pedido que no lo hiciera, eso muestra parcialidad por parte del testigo, que no sólo debe ser puesta en evidencia como las preguntas adecuadas, sino que el Tribunal puede declarar que se trata de un asunto de mucho interés para él. Conteste a la pregunta, teniente.

El teniente Tragg vaciló un momento y después dijo:

—Sí, recibí instrucciones de no decir nada, a menos que se me preguntara.

Mason, aprovechándose de su ventaja, dijo:

—El único motivo que hizo que usted determinara no decir nada acerca de ese aparato de grabación, a menos que se le preguntara concretamente, fue una orden que le había dado el señor fiscal. ¿No es cierto?

—Protesto otra vez —dijo Hamilton Burger.

—No se acepta —replicó el juez Erwood—. Conteste a la pregunta.

—Sí, señor.

—Y ahora —prosiguió Mason—, considero que en interés de la justicia, debería reproducirse esa conversación ante el Tribunal.

—Si la defensa quiere presentarla como parte de su caso —dijo Hamilton Burger—, que obtenga la grabación, la traiga y la presente, y entonces nosotros protestaremos basándonos en que resulta inadecuado que este Tribunal tome en consideración dos voces no identificadas, grabadas en una cinta magnetofónica.

—¿Dónde está esa cinta? —preguntó Mason al teniente Tragg.

—La entregué al fiscal.

—Solicito que se ordene al señor fiscal que presente esa grabación —dijo Mason—, y que la misma sea escuchada en esta sala. Creo que esta conversación entre el encausado y Meridith Borden puede ser de gran importancia. Se acusa a mi defendido del asesinato de Meridith Borden. Evidentemente, no es posible hablar con un hombre muerto.

Hamilton Burger, poniéndose en pie, contestó airadamente:

—No hay razón para que no pudiera sostener una conversación con un hombre, y matarle después. Esa cinta magnetofónica demuestra que tenía motivos sobrados para asesinar a Meridith Borden.

—Entonces debería contarse entre sus pruebas.

—Yo soy quien debe juzgar sobre la conveniencia o no de aportar una prueba —replicó Hamilton Burger—. Lo único que necesito demostrar, de momento, es que se ha cometido un asesinato y después aportar pruebas suficientes para convencer al Tribunal de que hay base suficiente para suponer que el encausado es el autor del crimen.

—Creo que esto es cierto —dijo el juez Erwood—. Sin embargo, la situación es ahora algo distinta. El abogado defensor solicita de la acusación que presente un registro magnetofónico como parte de las pruebas de la defensa. El Tribunal accede a esta petición. Esto es, esa grabación deberá ser escuchada por el Tribunal. El Tribunal reconoce que este caso está tomando un rumbo inesperado, y está interesado en averiguar lo que realmente ocurrió.

—Todos los casos del señor Mason toman rumbos inesperados —dijo, furioso, Hamilton Burger.

—Ya basta, señor fiscal. Si tiene usted esa cinta magnetofónica, preséntela.

—Harán falta unos minutos para traerla y disponerlo todo para poder oírla.

—¿Cuánto tiempo?

—Por lo menos, media hora.

—En tal caso, se aplaza la vista durante media hora.

Drew tiró del faldón de la americana de Hamilton Burger y, cuando éste se inclinó hacia el otro, Drew le habló con vehemencia.

—¡Un momento, un momento! —dijo, de repente, Hamilton Burger—. Trataré de tenerlo todo dispuesto en unos diez minutos.

El juez Erwood miró pensativamente a Burger.

—Ha dicho que necesitaría media hora, señor fiscal.

—Al consultar con mi ayudante, acabo de enterarme de que el aparato está disponible y que podemos hacer venir la cinta en unos diez minutos.

—¿Es eso lo que le ha dicho su ayudante? —preguntó Mason—. ¿O le ha susurrado que ese aplazamiento de media hora me permitiría presentar como testigo a la doctora Callison?

Hamilton Burger se volvió, enfurecido.

—Usted se ocupa de sus cosas, que yo…

El juez Erwood golpeó su pupitre con el martillo.

—Basta ya, caballeros —dijo—. No toleraremos nuevos

exabruptos por parte de los señores abogados. Sin embargo, señor fiscal, este Tribunal no nació ayer. Usted ha dicho que necesitaría media hora para presentar la grabación, y el Tribunal ha ordenado una suspensión de treinta minutos. El Tribunal no ve motivos para cambiar esa orden. El aplazamiento de la vista será por treinta minutos.

El juez Erwood se levantó y marchóse enfurruñado de la sala.

Capítulo 12

Cinco minutos antes de que el Tribunal se constituyese de nuevo, Paul Drake entró en la sala acompañado por una mujer de aspecto elegante.

Mason les indicó que se acercasen a la mesa de la defensa, donde él estaba sentado, hablando con George Ansley.

—La doctora Margaret Callison, el señor Perry Mason, abogado del señor Ansley —dijo Paul Drake.

—¿Cómo está usted, señor Mason? —dijo ella, al tiempo que le alargaba la mano y le sonreía amistosamente—. He leído muchas cosas acerca de usted, pero no esperaba tener el placer de conocerle. Ya le he dicho al señor Drake que no creo saber nada que guarde relación con lo ocurrido.

—Si me contase exactamente lo que sucedió —dijo Mason—, tal vez podríamos relacionar su historia con otros hechos del caso, y descubrir algo interesante. La he citado como testigo y quiero que esté a punto, pero tal vez no tenga necesidad de llamarla. Cuénteme lo que ocurrió.

—Tenía en tratamiento a uno de los perros de Borden —explicó la doctora Callison—. Al señor Borden le gustaba tener los perros en su casa durante la noche. Por lo corriente, me los traían a primera hora de la mañana y yo los cuidaba durante todo el día; y por la noche enviaba a recogerlos.

—¿Y en aquel lunes concretamente? —preguntó Mason.

—Tenía uno de los perros, que me habían traído a las ocho de la mañana. Cuidé al animal y el señor Ferney debía pasar a recogerlo a las nueve de aquella misma noche. Al no presentarse, esperé alguna llamada telefónica, pues supuse que algo le habría entretenido. En realidad, esa llamada no llegó hasta las diez y veinticinco, y entonces no fue el señor Ferney quien llamó. Era un hombre que,

según dijo, telefoneaba de parte del señor Ferney y que éste había tenido un compromiso inaplazable. Me preguntó si, pese a lo largo de la hora, podía tener dispuesto el perro. El hombre dijo que el señor Ferney estaba en camino.

—¿Accedió usted?

—Sí; le dije que tendría el perro en mi furgoneta y que necesitaría unos cinco minutos para sacar el perro y subirlo al coche.

—¿Lo hizo así?

—En efecto.

—¿Y cuándo llegó Frank Ferney?

—Cuando acababa de meter el perro en mi furgoneta. Él detuvo su auto frente a mi casa y yo conduje la furgoneta hasta la residencia de Borden.

—¿A qué distancia queda eso?

—A cerca de cuatro kilómetros.

—¿Qué sucedió después?

—Bueno, llegamos frente a la puerta, el señor Ferney la abrió con una llave y se hizo cargo del perro.

»Le dije que quería hablar con el señor Borden acerca de aquel perro. Consideraba que era aconsejable someterlo a una operación. Tiene un par de glándulas con tendencia a calcificarse, y ya no se trata de un cachorro. Sugerí al señor Ferney que sería conveniente hablar del asunto con el señor Borden, y él dijo que entrase con él, que probablemente podría hablar con el señor Borden.

—¿Y qué?

—Bueno, entramos en la casa y Ferney dijo que el señor Borden no estaba en su estudio, y que pensaba que estaba arriba, en el cuarto fotográfico; fue a ver si estaba y…

El secretario del Tribunal golpeó la mesa con su martillito.

—Todo el mundo en pie, por favor.

Mason apresuróse a preguntar a la doctora Callison mientras el juez Erwood entraba en la sala:

—Cuando se marchó usted, ¿la acompañó Ferney?

—Sí.

—¿Estuvo él solo o fuera de su vista mientras permanecieron en la mansión?

—En la mansión, no. Se oyó el timbre de alarma y él salió para

llamar a los perros y apagar las luces. Entonces fue cuando contesté al teléfono y dije que no creía que el señor Borden quisiese ser molestado. Me figuré que alguien había estado accionando las puertas, presa de un sentimiento de curiosidad.

—Pero, ¿estuvo Ferney fuera de su vista mientras se encontraba dentro de la casa?

—Sólo cuando subió aquel corto tramo de escaleras para llamar a la puerta del estudio fotográfico.

—¿Le oyó usted llamar?

—Sí.

—¿Oyó alguna voz?

—No.

—¿Pudo haber entrado en el estudio?

—¡Cielos, no! No hubo tiempo. Le oí llamar y en seguida bajó de nuevo. He de decirle una cosa, señor Mason. Y es que cuando bajó de llamar, tenía una expresión de enorme sorpresa. Me explicó que Borden estaba en el estudio fotográfico y que no quería ser molestado. Dijo…

El alguacil gritó:

—¡Silencio en la sala! Pueden sentarse.

El juez Erwood se sentó en su poltrona y miró al fiscal.

—¿Está dispuesto el aparato de grabación, señor fiscal?

—Sí, Señoría. Y de nuevo deseo protestar, basándome en que resulta inadmisible, que no es una prueba convincente, que no se ha identificado convenientemente, que es por completo inadecuada en este momento, y que no guarda relación con el interrogatorio ni con el contrainterrogatorio.

—¿Es ésta la grabación que fue hallada en la residencia de Borden?

—Sí, Señoría.

—En tal caso, no se admite la protesta. Oiremos la grabación.

De mala gana, Hamilton Burger puso en marcha el aparato. Durante diez minutos, el altavoz reprodujo las voces de George Ansley y de Meridith Borden.

Después, la voz de Ansley dijo:

«Bueno, es hora de que me marche».

La voz de Borden replicó:

«Me alegro de que haya venido, Ansley, y me ocuparé de usted

con el máximo interés. Estoy casi seguro de que no tendrá más problemas con los inspectores. La publicidad adversa les gusta tan poco como a cualquiera y, después de todo, yo soy experto en relaciones públicas».

La risa de Borden fue irónica.

«No se moleste, ya encontraré el camino», dijo la voz de Ansley.

«No, no, le acompaño hasta la puerta. Esta noche estoy completamente solo. Lo siento».

El aparato siguió funcionando durante otros diez segundos y después registró un sonido seco peculiar. A continuación cesó de oírse cualquier ruido, aunque las bobinas del aparato seguían girando.

Hamilton Burger se adelantó y cerró el contacto, empezando a continuación a rebobinar la cinta.

—Eso es todo, Señoría —dijo.

El juez Erwood quedó pensativo. Después dijo:

—¿A qué se debe la serie de crujidos que ha registrado la cinta después de terminarse la conversación, señor fiscal?

—Al hecho de que el aparato registrador siguió funcionando.

—¿Y ese sonido ahogado?

—Ése es el sonido del disparo que mató a Meridith Borden —dijo Hamilton Burger. Y después añadió, con vehemencia—: Con la venia del Tribunal, consideramos que esto es obligarnos a mostrar en exceso nuestro juego. Nos proponíamos exhibir esta prueba ante el Tribunal superior cuando el encausado fuese sometido a juicio.

—Bueno, la defensa tiene derecho a presentarla —dijo el juez Erwood—. Creo que ha sido presentada por orden del Tribunal, respondiendo a una petición de la defensa, y como parte de su caso.

—Bueno, la defensa la ha oído ya —dijo Hamilton Burger con enojo—. E indudablemente, cuando el encausado ocupe el estrado de los testigos para relatar su historia ante el jurado, habrá pensado en las respuestas adecuadas, o alguien las habrá pensado en su lugar.

—No es momento de hacer tales comentarios, señor fiscal —dijo el juez Erwood—. La defensa tiene derecho a presentar pruebas ante un Tribunal.

—En este caso —manifestó Hamilton Burger, aún furioso—, presenta las pruebas de la acusación.

—¡No discutiremos este asunto! —replicó secamente el juez Erwood—. ¿Tiene algún otro testigo, señor Mason?

—Sí, Señoría —manifestó éste—. Deseo que vuelva a llamarse al señor Ferney, para interrogarle de nuevo.

—¡Protestamos! —dijo Hamilton Burger—. En este caso, la defensa no ha hecho más que llamar una y otra vez los testigos, para su contrainterrogatorio. La ley no prescribe que un abogado defensor pueda contrainterrogar a un testigo por pequeñas dosis. El defensor debe realizar el contrainterrogatorio y terminar con el mismo.

—¿Algo más, señor fiscal? —preguntó el juez Erwood.

—No, Señoría; esto justifica mi posición.

—Se rechaza la protesta. El interrogatorio de un testigo queda al buen criterio del Tribunal. Señor Ferney, vuelva a ocupar el estrado.

Ferney, evidentemente muy tranquilo, volvió al sillón de los testigos.

—Vamos a referirnos de nuevo a la noche del ocho del corriente, y al período en que estuvo usted en la residencia de Borden en compañía de la doctora Callison, aquí presente, y en especial a lo que sucedió poco después de las once de la noche. ¿Aseguró usted a la doctora Callison que había subido la escalera donde el señor Borden se entregaba a sus actividades fotográficas, y que el señor Borden le había dicho que no quería ser molestado, u otras palabras por el estilo?

—Protesto, por tratarse de palabras de una tercera persona y porque no es un contrainterrogatorio adecuado —intervino Hamilton Burger.

—¡Rechazada la protesta! —replicó el juez Erwood—. Es una pregunta incriminatoria. Este Tribunal desea enterarse de lo que se habló.

—Pero, ciertamente, Señoría, no puede afectar a la acusación nada de lo que este testigo dijo.

—Puede no afectar a la acusación, pero muestra la posición y la mala fe de este testigo. El Tribunal autoriza la pregunta. Conteste, señor Ferney.

—Bueno —dijo Ferney—, subí la escalera hasta el estudio. Llamé a la puerta…

—Ésta no es la pregunta —interrumpió el juez Erwood—. Se le

ha interrogado acerca de lo que dijo usted a la doctora Callison.

—Bueno, le dije que el señor Borden estaba en el estudio haciendo fotografías y que no quería ser molestado.

—¿Le manifestó que él le había dicho a usted que no quería ser molestado? —preguntó Mason.

Ferney miró a la doctora Callison, sentada en la sala.

—No recuerdo exactamente las palabras que utilicé.

—Después de que se hubo marchado usted de la casa en la furgoneta de la doctora Callison, ¿le preguntó si había oído algún disparo?

—Creo que lo que dije fue un ruido parecido a un disparo.

—¿Le preguntó eso?

—Es posible.

—Esto es todo —dijo Mason.

—No haré más preguntas —declaró Hamilton Burger.

—Con esto terminamos nuestra exposición del caso, Señoría —dijo Mason.

—No tenemos más pruebas, Señoría —dijo Hamilton Burger—. Solicito ahora del Tribunal que ponga al encausado a disposición de un tribunal superior. Independientemente de lo que la grabación pueda mostrar como contradictorio, permanece el hecho de que el encausado tenía el arma fatal en su poder, que había amenazado al muerto, y además, es evidente que el encausado disparó la bala que mató a la víctima al cabo de unos pocos segundos de terminar su conversación, y, en apariencia, mientras la víctima le acompañaba a la puerta. El sonido de ese disparo se percibe claramente en la cinta magnetofónica.

El juez Erwood miró con el ceño fruncido al fiscal.

—¿Supone usted que el señor Borden le condujo hacia la puerta principal, pasando por el estudio fotográfico?

—Necesariamente, no, Señoría.

—Entonces, ¿cómo es que el cuerpo fue hallado en dicho estudio?

—Pudo haber sido llevado hasta allí.

El juez Erwood encaróse con Perry Mason.

—El Tribunal escuchará su opinión, señor Mason.

El abogado manifestó cortésmente:

—Lo que sucedió, Señoría, fue que cuando Meridith Borden

acompañó a George Ansley hasta la puerta, cerró ésta de golpe. Y que fue ese sonido el que quedó registrado en la cinta magnetofónica. La prueba de que Ansley salió de la casa, es que el primero regresó al interior e inmediatamente apagó el aparato de registro. En el mismo queda constancia de que alguien cerró el contacto.

—¿Tiene algo que objetar a esto, señor fiscal? —preguntó el juez Erwood.

—Es evidente —respondió Burger— que el aparato fue apagado muy poco tiempo después de oírse el ruido del disparo, pero fue el criminal, George Ansley, quien cerró el contacto del magnetofón.

El juez Erwood miró a Mason. Éste sonrió y movió la cabeza.

—George Ansley no sabía dónde estaba el aparato —dijo—. Ignoraba que la entrevista hubiese sido registrada. El aparato grabador estaba en otra habitación. Era necesario que apagara el aparato alguien que supiese que estaba funcionando, así como su colocación exacta. Ansley ignoraba tales extremos y no pudo haberlo hecho.

»Hay, además, con la venia del Tribunal, una circunstancia muy convincente. El Tribunal habrá observado que los inspectores de la obra se mostraron al día siguiente muy corteses. Esto sólo puede significar una cosa: Meridith Borden había hablado con ellos. Como ahora hemos oído un registro completo de la conversación con George Ansley, sabemos que en ningún momento, durante la entrevista, se acercó Meridith Borden al teléfono, ni llamó a un inspector y dijo, por ejemplo: «Está todo arreglado. George Ansley me ha visitado y se mostrará razonable. Pueden aminorar la presión».

»Puesto que Meridith Borden ha muerto y no puede refutar cualquier acusación que se haga contra él, tal vez sería mejor que me expresase de esta manera: él no fue al teléfono a decir al inspector: «George Ansley acaba de visitarme y me ha nombrado representante suyo en relaciones públicas. Considero que la inspección que han ejercido en esa obra es mucho más rigurosa de lo que requiere el contrato, y representa una animosidad personal por parte de ustedes, o un intento de obtener un soborno. Por lo tanto, a menos que se modifique inmediatamente la situación, adoptaré medidas para que se dé publicidad a la clase de inspección

a que ha estado sometido el señor Ansley».

Por un momento, el rostro enfurruñado del juez Erwood se distendió en algo parecido a una sonrisa.

—Una expresión muy comedida de una conversación puramente hipotética, señor Mason.

—Debida al hecho de que Borden ha fallecido y no está en situación de defenderse —dijo Mason.

El juez Erwood fijó su mirada en el fiscal.

—Creo, señor fiscal —dijo—, que cuando se detenga a meditar sobre todas las pruebas de este caso, comprenderá usted que no ha actuado contra la persona adecuada, y que el mayor favor que puede hacerle este Tribunal es desestimar las acusaciones formuladas contra el encausado.

»Solicita usted que el encausado, George Ansley, pase a disposición de un tribunal superior, y este Tribunal considera que si emitiera tal orden, le colocaría a usted en una situación tal que más adelante debería renunciar a su caso contra George Ansley, o, si compareciese a juicio ante un jurado, sólo conseguiría que éste le declarase no culpable.

»El Tribunal comprende bien que no incumbe a la acusación mostrar todas las pruebas en una audiencia preliminar, y que, en general, el propósito de ésta es demostrar que se ha cometido un crimen y que hay motivos suficientes para creer que el encausado lo ha cometido. Sin embargo, la acusación tiene también un deber y es procurar que resplandezca la justicia y que el inocente sea exculpado y se le ahorren las molestias y gastos de un juicio, y que el verdadero culpable sea perseguido.

»Este Tribunal considera que, con las pruebas que se han aportado en este caso, todo indica que el encausado está siendo acusado de un crimen que no cometió, de un crimen que no pudo haber cometido.

»No compete a este Tribunal sugerir a la acusación cómo debe gobernarse la oficina del fiscal. Pero este Tribunal desea sugerir que, en este caso, debieran adoptarse nuevas medidas contra otra persona completamente distinta.

»Por lo que respecta a este caso, la vista contra George Ansley ha terminado. El encausado queda en libertad. Se levanta la sesión.

El juez Erwood se puso en pie y abandonó la sala.

Un fuerte murmullo surgió de los espectadores. Los periodistas salieron corriendo en busca del teléfono más cercano y Mason se volvió para estrechar la mano de George Ansley.

Los fotógrafos hicieron funcionar sus máquinas cuando Hamilton Burger, mirando con expresión sombría al grupo reunido en torno a Mason, se abrió paso entre los espectadores, salió de la sala y se alejó por el pasillo.

Capítulo 13

Era bastante después de las nueve y media de la mañana cuando Mason abrió la puerta de su despacho particular, sonrió a Della Street y dijo:

—Los diarios no se muestran muy amables con nuestro amigo Hamilton Burger.

Della Street rió.

—Tratándose de un asunto de relaciones públicas, por lo menos se hubiese tenido que quedar un rato en la sala del Tribunal y hablar con algunos periodistas. El apartarlos a un lado y marcharse hecho una furia no le ha hecho ningún favor.

—He podido comprobarlo en la prensa —dijo Mason—. Bueno, aquí estamos otra vez. ¿Hay algo nuevo?

—Tienes otro cliente —dijo Della.

—¿Qué clase de caso es? —preguntó Mason.

—Asesinato.

—¿De veras? ¿A quién han asesinado ahora?

—A Meridith Borden.

Mason enarcó las cejas.

—Dawn Manning ha telefoneado —dijo la secretaria—. Está detenida. Ha dicho que se le había permitido telefonear para pedir un abogado y que deseaba que tú la representaras.

—¿Dónde está?

—En la sección de mujeres del Palacio de Justicia —dijo Della Street.

Mason recogió su sombrero y se encaminó hacia la puerta.

—¿Vas a verla?

—Claro que sí.

—Jefe, ¿puedes hacerte cargo de su caso, después de…?

—¿Después de qué? —preguntó Mason.

—Después de acusarla prácticamente del crimen, ayer ante el Tribunal.

—¿La acusé del crimen?

—Lo hiciste; por lo menos lo insinuaste. Y también el juez Erwood.

—Durante todo el tiempo que estuve ocupándome del asunto —dijo Mason—, pensaba en qué situación tan embarazosa iba a encontrarse Hamilton Burger si acusaba del asesinato a Dawn Manning.

—¿Qué quieres decir? Virtualmente, es un caso perfecto contra ella. Es fácil adivinar lo que hizo. Fue arrojada del auto, pero conservó el revólver, y al encontrarse en la finca de Borden, fue a reunirse con éste, seguramente para cumplir una cita concertada con anterioridad. Las pruebas lo demuestran claramente. Ella no podrá negar su presencia, en vista del testimonio que representan las fotografías halladas en la cámara. Deberá admitir que estaba allí con él y una vez haya decidido esto, admitirá también que mintió… Jefe, por favor, no intervengas en este caso.

—¿Por qué no?

—Bueno, por ejemplo, supongamos que Hamilton Burger se las arregla de manera que la audiencia preliminar sea presidida por el juez Erwood. Ya sabes cómo es el juez: su genio, sus ideas acerca de la administración de la justicia, y lo que opina sobre los deberes de los abogados ante los tribunales de justicia. Esta vez, se lanzará contra ti.

—Es un desafío y Dawn Manning es una mujer muy hermosa —dijo Mason.

Della Street dijo:

—Jefe, déjame hacer una profecía. Si el registro de la cárcel muestra que tú has ido a verla, Hamilton Burger se las arreglará para que la audiencia preliminar sea presidida por el juez Erwood. Te apuesto diez contra uno.

Mason meditó un momento y contestó:

—No acepto, Della. Creo que tienes razón. Me parece que esto es exactamente lo que hará. Es lo que yo haría si estuviese en el lugar de Hamilton Burger.

—Bueno —dijo Della Street—, el juez Erwood te… Se lanzará contra ti con todo su peso y todo su rigorismo.

—Me gustan las dificultades —dijo Mason—. Si alguien pregunta por mí durante la próxima hora, dile que estoy hablando con Dawn Manning y creo que nos haremos cargo de su caso, Della.

Capítulo 14

Mason se sentó en la parte reservada a los visitantes y miró a Dawn Manning a través de la gruesa pared de cristal.

El cristal les mantenía separados, pero un micrófono colocado les permitía oírse sin dificultad.

Ella le observó con sus fríos ojos grises y dijo:

—Bueno, desde luego, no me ha tenido demasiadas consideraciones.

—¿No?

—No es necesario que se disculpe. Cuando usted representa a un cliente, hace todo lo posible por él. Representaba a George Ansley y pudo librarle echándome encima los lobos. El caso estriba ahora en saber el buen trabajo que han realizado entre usted y ese maravilloso marido mío para meterme en este lío.

—¿Me ha llamado para echarme en cara lo ocurrido? —preguntó Mason.

—No. Quiero que sea mi abogado.

—¿Sí?

—Y no tengo mucho dinero con que pagarle. Pero considero que debo merecerle ciertas consideraciones.

—Mis honorarios no importan ahora —replicó Mason—. Lo que importa es saber si me contó la verdad cuando habló conmigo.

—Se la conté. Bueno, en todo caso, casi toda la verdad.

—¿Sabía que Frank no había acabado de tramitar el divorcio?

—Acababa de enterarme de ello.

—¿Sabía que Loretta era su amiga?

—Sabía que salía por ahí con una tal Loretta Harper, pero no la conocía en absoluto.

—¿Pero había posado para Meridith Borden?

—Desde luego. Eso ya se lo había contado. Sin embargo, nunca

había posado desnuda para él y no sé de dónde salieron aquellas fotografías. Aquella noche no estuve en la casa. Meridith Borden me desagradaba. El… Bueno, ya le expliqué que quería utilizarme como cebo para atrapar a un personaje influyente. Esas cosas me repugnan. Por eso me retiré.

—¿Se produjo una escena?

—Se produjo una escena endiablada. Le abofeteé su cochino rostro.

—¿Podrá demostrar esto al fiscal?

—Claro que podré. Meridith Borden trató de… Bueno, se produjo una escena.

—¿Hubo testigos?

—Sí.

—¿Amenazó usted con matarle?

—Dije que le mataría como a un perro… ¡Oh, supongo que me encuentro en una situación demasiado difícil!

—¿Le mató usted?

—No. Le conté la verdad. Me marché de la finca tan pronto como supe dónde estaba.

—Entonces, ¿cómo es que le hizo aquellas fotografías?

—No me las hizo.

—La cámara dice que sí, y las cámaras no mienten.

—No puedo explicar lo de esas «fotos», señor Mason, pero yo no estuve allí.

—¿Posa usted desnuda?

—Para fotógrafos a quienes conozco, y para lo que se llama desnudos artísticos, sí. He posado millares de veces para fotografías de calendarios, tanto en color como en blanco y negro.

—¿Tiene un revólver?

—Nunca lo he tenido.

—¿Ni nunca lo ha llevado?

—No, desde luego que no.

—A veces —insinuó Mason—, debe encontrarse en situaciones en que probablemente necesitará alguna protección.

—¿A qué se refiere?

—Se va usted al campo con fotógrafos para ser fotografiada en minúsculos trajes de baño…

—Y no es posible ocultar un revólver del calibre 38 en el interior

de un «bikini», señor Mason —le interrumpió ella—. Una modelo aprende a cuidar de sí misma. Lo hace de una u otra manera, pero no llevando armas de fuego.

—Está bien, Dawn —dijo Mason—; me voy a encargar de su caso.

Capítulo 15

El juez Erwood contempló la atestada sala y dijo con acritud:

—El Pueblo del Estado de California contra Dawn Ferney, también llamada Dawn Manning. Ésta es la hora fijada para la audiencia preliminar.

—Estamos dispuestos, Señoría —dijo Hamilton Burger.

El juez Erwood preguntó:

—¿Debe entender este Tribunal que el señor Mason representa a la encausada?

—En efecto, Señoría.

—La última vez que estuvo usted ante este Tribunal, señor Mason —dijo el juez Erwood—, aportó pruebas que parecían incriminar gravemente a la encausada.

—Esas pruebas serán presentadas por el fiscal —dijo Mason sonriendo—, y a mí se me permitirá contrainterrogar a los testigos.

El juez Erwood vaciló por un momento como si tratara de encontrar algún pretexto para administrar una reprimenda, pero luego limitóse a decir:

—Empiece, señor fiscal.

Hamilton Burger dejó a cargo de su colaborador Sam Drew las gestiones preliminares, y éste demostró de nuevo la situación de los edificios, el hallazgo del cuerpo, la localización e identificación de la bala fatal, el disparo de balas de prueba con el revólver que había sido hallado en el auto de Ansley y la identificación de la bala. Luego, las fotografías de Dawn Manning halladas en el estudio de Borden fueron presentadas por la acusación como una de las pruebas más importantes.

—Mi próximo testigo será Harvey Dennison —dijo Hamilton Burger.

Harvey Dennison se adelantó, prestó juramento y contó de

nuevo la historia del revólver desaparecido.

—¿Desea contrainterrogar? —preguntó a Mason el juez Erwood.

—Sí, Señoría.

Mason se puso en pie y permaneció junto a su mesa, contemplando a Harvey Dennison con mirada firme.

—Señor Dennison, ¿ha consultado usted los archivos de la tienda para saber la información en que se basa su testimonio?

—Sí, señor.

—¿Trabajaba para usted la encausada durante el período en que se advirtió la desaparición del revólver?

—Sí, señor.

—¿No puede usted fijar la fecha en que fue robado el revólver?

—No, señor.

—Según he entendido de su testimonio, sus archivos muestran que el revólver fue comprado al mayorista en cierta fecha, y que, en una fecha posterior, tal vez varios meses más tarde, hizo usted inventario y descubrió que el revólver no estaba en su poder.

—Esto es.

—¿Cuántos empleados tiene en su tienda?

—¿Quiere decir vendedores?

—No; quiero decir empleados.

—Bueno, incluyendo oficinistas y vendedores, teníamos… Déjeme pensar… creo que unos doce.

—¿Incluidos los propietarios?

—No, señor.

—¿Cuántos propietarios hay?

—Tres.

—¿De modo que había un total de quince personas que pudieron apoderarse del revólver?

—Bueno… Sí, señor, creo que sí.

—Y durante la fecha en que el revólver fue adquirido y aquélla en que descubrió usted su falta, se produjeron en la tienda dos robos, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Y qué desapareció en esos robos?

—Protesto, por ser una pregunta inadecuada, impertinente, inoportuna e impropia de un contrainterrogatorio —gritó Burger.

El juez Erwood dijo:

—Creo que debería usted concretar sus preguntas, señor Mason.

—Muy bien, así lo haré. Retiro esta pregunta y, en cambio, ruego al señor Dennison que nos diga si no es cierto que desaparecieron artículos deportivos cada vez que la tienda fue robada.

—La misma objeción —dijo Hamilton Burger.

—Rechazada —replicó el juez Erwood.

—Sí, señor —admitió Dennison—. Por lo que podemos decir, todo lo que desapareció en aquellas ocasiones fue material de caza y de pesca, y algo en efectivo.

—¿Qué quiere decir con material de caza y de pesca?

—Munición, rifles, escopetas, cañas de pescar, carretes, etc…

—¿Y en ambas ocasiones el material desaparecido consistió únicamente en artículos deportivos?

—Y en dinero.

—¿En ambas ocasiones?

—Sí.

—No hay más preguntas.

—¡Un momento! —dijo Hamilton Burger—. Quiero preguntar algo más al testigo. Si ese revólver hubiese desaparecido con ocasión de alguno de los dos robos, usted hubiese descubierto entonces que faltaba, ¿no es cierto?

—Protesto. Se trata de una pregunta argumentativa y que requiere que el testigo emita una opinión —dijo Mason.

—Se acepta la protesta —dictaminó el juez Erwood.

—Bueno, usted hizo inventario de cada uno de esos robos, ¿no?

—Sí, señor.

—Y ahora voy a preguntarle si descubrió usted que este revólver faltaba inmediatamente después de cada uno de los robos.

—No, señor.

—Eso es todo —dijo Hamilton Burger.

Mason sonrió:

—¿Mostró alguno de esos inventarios que ese revólver estaba allí?

—No, señor. Como ya he dicho, ocurrió algo en nuestro registro de aquel revólver. No lo entiendo con exactitud, pero lo único que puedo asegurar es que el revólver no fue vendido en la tienda.

—Eso es todo —dijo Mason, sonriendo.

—Y durante ese período, ¿la encausada estuvo empleada en la tienda? —preguntó Hamilton Burger.

—En efecto.

—No hay más preguntas —dijo Hamilton Burger.

—¿Y otras catorce personas trabajaban también en la tienda? —preguntó Mason.

—Bueno, sí.

—No hay más preguntas —dijo Mason.

—Esto es todo —anunció Hamilton Burger—. El señor Dennison puede retirarse. Que se presente ahora Frank Ferney. Debo declarar al Tribunal que, en ciertos aspectos, es un testigo hostil. Creo que ha tratado de proteger a la encausada, siempre que le ha sido posible y…

Mason se puso en pie.

Hamilton Burger dijo:

—Y tal vez deba hacer preguntas capciosas para obtener la verdad. Creo que ese testigo tiene quizá…

—Un momento —dijo el juez Erwood—. ¿Desea usted elevar una protesta, señor Mason?

—Sí, Señoría. Considero procedente que el fiscal haga preguntas y que luego, si resulta que el testigo es hostil, pueda hacer preguntas capciosas. Pero no veo motivo para que la acusación haga ahora un discurso, por medio del cual, con toda evidencia, se dispone a atraer las simpatías hacia este testigo.

—El Tribunal considera que el señor Mason está en lo cierto, señor Burger. Limítese a empezar su interrogatorio.

—Muy bien —dijo Hamilton Burger—. ¿Se llama usted Frank Ferney?

—Sí, señor.

—¿Trabajaba usted para Meridith Borden cuando éste fue asesinado?

—Sí, señor.

—Ahora, pasando a ocuparnos de la noche en que el señor Borden fue muerto en su domicilio, la noche del ocho del corriente, ¿estaba usted en casa de Meridith Borden?

—Sí, señor.

—¿A qué hora?

—Un momento —dijo Mason—. Con la venia del Tribunal, me

opongo a esta pregunta y solicito que este testigo reciba instrucciones de no contestar a ninguna otra relativa a lo que ocurrió durante la noche del día ocho.

El juez Erwood se mostró sorprendido.

—¿Con qué motivo? —preguntó.

—Con el motivo de que el testigo está casado con la encausada, que existe la relación matrimonial entre ambos y que un marido no puede declarar en favor o en contra de su esposa, como no sea con el consentimiento de ésta.

—Un momento —dijo Hamilton Burger—. Tengo que aclarar esto. ¿Está usted casado con la encausada, señor Ferney?

—No, señor.

—¿No es usted su marido?

—No, señor.

Hamilton Burger sonrió a Perry Mason.

—Señoría, ¿puedo preguntar algo a este respecto? —solicitó Mason.

—Está bien, pero sólo sobre este punto —dijo el juez Erwood.

—¿Se casó usted con la encausada?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—Hace unos tres años.

—¿Han vivido separados durante cierto período de tiempo?

—Sí, señor.

—¿Cuánto?

—Unos dieciocho meses.

—¿Y ahora está divorciado de la encausada?

—Sí, señor.

—¿Cuándo tuvo efecto el divorcio?

—Ayer.

—¿Dónde?

—En Reno, Nevada.

—Supongo que fue en avión a Reno, Nevada, obtuvo el divorcio y regresó para comparecer como testigo, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Había usted entablado con anterioridad el proceso de divorcio, pero había dejado de completar los últimos trámites?

—En efecto.

—¿Estaba usted casado con la encausada la noche del día ocho, cuando se cometió el crimen?

—Sí, señor.

—Eso es todo, Señoría —dijo Mason.

—Pero «ahora» no está usted casado —dijo Hamilton Burger—, estoy dispuesto a defender este punto. «El Pueblo contra Godines, 17, Cal App, S.° 721, y el caso contra Loper, 159, California, 6,112 Pacific, 720»; establecen que un cónyuge divorciado no tiene prohibido testificar sobre algo que ocurrió mientras estuvo en vigor el matrimonio.

Mason replicó:

—¿No sostienen los casos del «Pueblo contra Mullings, 83 California, 13823 Pacific, 229, y Compañía Aseguradora de Kansas City contra Jones, 21, Fed Sup, 159», que una esposa divorciada no puede testificar en cuanto a las conversaciones confidenciales sostenidas entre ella y el acusado mientras estuvieron casados?

—¿Quién habla de comunicaciones confidenciales? —gritó Hamilton Burger—. Pregunto acerca de hechos.

—¿No va usted a preguntarle si él llamó a la puerta del estudio de Borden y oyó la voz de su esposa que decía: «Márchese»? —inquirió Mason.

—Ciertamente.

—Ahí tiene. Ésta es una comunicación confidencial entre marido y mujer. Este testigo no puede declarar acerca de ello, según establece la subdivisión primera de la sección 1888 de nuestro Código Civil, así como el apartado 1332 del Código Penal.

Los ojos de Hamilton se agrandaron a causa de la sorpresa.

—Eso no es lo que la ley entendía al referirse a comunicaciones confidenciales entre marido y mujer. La encausada habló a este testigo sin saber que lo hacía con su esposo.

—¿Cómo conoce usted lo que ella sabía? —preguntó Mason.

Burger, a quien la ira apenas dejaba hablar, dijo:

—Señoría, si el Tribunal sostiene esta teoría, significará que el crimen de la encausada puede quedar impune. Ocupa el estrado un testigo que conoce los hechos que demuestran que la encausada cometió el asesinato. Ahora no son marido y mujer; han vivido separados durante más de un año y no existe entre ellos ninguna relación. El motivo para que se aplique esta ley ha cesado y, por lo

tanto, la misma ley no puede tener efecto.

—Cualquier cosa que una esposa pueda haber dicho a su marido es una comunicación confidencial y, por consiguiente, no apta para ser repetida en una vista —dijo Mason—. Si la encausada estaba en aquella habitación y pidió a su esposo que se marchase, le hablaba en calidad de esposa. En aquel momento lo era.

—¡Tonterías! —estalló Hamilton Burger—. Ella no tenía idea de quién era el que llamaba a la puerta. Sólo sabía que alguien había llamado y no deseaba que se abriese la puerta mientras posaba desnuda.

—No estoy de acuerdo —dijo Mason—. Si el testigo pudo reconocer la voz de su esposa, ella pudo haber reconocido la de él.

—Pero ella no se propuso hacerle una comunicación confidencial —dijo Burger.

Mason sonrió.

—Si se propone usted testificar respecto a lo que mi cliente «pensó», señor fiscal, tendrá que subir al estrado y luego deberá demostrar su capacidad para leer los pensamientos. Probablemente necesitará su bola de cristal para utilizarla en sus declaraciones.

El juez Erwood reprimió una sonrisa y dijo:

—No personalicemos, caballeros. En vista de la objeción de la defensa, señor fiscal, este Tribunal la acepta en todo lo que se refiere a lo que una esposa dijo a su marido mientras el contrato matrimonial estaba en vigor, y especialmente en el momento en que ella estaba en una habitación donde más tarde se encontró un cadáver.

—Pero, con la venia del Tribunal —protestó Hamilton Burger—, esto nos parte el caso totalmente. Carecemos de punto de apoyo si no podemos contar con las declaraciones de este testigo.

—Un momento —dijo el juez Erwood—. Permítame recordarle, señor fiscal, que no está usted estableciendo un caso que demuestre la culpabilidad de la encausada, más allá de toda duda razonable. Sólo necesita establecer usted que se cometió un crimen, cosa que ya se ha hecho, y que hay motivos razonables para pensar que la encausada lo cometió. Ha demostrado usted que ella tuvo oportunidad de apoderarse del arma homicida. Ahora lo único que necesita hacer es demostrar la presencia de la encausada en el lugar del crimen y en el momento en que éste pudo haberse cometido.

Esto es todo lo que ha de demostrar ante este Tribunal.

»Después, puede llevar este asunto de la testificación ante un tribunal superior, donde se legislará lo que proceda, y más adelante, lo legislado podrá revisarse adecuadamente.

Hamilton Burger se quedó pensativo.

—Supongo —dijo Mason— que el Tribunal no está insinuando anticipadamente cuál va a ser su decisión.

El juez Erwood miró a Mason con el ceño fruncido.

—Este Tribunal no impide a la defensa que aporte cuantas pruebas desee, si esto es lo que quiere usted decir. Si esas pruebas indican que la encausada debe ser puesta en libertad, la encausada lo será.

»Sin embargo, el Tribunal afirma que si las pruebas de este caso, una vez presentadas en su totalidad, tienden a probar que la encausada pudo apoderarse del arma homicida, a la hora del asesinato y que el crimen fue cometido a una hora en que la encausada estaba en el lugar donde se cometió, el Tribunal considerará que hay pruebas suficientes para poner a la encausada a disposición de un tribunal superior.

—Muy bien —dijo Hamilton Burger, mientras su rostro se serenaba un tanto—. Vamos a retirarle a usted del estrado, señor Ferney, y a llamar a Loretta Harper.

Loretta Harper prestó juramento y testificó que había dado una fiesta en su apartamento; que Jason y Millicent Kendell, dos viejos amigos, estaban presentes; que ella había salido poco después de las nueve para comprar cigarrillos; que un «Cadillac» se había detenido ante ella mientras cruzaba una calle; que la encausada ocupaba el coche y que la había acusado de «exhibirse» con su esposo y de impedir a éste que obtuviera el divorcio. La encausada había ordenado a Loretta que subiera al automóvil, amenazándola con un revólver.

Loretta siguió declarando acerca de su viaje hasta la finca de Meridith Borden, por carreteras mojadas, y expuso que la encausada conducía con una sola mano, y que el auto resbaló y volcó. Admitió que se había colocado en el lugar de la encausada, en un intento de evitar que su nombre apareciera en los periódicos; que más tarde había dicho a George Ansley que su nombre era Beatrice Cornell, a fin de no verse mezclada en el asunto, y que le había hecho

conducirle a los «Apartamentos Ancordia», desde donde tomó un taxi hasta su propio apartamento, donde descubrió que su novio, Frank Ferney, había dejado de acudir a la cita con la doctora Callison, y que ella le había arrancado de un profundo sueño e impulsado a que corriese a casa de la doctora.

—Puede efectuar el contrainterrogatorio —dijo Hamilton Burger.

—¿Ocupa usted una vivienda en los «Apartamentos Dormain»? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Qué número tiene su apartamento?

—El 409.

—¿Afirma que la encausada empuñaba un revólver en el momento del accidente?

—Sí.

—¿Vio usted ese revólver después del accidente? —interrogó Mason.

—No.

—¿Miró las manos de ella después del accidente para ver si aún sostenía el revólver?

—No lo hice, aunque no creo que lo sostuviese aún. Supongo que se le escapó de las manos y estaba entre la hierba.

—No hay más preguntas —dijo Mason.

Hamilton Burger meditó por un momento y después dijo:

—Con la venia del Tribunal, nuestro caso ha quedado expuesto.

—Bueno —dijo el juez Erwood—, no es un caso especialmente seguro, pero este Tribunal se hace cargo de que sólo un tecnicismo legal impide que lo sea. Desde luego, ésta es la segunda vez que los hechos de este caso son expuestos ante el Tribunal. ¿Desea la defensa aportar alguna prueba, señor Mason?

—Sí, Señoría.

—Muy bien, exponga cuanto desea —dijo el juez Erwood, en un tono que indicaba claramente que aquella formalidad de poco había de servir.

—Mi primer testigo es Beatrice Cornell —dijo Mason.

Beatrice Cornell ocupó el estrado y declaró su nombre, domicilio y ocupación.

—¿Estaba la encausada, Dawn Manning, inscrita en la lista de

modelos que posee usted para posar para los fotógrafos profesionales o aficionados?

—Lo estaba.

—¿También el día ocho de este mes?

—Sí.

—Y el nueve de este mes, ¿le dijo alguien que deseaba utilizar a Dawn Manning como modelo?

—Sí.

—¿Y tuvo usted ocasión de ver el cuerpo de Dawn Manning, en especial la cadera izquierda, en aquella fecha?

—La tuve.

—¿Puede usted describírnosla?

—Desde el hueso de la cadera hacia abajo, a lo largo del muslo, había arañazos. Parte de las señales eran sólo débiles rasguños con cardenales, pero en dos o tres puntos la piel había sido arrancada por completo.

—¿Dejando magulladuras inconfundibles? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Sabe usted si fue fotografiada por la mañana del día nueve?

—Lo fue.

—Voy a enseñarle una fotografía en color y a preguntarle si sabe de qué se trata.

—Es una fotografía de Dawn Manning tomada el día nueve. Muestra el estado de su cadera y muslo izquierdo.

—Puede usted contrainterrogar —dijo Mason a Hamilton Burger.

El fiscal sonrió.

—En otras palabras, señorita Cornell, todo lo que usted observó corrobora la teoría expuesta por el testigo de la acusación y referente a que la encausada había sufrido un accidente la noche anterior, ¿no es así?

—Sí.

—Gracias —dijo Hamilton Burger, inclinándose sonriente—. Esto es todo. —Y luego no pudo contenerse y se volvió hacia Mason para sonreírle, inclinarse y decir—: Y gracias a usted, señor Mason.

—De nada —le contestó éste—. Mi próximo testigo será Morley Edmond.

Morley Edmond subió al estrado, se manifestó experto en

fotografía, miembro de varias sociedades fotográficas, veterano de muchas exhibiciones, ganador de numerosos premios y colaborador de diversas revistas de fotografía.

—Voy a enseñarle ciertas fotografías de la encausada que con anterioridad han sido presentadas como prueba y a preguntarle si las conoce usted.

—Las conozco.

—¿Las había visto antes?

—Las he estudiado cuidadosamente.

—¿Conoce usted el tipo de cámara que estaba en el estudio fotográfico de Meridith Borden?

—Lo conozco.

—¿Puede decirnos si esas fotografías fueron tomadas con esa cámara?

—Puedo.

—¿Lo fueron?

—¡Un momento, un momento! —dijo Hamilton Burger—. No conteste a esta pregunta hasta que haya podido elevar una objeción. Señoría, esto es algo que no había presenciado nunca, pese a mi larga experiencia en los tribunales. Esta pregunta requiere una opinión y una conclusión por parte de un testigo en un asunto en que la evidencia física habla por sí misma. Evidentemente, las «fotos» fueron tomadas con aquella cámara. Fueron encontradas en ella.

—¿Cuál es su protesta concreta? —preguntó el juez Erwood.

—Que la pregunta exige una opinión del testigo, que no se han aportado pruebas suficientes y que se trata de algo en que las declaraciones del testigo no pueden ser corroboradas por un experto.

El juez Erwood miró a Perry Mason.

Mason se limitó a sonreír, y después dijo:

—Nos proponemos demostrar ante el Tribunal que las fotografías de la encausada fueron colocadas en la cámara, y que no pudieron ser tomadas con la misma.

—¿Pero cómo puede usted demostrar si una fotografía fue tomada por un aparato determinado? —preguntó el juez Erwood.

—Eso es lo que trataré de explicar al Tribunal —dijo Mason.

—Autorizaré la pregunta —dijo el juez Erwood, inclinándose

hacia adelante con expresión curiosa—. Sin embargo el Tribunal querrá tener explicaciones muy convincentes por parte de este testigo, o de lo contrario aceptará una petición para suprimir su testimonio.

—Daremos al Tribunal todas las explicaciones necesarias —dijo Mason—, y ahora, conteste a la pregunta, señor Edmond. En su opinión, ¿fueron tomadas estas fotografías con la cámara de Meridith Borden?

—No lo fueron.

—¿Y en qué motivos basa su opinión?

—En el tamaño de la imagen.

—Explíquenos lo que quiere decir.

—El tamaño de la imagen en un cliché fotográfico —explicó Edmond— está determinado por la longitud focal de la lente y la distancia que hay entre el sujeto y la cámara.

»Si la lente tiene muy poca distancia focal, con referencia a la superficie del cliché, la lente abarca un campo mayor en el cliché fotográfico, pero el tamaño del objeto es más pequeño. Si la distancia focal de la lente es muy grande, con referencia a la superficie del cliché, la imagen que aparece es de mayor tamaño, pero el campo que abarca es más pequeño.

»Con el fin de conseguir una proporción adecuada, se admite generalmente que la distancia focal de una lente debe ser igual a la diagonal del cliché que debe impresionarse. Sin embargo, cuando se trata de retratos, se acepta generalmente que una distancia focal de una y media a dos veces la de la diagonal, proporciona resultados más perfectos.

»Una demostración sencilla de lo que quiero decir habrá sido indudablemente observado por Su Señoría en la televisión. Cuando la cámara de la televisión está enfocada, por ejemplo, en la segunda base, se utiliza una lente de gran distancia focal. En tal ocasión, como el Tribunal habrá tal vez observado, el central parece estar sólo a unos pocos pasos de la misma. En otras palabras, la perspectiva queda modificada hasta no guardar la relación normal que ha aceptado el ojo como corriente en las reproducciones fotográficas.

»Hasta cierto punto, este principio obtiene una mejor reproducción de los rostros y, por lo tanto, las lentes de mayor

distancia focal se utilizan en los retratos».

—Pero, ¿qué tiene todo esto que ver respecto a si la fotografía de la encausada fue o no tomada con la cámara de Meridith Borden? —preguntó el juez Erwood con curiosidad.

—Sencillamente esto, Señoría: la fotografía de cuerpo entero de la encausada que aparece en la reproducción ocupa poco más de la mitad de la altura de la «foto». Con las lentes de gran distancia focal utilizadas por Meridith Borden en su cámara y teniendo en cuenta las dimensiones de su estudio, resulta físicamente imposible tomar una foto de cuerpo entero que ocupe sólo la mitad de la altura del cliché. Aunque la cámara se sitúe en una esquina del estudio y la modelo en el opuesto, obteniendo así la máxima distancia que permite la habitación, la imagen que aparezca en el cliché tiene que ser mayor que la que aquí se ve.

»Por lo tanto, me he visto obligado a llegar a la conclusión de que estas fotografías de la encausada fueron tomadas con otra cámara y luego, antes de revelarlas, los negativos fueron colocados en el estudio de Meridith Borden, y uno de los carretes, que contenía película impresionada, fue metido dentro de la propia cámara.

»Sin embargo, por los motivos físicos que he expuesto, ninguna de esas fotografías pudo haber sido hecha con el aparato de Borden.

—Contrainterrogatorio —dijo Mason.

La voz de Hamilton Burger sonó aguzada por el sarcasmo.

—¿Cree usted que porque encontró una lente de determinada distancia focal en la cámara de Borden, las fotografías de la encausada no pudieron haber sido tomadas con aquella cámara y aquella lente?

—Me consta que no pudieron ser tomadas con ella.

—¿Pese a todas las pruebas físicas que demuestran que debieron ser tomadas con aquella cámara?

—Esto es.

—En otras palabras, usted es como aquel hombre que fue al zoológico, vio una jirafa y dijo: «No existen animales así».

Se oyeron risas en la sala.

—Creo que la observación es improcedente, señor fiscal —dijo el juez Erwood.

—Creo que no, Señoría. Creo que es perfectamente admisible.

—La defensa no tiene nada que oponer —dijo Mason.

—No soy en absoluto como ese hombre —dijo el testigo—. Conozco la fotografía y sé lo que puede y lo que no puede hacerse. He hecho fotografías de prueba utilizando un duplicado de la cámara de Borden y a diversas distancias. He utilizado una modelo de la misma talla que la encausada. Esas fotografías fueron impresionadas en clichés similares a los hallados en el estudio de Borden y con una lente que tenía idéntica distancia focal que la de la cámara de Borden. He comparado los tamaños de las imágenes. Si es necesario, puedo mostrar esas fotografías.

—No hay más preguntas —dijo Hamilton Burger—. Prefiero fiarme de las pruebas físicas presentadas en este caso, y creo que a Su Señoría le ocurrirá lo mismo.

—Que acuda a declarar James Goodwin —dijo Mason.

James Goodwin declaró que era arquitecto, que había diseñado el edificio conocido con el nombre de «Apartamentos Dormain», que tenía varios planos que mostraban la configuración del mismo, e identificó y presentó como prueba un plano de la cuarta planta.

Hamilton Burger miró despectivamente el plano y dijo que no tenía preguntas que hacer cuando Mason puso a su disposición al testigo para el contrainterrogatorio.

—Ésas son nuestras pruebas, Señoría —dijo Perry Mason.

—¿Desea presentar alguna más? —preguntó el juez Erwood a Hamilton Burger.

—Ninguna, Señoría. Creo que hay motivos suficientes para creer que la encausada cometió el crimen. Sólo el testimonio de Loretta Harper es suficiente para conseguir una orden que ponga a la encausada a disposición de un Tribunal superior.

—¿Puedo exponer mi punto de vista? —preguntó Mason.

—No creo que sea necesario, señor Mason, ni creo que resulte beneficioso. Sin embargo, no le impido que lo haga.

—Gracias, Señoría.

—La acusación tiene derecho a hablar en primer lugar —dijo el juez Erwood.

Sonriendo, Hamilton Burger manifestó:

—Renunciamos a nuestro derecho.

—Empiece, señor Mason —dijo el juez Erwood.

—Con la venia del Tribunal, afirmo que este caso es una trampa.

Esas fotografías de la encausada no fueron tomadas en el estudio fotográfico de Meridith Borden. Disponemos de las declaraciones del experto, según el cual las fotografías no pudieron ser hechas con la cámara de Meridith Borden. Y ahora, con la venia del Tribunal, llamaré su atención sobre otro hecho de evidencia física. El Tribunal recordará que, según el testimonio de Loretta Harper, la encausada salió despedida del auto y resbaló sobre la hierba. Después, la testigo arrastró a la acusada por el suelo, produciéndole el roce subsiguiente.

»El Tribunal recordará que al día siguiente la cadera de la encausada estaba tan magullada y arañada que no pudo posar como modelo para un fotógrafo.

»Y ahora, si el Tribunal examina con cuidado las fotografías, que en apariencia fueron tomadas en el estudio de Meridith Borden «después» del accidente, el Tribunal encontrará pruebas incontrovertibles de que esas «fotos» fueron hechas con anterioridad a la noche del crimen y después colocadas en la cámara de Borden.

»Hay que recordar que la encausada es modelo profesional. Posa casi a diario para aficionados a quienes interesan diversos tipos de fotografías, en especial las de desnudos.

»Hubiese resultado muy fácil para cualquier cómplice el haber pagado su tarifa a la encausada, haber tomado esas fotografías y luego haberlas guardado por un tiempo tan largo como fuese preciso hasta entregarlas finalmente al asesino de Meridith Borden para que las colocara en la cámara de la víctima.

»Si el Tribunal estudia con cuidado las fotografías atribuidas a Borden, en las cuales aparece la cadera izquierda de la acusada, verá que no muestra ninguna mancha de hierba, ni de barro, ni rasguños, ni magulladuras de ninguna clase. Hubiera sido físicamente imposible para la encausada dejarse fotografiar inmediatamente después del accidente sin que apareciera alguno de esos defectos.

»Con la venia del Tribunal, quiero llamar su atención sobre esta «foto» de la encausada hecha el día que siguió al del accidente, y que muestra la amplitud de los rasguños y magulladuras que tenía en la cadera izquierda.

»El Tribunal recordará que la encausada trabajó en una armería hasta su matrimonio. En otras palabras, es razonable suponer que

Frank Ferney la cortejaba mientras ella estaba empleada en dicha tienda.

»Alguien robó el arma homicida en aquella tienda. El ladrón fue un hombre. Si la encausada hubiese cometido el delito de robar un arma para su propia protección, hubiese cogido una de las pequeñas automáticas que pueden guardarse en un bolso femenino. Este arma es propia de un hombre. Fue robada por un hombre. Es razonable suponer que Frank Ferney estuvo muchas veces en la tienda y, al gozar de la confianza de la encausada, se le permitía trasponer el mostrador.

»Pasando a la coartada de Frank Ferney, ruego al Tribunal que observe los planos que han sido presentados por James Goodwin y que muestran la planta cuarta de la casa de apartamentos donde habita Loretta Harper.

»Hay que recordar que Frank Ferney se quedó aparentemente dormido y fue colocado en este dormitorio. El Tribunal observará que la salida de incendios pasa junto al dormitorio que él ocupó, en el apartamento número 409. Para Ferney hubiese resultado muy sencillo salir por la ventana, bajar por la escalera de incendios, ir a casa de Meridith Borden, cometer el crimen y regresar a tiempo para ser despertado de su sueño aparente, cuando Loretta Harper entró a explicarle el espectacular relato de su rapto.

»Creo que es correcto deducir que se produjo un intento deliberado por parte de Loretta Harper y Frank Ferney para matar a Meridith Borden, y hacerlo de manera que las pruebas acusaran a mi defendida.

»Las pruebas de esta trampa no existen sólo en lo expuesto hasta ahora, sino que, si el Tribunal estudia con cuidado las fotografías tomadas a la encausada y que aparecieron en la cámara de Meridith Borden, comprenderá que no pudieron haber sido tomadas durante la noche del asesinato.

Mason se sentó.

El juez Erwood frunció el ceño y dijo:

—Déjeme ver esas fotografías.

Empezó a comparar las «fotos» de Borden con las fotografías que Mason había tomado de la cadera de Dawn Manning.

Hamilton Burger se puso en pie de un salto.

—Esto es muy sencillo, Señoría. Un pequeño retoque hubiese

arreglado estas fotografías.

—Sin embargo, no han sido retocadas —dijo el juez Erwood—. Los negativos están aquí, en poder del Tribunal.

Hamilton Burger se sentó lentamente.

De pronto el juez Erwood llegó a una decisión.

—Creo que este caso requiere un mayor trabajo de investigación —dijo—. Voy a darlo por concluido y a poner en libertad a la encausada. Este Tribunal considera que aquí hay algo especial en este caso, y que debe hacerse un nuevo examen de todas las pruebas presentadas.

»La encausada queda en libertad. El caso queda aplazado y se levanta la sesión.

Capítulo 16

Perry Mason, Della Street, Paul Drake, George Ansley y Dawn Manning estaban sentados en el despacho del abogado.

—Bueno —dijo Dawn Manning—, tengo que pedirle que me disculpe, señor Mason. Ciertamente pensé que me había arrojado a los lobos.

—Lo hice —admitió Mason—, pero luego me presenté con otro coche y la recogí antes de que los lobos la alcanzaran.

—¿Qué crees tú que sucedió en realidad? —preguntó Della Street.

—Creo —explicó Mason— que Meridith Borden había sorprendido a Frank Ferney en algún robo o jugada sucia. Tengo entendido que Borden manejaba grandes cantidades de dinero en efectivo, que eran distribuidas para sobornar a numerosas personas. Borden no se atrevía a pagar en cheques, cuya pista hubiera podido seguirse. No daba cheques.

»Es razonable suponer que con tanto dinero a su alcance, Frank Ferney había conseguido hacer algún desfalco. Es probable que estuviese a punto de ser descubierto, o tal vez lo había sido ya, y Borden había decidido informar a la policía.

»Se ideó un complicado plan para llevar a Dawn Manning a la finca de Borden inmediatamente después de las nueve, y dejarla allí. Debía ser acompañada al estudio fotográfico por Loretta Harper. Entretanto, Frank Ferney aparentaría estar lejos de allí. Loretta Harper, que conducía un coche robado, a fin de que la matrícula no revelara nada, hubiese pedido a Dawn que la disculpase por un momento, pidiéndole que pasase delante y fuese al estudio. Luego, Loretta hubiese desaparecido. Hubiera regresado a su apartamento con tiempo suficiente para corroborar la coartada de Frank Ferney.

»Sin embargo, todo dependía de una precisión cronométrica. Era necesario matar a Meridith Borden, precisamente en un momento prefijado, a fin de que Ferney pudiese regresar a los «Apartamentos Dormain», subir por la escalera de incendios y echarse en la cama. El pretexto era que había que despertarle para acudir a su cita con la doctora Callison.

»Ferney cumplió con precisión su parte en el asunto. La visita de George Ansley había sido inesperada. Tan pronto como éste se hubo ido y Borden hubo telefoneado a los inspectores, Ferney atrajo a Meridith Borden al estudio y le mató. Después esperó con impaciencia la llegada del coche que conducía Dawn Manning.

»Por motivos que todos sabemos, ese coche no llegó.

»Eso requirió que Ferney pensara con rapidez. Por ejemplo, decidió que debería cambiar el momento del crimen hasta una hora en que Loretta Harper tuviese también coartada. La doctora Callison sería la coartada de él.

»No fue sino hasta el tercer día, después de ver lo mucho que se había modificado el plan original, cuando decidieron poner el arma del crimen en el compartimento para guantes del auto de George Ansley y cargarle el delito a él. Durante un tiempo, creyeron que lo conseguían. Luego cuando vieron que yo estaba probando la inocencia de Ansley, Loretta Harper, que es la más astuta de los dos, indicó a Frank Ferney que volvieran al plan original y achacaran el crimen a Dawn Manning.

Sonó el teléfono.

Della Street descolgó el aparato y, después de escuchar, dijo:

—Es para ti, Paul.

Drake cogió el teléfono, escuchó por un momento y después dijo:

—Gracias; si hay más detalles, comunícamelos.

Colgó y se volvió hacia Mason.

—Bueno —dijo—, tu sospecha era cierta. Ferney acaba de confesar. Los detalles son como tú te los habías figurado. Ferney sabe que está atrapado y ahora trata de presentar a Loretta como instigadora del plan. El fiscal ha encontrado un testigo que vio a un hombre bajar por la escalera de incendios desde el cuarto piso de los «Apartamentos Dormain». Si la policía hubiese actuado con eficacia, podía haber utilizado la información hace mucho tiempo,

porque el testigo telefoneó a la Comisaría para dar cuenta del hecho. La policía de Mesa Vista fue al lugar indicado, lo examinó y después ya no hizo nada más.

—Bueno —dijo Dawn Manning—, he oído hablar de personas que han logrado salvar su piel por el espesor de un cabello. Nunca pensé que esto pudiera aplicárseme a mí.

Della Street guiñó un ojo con malicia.

—Pero usted ha salvado la suya, gracias a que perdió un pedazo de ella —contestó.